

Y ASÍ ... AL Crimen



de

CARTER DI

Lectulandia

Mónica Stanton —joven, hermosa e inteligente—, había vivido una pacífica existencia en un villorrio inglés. ¿De dónde, entonces, extrajo ese caudal de experiencia que le permitió escribir una de las más sensacionales y crudas novelas de la época? El pueblo murmuraba tras las cortinas... ¡Ninguna joven inocente podría haber escrito una novela tan escandalosa!

Pero Albion Films no se preocupaba de la moral. Contrataron los derechos de filmación de la obra, porque había tenido éxito. También la contrataron a ella para que hiciese el guión cinematográfico. Durante su primer día en los estudios sucedieron dos cosas. Conoció al apuesto escritor William Cartwright, y en un set desierto fué objeto de un atentado contra su vida.

Las cosas se empeoraron de ahí en adelante hasta que vino H. M. a solucionar uno de los más extraordinarios casos de su carrera.

Lectulandia

Carter Dickson

Y así... al crimen

Henry Merrivale - 10

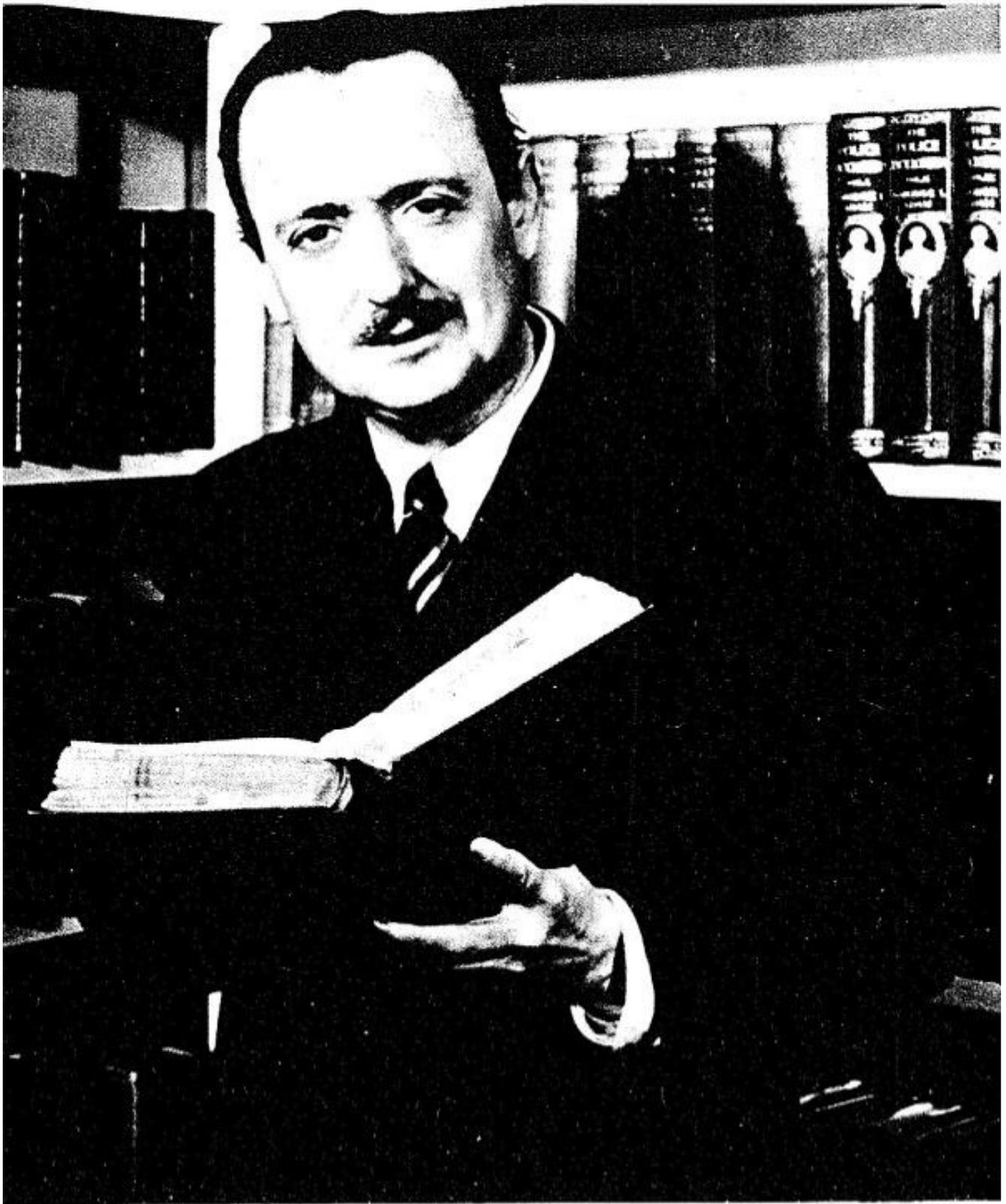
ePub r1.2

Titivillus 11.12.2017

Título original: *And So to Murder*
Carter Dickson, 1940
Traducción: Paulina Vila

Editor digital: Titivillus
Portada: Charles Burlacov
Retoque de portada: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

CARTER DICKSON

Carter Dickson, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Norteamérica el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.

Aparte de las numerosas novelas que lleva escritas, más de cuarenta, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.

Cinco obras constituyen este segundo volumen de Novelas escogidas^[1].

En la primera, Murió como una dama, se nos presenta Carter Dickson como el hábil e inteligente escritor que es, desplegando sus peculiares dotes de argumentista y psicólogo que le han hecho destacarse entre los grandes realizadores de la novela policíaca.

Después de haber estado escuchando la retransmisión de Romeo y Julieta, de Shakespeare, Rita Wainright y su joven amante Sullivan desaparecen, dejando escrita una carta en la que la muchacha dice que, puesto que ha de morir, quiere hacerlo como una dama, igual que Julieta.

Siguiendo sus huellas hasta el acantilado que está próximo a la casa, el anciano doctor Luke, que estuvo de visita con ellos, descubre la muerte de ambos.

Su hallazgo se lo comunica a Alec, el marido de Rita, hombre opulento, de edad madura y que colma a su esposa de joyas.

Alec finge no conocer los amoríos de su esposa con Sullivan, así como su proyecto de fuga con el joven, y dice que la noche del aparente doble suicidio de la pareja —asesinato, en realidad, pues fueron heridos antes de ser arrojados al mar—, él no se movió de su casa.

A un abandonado pabellón de los alrededores llega aquella misma noche, procedente de Londres, Bella Sullivan en busca de su marido.

¿Qué tiene que ver esta mujer, trastornada por el terror, con el drama?

¿Qué papel interpreta en todo aquel conflicto?

El doctor Luke opina que el asesino es un tercer personaje, en tanto que el policía Craft mantiene su creencia en el suicidio, después que uno de los amantes matara al otro; mientras que sir Henry Merrivale sigue otra pista, ayudado por Tom,

hijo de Luke y médico como él.

La pugna entablada por todos los que buscan la solución del conflicto da lugar a escenas movidas, trazadas con maestría absoluta y dominio característico del idioma.

Carter Dickson se apunta con esta novela un tanto a su favor.

La insólita solución del enigma llena de sorpresa al lector.

Empezó entre fieras es una novela originalísima que nos hipnotiza materialmente. Empieza el relato con las fieras del parque zoológico rugiendo al fondo; es decir, empieza entre fieras, pero acaba con la flema de cualquiera.

Míster Benton, además de director del parque zoológico de Londres, es un gran aficionado a los reptiles.

Posee magníficos ejemplares, que cuida con pasión de coleccionista de obras de arte, enseñándoselos a sus amigos como si se tratara de hallazgos inapreciables.

Una noche, cuando varios invitados a cenar llegan a su casa, la encuentran vacía. Benton no aparece por ningún sitio. Al fin lo encuentran en una habitación precintada por dentro, con las rendijas de las ventanas y de las puertas tapadas con papel engomado. La habitación está llena de gas venenoso y allí está muerto Benton, en compañía de uno de los ejemplares más valiosos de sus serpientes.

Nadie ha podido salir de la habitación después de precintada. Sin embargo, la muerte de Benton no parece suicidio.

¿Se trata de un crimen?

¿Cómo, de ser así, pudo escapar el asesino?

Este alucinante relato es difícil de leer con sosiego. El lector se ve envuelto en la trama, que llega a dominarle, a obsesionarle, a excitarle.

La solución, sencilla, aunque parezca complicada, nos da idea de hasta dónde llega la habilidad del autor para embrollar un caso que, a todas luces, se presenta claro ante los ojos del lector.

La tercera novela incluida en este volumen lleva por título Anda de noche, y su autor nos presenta en ella un caso de asesinato perpetrado con una espada de finísimo filo, que ocasiona el decapitamiento de la víctima.

El asesinado es el duque de Saligny.

El misterio más impenetrable rodea este hecho, que causa sensación en los medios sociales a causa de la personalidad de la víctima, estimadísima entre la buena sociedad.

¿Quién pudo asesinarle? Esta es la pregunta que todos se hacen, sin que nadie llegue a dar una contestación precisa.

Carter Dickson, con su maestría acostumbrada, nos presenta una serie de tipos

raros, todos ellos mezclados, más o menos, en este asesinato, sin que haya prueba decisiva contra ninguno de ellos.

Por fin, al cabo de investigaciones fatigosas, se consigue dar con el asesino; pero hasta llegar a ese final, que asombra por lo inesperado, el autor nos hace sentirnos dominados por el terror que se desprende de toda la novela y que llega a alucinarnos como una pesadilla.

Con diálogo conciso, sin prodigar palabras innecesarias ni frases vanas, este relato es buena muestra de la capacidad inventiva de su autor.

Hombre de oro, cuarta novela de este volumen, nos lleva a un mundo de intrigas donde todo está desquiciado.

Los personajes que en ella aparecen tienen aspecto de fantasmas que gravitan en el aire sin lograr posarse nunca en tierra.

El asesinato de Dwight Stanhope cuando intentaba robar en su propia casa es el tema principal de este relato, alrededor del cual gira toda la trama de la obra.

¿Quién apuñaló a Stanhope?

El misterio que envuelve este asesinato lleva consigo el descubrimiento de otros hechos delictivos, que ponen en tensión el ánimo del lector.

Escrita con la sagacidad propia de Carter Dickson, esta novela subyuga desde sus primeras páginas y hace que el lector no la abandone hasta llegar al final.

Betty Stanhope, Nicolás Wood, Vincent James, Christabel Stanhope..., personajes extraños que se mueven cautelosamente en torno de un asesinato incomprensible.

Intriga y emoción son las características de esta obra, que ha sido traducida a todos los idiomas y llevada al cine y al teatro.

Por último, Se alquila un cementerio, como colofón a este volumen de novelas escogidas.

Sir Henry Merrivale, viejo detective inglés, recibe un cable de Manning invitándole a presenciar un milagro en su casa.

El detective se entera por el propio Manning de que desaparecerá en el momento más inesperado sin que nadie sepa cómo, y efectivamente, cuando todos se hallan en la piscina de su casa, Manning se arroja al agua y desaparece sin dejar rastro.

¿Qué ha sucedido?

Hipótesis y cábalas surgen por todas partes.

El misterio, a medida que va pasando el tiempo, se hace más impenetrable.

Sir Henry trata por todos los medios de esclarecer un caso como nunca se le presentó otro. Investiga, pregunta, inquiere...

¿Cómo pudo desaparecer Manning en el interior de una piscina con todo el mundo presente?

Este es el caso que Carter Dickson presenta en esta alucinante novela que deja atónito al lector, pues en ella van aunados el misterio con el interés, la fantasmagoría con la realidad, lo real con lo inverosímil.

Con un diálogo conciso, Carter Dickson nos arrastra hasta el final de la novela, dándonos una solución inesperada e incomprensible, pero verdadera.

Salvador Bordoy Luque.

I

A pesar de sí misma, estaba asustada. Había decidido que no dejaría que eso se le notara. Se había propuesto ser equilibrada y ligeramente indiferente, en absoluto impresionada por los estudios Albion Films. Pero ahora que se hallaba en la oficina del productor, Mónica se dió cuenta de que su corazón saltaba locamente y que las palabras le salían balbuceantes como un niño.

Estaba anonadada.

No era que hubiera nada que la asustara en el señor Thomas Hackett, quien iba a ser el productor de «Deseo». Al contrario. Por todo lo que había leído y oído acerca de los estudios de cine, esperaba encontrarse con una especie de Babel, llena de hombres gordos fumando cigarros y gritando extravagantes órdenes por teléfono. No era tampoco que esperara encontrar al señor Hackett con el pelo lleno de briznas de paja. Pero, de todos modos, se sorprendió al observar al hombre que había enfrente de ella, al otro lado del escritorio.

Todo el lugar, terreno, edificios, oficinas, la sorprendió por lo tranquilo que parecía. Los Estudios Pineham, a tres cuartos de hora de Londres en tren, se extendían a lo largo de varios acres verdes, rodeados por una alta cerca de alambre que se veía desde el camino público. El cuerpo de edificios principal, largo y bajo como un pabellón, de deslumbrante concreto blanco, con toldos anaranjados sobre las ventanas, se encontraba situado delante de los estudios de sonido. El solo divisar sus grandes formas grises puso una sensación de excitación en el pecho de Mónica. Parecían desiertos, dormitando bajo los últimos rayos de sol de agosto, un poco siniestros.

Por supuesto, no la condujeron al edificio principal. El portero lo puso en claro cuando su automóvil, que había arrendado en la estación, atravesó la reja de entrada.

—¡El señor Hackett! —gritó Mónica desde la parte trasera del automóvil.

—¿Quién?

—¡El señor Hackett!

—¿El señor Tom Hackett? —preguntó el portero con aire de duda, aunque sólo hay un señor Hackett en los Estudios Pineham.

—Eso es. Mi nombre es Mónica Stanton. Tengo una cita con él.

El portero se apiadó de ella.

—Edificio Viejo —le dijo al conductor, y éste pareció comprender.

Hacía un calor insoportable. Los prados verdes, el camino de grava, los automóviles estacionados, todo rebrillaba bajo los rayos del sol. Pasados los edificios principales, al lado de una pequeña colina y bajo unos árboles arqueados, surgió

sorpresivamente una pequeña casita de ladrillos rojos, estilo feudal, con una cúpula. Todo el frontispicio estaba cubierto de enredadera. Un río en miniatura corría suavemente en una hondonada bajo las ventanas de la casa. Todo era idílico. Daban deseos de acostarse a dormir. Y arriba, en una soleada oficina que miraba al arroyo, Mónica fué presentada al señor Hackett.

Hackett era tranquilo, lacónico y señorial, tal como el protagonista de «Deseo».

—Estamos muy contentos de tenerla aquí, señorita Stanton —dijo—. Muy contentos. Por favor, siéntese.

Le alcanzó una silla. Con gesto lacónico y señorial sacó una caja de cigarros de su escritorio y le ofreció. Luego, dándose cuenta de lo impropio del ofrecimiento, volvió los cigarros al cajón y lo cerró con el mismo aire de hombre de negocios.

—Pero fumará un cigarrillo, ¿no es así? Muy bien. Yo personalmente nunca fumo —le explicó con un aire de virtuosa austeridad—. ¡Señorita Owlsey! Cigarrillos, por favor.

Se acomodó en su silla y la miró detenidamente. Hackett (toda una personalidad) trabajaba para un misterioso personaje llamado Marshlake, el jefe principal de Albion Films, quien aportaba el dinero, pero al cual nadie conocía, excepto por las malas jugadas que trataba de hacer. Hackett era la pericia misma. Tenía unos alertos treinta y dos años. Era bajo de estatura, moreno, con una cara ancha y un bigote como cepillo de dientes, el cual se levantaba para lucir una radiante sonrisa que sin embargo tenía algo de austeridad indefinible...

—Por supuesto —dijo Mónica, decidida a ser exacta—. Estoy sumamente contenta de estar aquí, de tener esta oportunidad...

La sonrisa tolerante de Hackett reconoció la verdad de esto.

—... Y es por eso que no quiero aparecer bajo un aspecto falso. ¿Supongo que mi agente le diría que no tengo ninguna experiencia en escribir argumentos para películas?

Hackett pareció sobresaltarse. Sus ojos se achicaron.

—¿Ninguna experiencia? —preguntó—. ¿Está segura de eso?

Hackett no parecía tener ninguna intención de caer en una trampa al creer tal cosa.

—¡Por supuesto que estoy segura!

—Ah, no sabía esa parte del asunto —murmuró el productor con una voz baja y siniestra; y el corazón de Mónica se encogió.

Hackett meditó un instante. Luego se puso de pie y caminó una y otra vez a lo largo de la oficina. Parecía sumido en profundos pensamientos.

—Eso está malo. Muy malo. Eso no está nada de bueno. Estoy pensando en voz alta, ¿comprende? —le explicó mirándola de pronto y cayendo de nuevo en el mismo trance—. Por otra parte, no le pedimos a usted que nos hiciera un argumento cinematográfico. Howard Fisk, quien va a dirigir «Deseo», nunca usa esos argumentos cinematográficos. Se lo aseguro. ¡Nunca!

(Mónica tuvo un súbito impulso de decirle que era muy inteligente de su parte el no usarlos, pero como no sabía exactamente lo que era un argumento cinematográfico, guardó un discreto silencio).

—¿Puede usted escribir diálogos? —le preguntó bruscamente Hackett.

—¡Oh, sí! Una vez escribí una pieza teatral.

—Pero esto es diferente —le contestó Hackett.

—¿En qué sentido?

—Muy diferente, —Hackett movió la cabeza misteriosamente—. Pero lo importante es, escúcheme bien, que usted pueda escribir diálogos. ¿Diálogo bueno, rápido, brillante?

—No sé. Pero puedo tratar.

—Entonces queda contratada —dijo Hackett con aire decidido—. No mucho diálogo, acuérdesese —la previno—. Trate de hacerlo lo más visual posible. El diálogo un mínimo. En realidad —hizo un gesto con las manos como para definir la situación—, casi nada de diálogo. Usted aprenderá pronto (estoy pensando en voz alta, ¿comprende?); señorita Stanton, cuando llego a una decisión, me atengo a ella. Está usted contratada.

Partiendo de la base que Mónica ya había sido contratada después de una amarga batalla con su agente de publicidad literaria, esta decisión podía parecer superflua. Pero no lo era. En el negocio de las películas, Mónica sabía que todo depende de los dioses.

Por su parte, Mónica estaba tan feliz que casi tartamudeaba. Era una especie de felicidad delirante que se agitaba en sus venas y la hacía sentirse ligeramente mareada. Hubiera querido pararse frente a un espejo y decirse a sí misma: «Yo, Mónica Stanton, de la Vicaria de San Judas, East Roystead, Hertsfordshire, me encuentro eh este momento sentada en las oficinas de Albion Films, conversando con el productor de “Sol Negro” y “El Divorcio de mi Esposa”. Yo, Mónica Stanton, que cada vez que voy al cine veo el nombre de otras gentes que han alcanzado la fama, he de ver ahora mí nombre entre los titulares y el producto de mi imaginación llevado a la vida en la pantalla. Yo, Mónica Stanton, he de ser parte de este mundo brillante, rutilante...».

Y en él estaba.

Thomas Hackett, por razones que se verán más tarde, era la persona más ocupada de todo el Estudio Pineham. Pero aún así, quedó pasmado al conocer a Mónica Stanton en persona. Porque, cosa rara en él, había, incluso, leído «Deseo», y se había admirado de cómo había podido pasar al censor.

No es que esperara que Mónica se pareciese a la voluptuosa y mundana Eva D'Aubray, la heroína de «Deseo». Todo lo contrario. Dada su experiencia, Hackett sabía que las damas que escriben apasionadas historias de amor eran por lo general duras y frías mujeres de negocios o acicaladas solteras, que hacían huir a todos los varones de la vecindad. Por esto estaba preparado para cualquier clase de monstruo.

Pero no lo estaba para la vehemente, bien conformada y agradable muchacha que se sentó frente a él, mirándolo con sus ojos inteligentes a la vez que llenos de inocencia. Sin ser una belleza llamativa, Mónica, era sin embargo una de esas muchachas bonitas y saludables que irradian inocencia.

En lo profundo de su ser, Hackett se sintió desagradablemente sorprendido. Pensó que no era lógico que ella, conociera las cosas sobre las cuales escribía. Le extrañaba que su madre la hubiera dejado escribir el famoso libro ese.

Mónica no tenía madre. Pero una tía. Y la tía se había extrañado también.

Todo el mundo sabe la historia del libro más vendido del último tiempo, «Deseo». Todos saben que fué escrito por Mónica Stanton, de veintidós años de edad, hija única del Reverendo Canon Stanton, un párroco de pueblo; que rara vez Mónica había salido de los confines de East Roystead Herts. Pero lo que nadie conoce es el alboroto que formó el libro en cuestión en su propio hogar.

Cuando por primera vez el manuscrito fué entregado para opinión, cierto impresor dijo:

—Champaña en baldes. Diamantes por montones. Nadie anda en nada que no sea un Roll-Royce. Y enredos amorosos. ¡Dios Santo! Y este capitán Royce, el héroe, es un demonio de hombre; aunque creo que el autor debería ser más cuidadoso en eso de mandarlo a cazar tigres al Africa. Pero... .

—¿Pero? —le preguntó su socio.

—En primer lugar, se ve que la mujer sabe escribir. Saldrá adelante. En segundo lugar, a nosotros no nos conviene que salga adelante; este libro, tal como es, será un éxito. Es lo que toda la gente sueña en su imaginación. Las librerías llorarán por tenerlo, o yo no sé nada de este negocio.

Y tenía razón.

Mónica lo había escrito, apasionadamente, con cada uno de esos sueños de su imaginación. No es que la disgustaran East Roystead o los miles de pequeños quehaceres de la hija de un cura de pueblo. Pero había veces en que todo eso la aburría hasta las lágrimas. A veces pensaba en su vida y apretaba los puños con impotencia. Estos sentimientos no eran en absoluto suavizados por la presencia de su tía, la señorita Flosie Stanton, una de esas mujeres pequeñas y «sensibles», pero que causan más desastres que cualquier tirano. Así, mientras escribía, la imaginación de Mónica se exaltaba. En Eva D'Aubray, la heroína, creó una «grande amourese», cuyas hazañas habrían sido miradas con respeto por una combinación de Elena de Troya, Cleopatra y Lucrecia Borgia.

Mónica (y que esto quede bien en claro) trató de guardar en secreto el asunto. El libro se publicó bajo un seudónimo. Nadie en su casa habría sabido que era ella la .autora, si su tía, en su tarea habitual de registrar todas las cosas de Mónica quincenalmente, no hubiese encontrado una parte del manuscrito en un cajón del escritorio.

Incluso entonces la familia permaneció serena, debido a que nadie se molestó en

averiguar de qué se trataba. Luchando entre su humillación y su orgullo, Mónica anunció que estaba escribiendo un libro. Pero no se le concedió ninguna importancia a su anuncio. Su tía sonrió vagamente y dijo:

—¿En verdad, querida?

E inmediatamente cambió el tema, de una manera un poco temerosa, preguntándole a Mónica si tendría tiempo, entre sus múltiples ocupaciones literarias, para entregarle el pedido del día al almacenero.

El primer relámpago de la tormenta se produjo con la llegada de una carta y de un cheque, mediante el cual los editores aceptaban el libro. Toda la mesa a la hora del desayuno en la Vicaría de San Judas quedó pasmada. El Reverendo Canon Stanton quedó con la taza de café en el aire durante tanto rato, que la sirvienta vino y la tomó de su mano. La señorita Flosie pasó por una serie de estados emocionales. Pero finalmente el cheque la convenció.

Poco rato después, la señorita Stanton se colocó su sombrero y salió por el vecindario para charlar sobre la noticia.

Todo lo que sucedió después fué su exclusiva culpa. Parecía hacerlo casualmente, pero en cualquier momento lo metía en la conversación. Ni siquiera se le ocurrió preguntar de qué trataba el libro. Originalmente «el librito de Mónica, ¿sabía usted?», tenía el título de «Eva D'Aubray», nombre que la señorita Stanton vagamente asociaba con Mme. Curie, y pensaba que todo estaba muy bien. Incluso cuando el libro se imprimió, seis meses más tarde, todavía no se le ocurrió leerlo.

Pero en las vecindades de Roystead el libro había sido leído. Y estaban esperando. Fué un Viernes Negro, un día en julio, cuando la señorita Stanton, tomando té en casa, de la señora Clonel, hizo una observación sobre el libro, diciendo que había oído que era muy entretenido y preguntándose sobre qué trataría. Y toda la mesa, temblando con secreta alegría, se levantó como una sola mujer: y la enteraron.

Eso fué el final de todo.

La señorita Stanton volvió a la Vicaría, entró en el estudio de su hermano como un huracán, y se dejó caer sobre un sillón. Canon Stanton, resignadamente, dejó la pluma.

—James —dijo la señorita Stanton, con una voz como de agente federal al interrogar un gángster bajo potentes luces—, ¿has leído ese libro?

Desgraciadamente, las familias tienen unas mentalidades tan estrechas.

Y de esta manera, Mónica Stanton adquirió la reputación de mujer perdida.

Esto no quiere decir que su reputación llegase a ser igual a la de Eva D'Aubray en el libro. Después de todo, los habitantes de East Roystead la habían conocido toda su vida y sabían, en primer lugar, que su campo de acción era bastante más limitado que el de Eva D'Aubray. Nunca se llegó a decir que hubiese vendido su honor por un collar de diamantes, de valor de veinte mil libras. Tampoco se dijo que hubiese ido en un crucero por el Mediterráneo con un conde italiano; era imposible que estas cosas se dijese, puesto que nadie en East Roystead había tenido jamás un collar de valor

de veinte mil libras, y, por otra parte, todo el mundo sabía que los Stanton pasaban sus vacaciones en Bournemouth.

En East Roystead la gente era justa.

Pero ése era el límite de su justicia. Incluso aquellos que reconocían que el libro era pura imaginación, todavía argüían, con una conmovedora fe en la sinceridad de los autores, que nadie podía escribir un libro entero sobre un asunto, sin tener algún conocimiento de él.

Además de esto, Mónica tenía fama de «muchacha tranquila», y esto hacía las cosas peores.

En la vicaría, las primeras semanas después del descubrimiento fueron caóticas. Las angustiadas quejas de la señorita Flosie se dividían en tres puntos: a) Como se las arreglarían para sobrevivir a la tragedia; b) Cómo una sobrina suya podía haber escrito tales cosas; y c) Cómo una sobrina suya había aprendido tanto sobre tales cosas, como para poder escribir sobre ellas.

Este último punto parecía ser el más importante. La señorita Stanton insistía en él de una manera terrible.

No trataba de aclarar las cosas con Mónica tampoco. Si le llegaba a preguntar detalles, luego levantaba una mano, indignada, y rehusaba oírlos. Y cuando Mónica, desesperada, le preguntaba qué era lo que pretendía, la señorita Stanton le contestaba, con una siniestra inflexión en la voz:

—Tú sabes.

La señorita Stanton quería saber quién era el hombre. Repasaba morbosamente los nombres de todos los jóvenes de la vecindad. Al final, tenía al vicario medio loco, y en él Mónica encontró un inesperado aliado.

La señorita Stanton lo miraba estupefacta.

—James, no puedo entenderte. Por Dios, supongo que no pretenderás perdonar estas horribles cosas que pasan.

—¿Qué cosas que pasan? —preguntaba el vicario.

—Ese libro, por supuesto.

—Un libro no es exactamente cosas que pasan, querida.

—James, eres el hombre más irritante que he conocido. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Ese horrible libro...

—Es una niñería precoz, reconozco. Y poco conveniente. Al mismo tiempo, confieso que lo encuentro ligeramente entretenido...

—¡James, no seas desagradable!

—Mi querida Flosie —dijo el vicario con un poco de aspereza—. Estoy tentado de ser vulgar y decirte: Déjate de cuentos. Estás confundiendo la ficción con una autobiografía. Recientemente conocimos al señor William Cartwright, quien escribe novelas policíacas. Te hizo una impresión muy favorable, si mal no recuerdo. No se te ocurriría pensar que Cartwright pasa sus ratos libres cortándole el cuello a la gente, ¿no es así?

Pero la señorita Stanton se asió trágicamente a esta pueril argumentación. Todas sus quejas se resumían en ella.

—¡Si por lo menos —se lamentaba—, si por lo menos Mónica hubiera escrito una simpática novela policíaca!

Esta frase merecía ser incluida a la cabeza de las observaciones históricas que causan las más grandes peleas familiares.

Cualquiera que haya tenido alguna experiencia con la vida familiar puede asegurar que cuando la ama de casa se aferra a una frase que repite con insistencia porque le parece que es buena, no hay nada que hacer. No la soltará más. El resto de la familia se verá obligada a oírla, exactamente con las mismas palabras, un promedio de doce veces al día. Terminarán por enfermarse con sólo oírla. Y sufrirán cada vez que la dama abra su boca.

Por lo demás Mónica no tenía ningún antagonismo especial contra esa inofensiva forma de entretenimiento que es la novela policial. Ni le gustaba ni le disgustaba. Había leído unas cuantas, que le parecieron más que todo irreales y un poco estúpidas, pero que uno puede tolerar si le gustan ese tipo de cosas.

Pero cuando su tía se asió a su argumento, Mónica llegó a tal estado, que incluso maldecía el día que había nacido Sir Arthur Conan Doyle. Era un odio mudo e intenso el que sentía. En lo que se refería a William Cartwright, cuyo nombre la señorita Flosie se las arreglaba para sacar a relucir en cualquier conversación, desde el pastel de tapioca hasta Adolfo Hitler, con perversa ingenuidad, Mónica hubiese querido envenenarlo con curare y bailar sobre su tumba.

Como sucede siempre, una fruslería provocó el desenlace de todo el asunto.

A lo largo de todo el desarrollo de la tormenta que había provocado «Deseo», Mónica había conservado un exterior sereno, a pesar de estar llena de temor en su yo interno. Di primer remordimiento de conciencia lo tuvo cuando la primera onda de abrasadora inspiración hubo pasado y se dió cuenta de lo que había escrito. La segunda vez que esto mismo ocurrió fue cuando leyó las primeras pruebas impresas para corregirlas; y después de eso ya no tuvo más calma.

Pero, en todo caso, era más su indignación y rebeldía que su temor. No era justo, sollozaba frente al espejo. No era justo ni razonable...

Toda su vida había querido escribir, y ahora había probado que podía hacerlo. ¿Y qué había ocurrido? Su libro, según todas las opiniones, era algo admirable; y en lugar de recibir una palabra de aliento, había sido tratada como un criminal convicto. Sentía ese sentimiento de contrariedad infantil e irrazonado de cuando uno ha hecho algo con la mejor de las intenciones, y todos los adultos se levantan llenos de ira en contra de uno.

—Y yo le digo a su padre —decía la señorita Stanton con voz baja y dolorida— que si por lo menos Mónica hubiese escrito una simpática novela policial.

Por último, ¿cuál era la razón para armar tal alboroto? Era lo que Mónica apasionadamente se preguntaba. Releyendo «Deseo», pudo darse cuenta de que había

algunos pasajes que se podían llamar improprios. ¿Era eso tanto? ¿Era como para causar tanta conmoción? Todo era perfectamente normal, natural y humano, ¿no era así?

—¡Y yo le digo a su padre —decía confidencialmente la señorita Stanton— que si por lo menos Mónica hubiese escrito una simpática novela policial!

¡Oh Dios mío!

Fué para peor que el libro fuera un éxito. Avisado por los vecinos, un periodista vino a entrevistar a Mónica; fué fotografiada en el jardín de la vicaría, y apareció su verdadero nombre en los periódicos. El reportero también le hizo algunas preguntas sobre Los Derechos a Amar de las mujeres. Mónica, confundida, le dió unas respuestas que, impresas, parecían mucho peor de lo que en realidad eran. Canon Stanton tuvo que escribirle al obispo para explicarle esto; la señorita Stanton tuvo material para las tres semanas siguientes; y más periodistas trataron de aprovechar la oportunidad de hacer una buena noticia.

«No lo creerían —escribía “El Planet”, que era una especie de revista literaria—, con una cara como un ángel de Burne-Jones y probablemente un corazón como Mesalina».

—Por supuesto —observaba la señorita Flosie con una odiosa nota de complacencia en la voz—, el libro está dando mucho dinero; mucho, creo; pero, como yo le digo a mi hermano, ¿qué es eso? ¿Qué es en realidad? Después de todo, el señor Cartwright gana mucho dinero. Y, como yo le digo a mi hermano, si por lo menos Mónica hubiese escrito una simpática novela policial.

Mónica ya no podía soportar más.

A mediados de agosto, antes que hubiera vislumbres de los acontecimientos que habían de destrozar a Europa, Mónica hizo su maleta y se marchó a Londres.

Sentada en la oficina de Thomas Hackett, Mónica sentía una verdadera fiebre de impaciencia, de deseos de empezar a trabajar. Haría del guión de «Deseo» una obra de arte dentro de los argumentos cinematográficos; tendría que ser bueno; se había jurado a sí misma. No podía ser de otra manera, desde el momento que estaba siendo tratada con cortesía, deferencia e incluso consideración por el hombre que había sido descrito como el Joven Napoleón de la industria cinematográfica británica; tan agradecida estaba, que sentía una lealtad inquebrantable por Hackett, con su sobria habilidad y su suave y seguro sentido práctico.

—Todo arreglado entonces —dijo Hackett, inclinándose sobre el escritorio para estrecharle la mano—. Y ahora que es una de los nuestros, ¿qué piensa de ello, señorita Stanton?

—Creo que es maravilloso —contestó Mónica—. Pero...

—¿Pero qué?

—Bueno, quiero decir ¿cómo trabajaré? ¿Me quedo en la ciudad y escribo el guión y se lo envío, o trabajo aquí?

—Oh, trabajará aquí —contestó Hackett.

La alegría de Mónica llegó a su límite; ésta era su última ansiedad. El sólo ver los Estudios Pineham había puesto la enfermedad del cine en su sangre.

—No resultaría que trabajase usted en la ciudad —le explicó el productor fríamente—. Tengo que tenerla bajo mi vigilancia. Y tengo además aquí a un individuo que puede enseñarle los gajes del oficio en muy poco tiempo. La pondremos en la oficina cerca de él. —Hizo un apunte—. Tendrá que trabajar duro y firme. Y rápido también, señorita Stanton; soy muy exigente acerca de esto. Quiero comenzar a filmar —su mano revoloteó sobre el escritorio para luego descender sobre él con un apagado y comercial golpecito— lo más pronto posible. Cuatro semanas, ¿qué le parece? Tres quizás.

Mónica no estaba habituada todavía a las tácticas cinematográficas. Lo tomó al pie de la letra, y vaciló un instante...

—¡Tres semanas! Pero...

Hackett lo meditó rápidamente e hizo una concesión de mala gana.

—Bueno, quizás un poco más. No mucho, sin embargo, recuerde. Así trabajamos aquí, señorita Stanton. Quiero que esta película se haga en seguida de «Espías del Mar», nuestro actual film antinazi de espionaje.

—Ya lo sé, señor Hackett, pero...

—«Espías del Mar» debe estar por terminarse, espero. —Una sombra de pesar cruzó por su rostro, pero desapareció casi instantáneamente—. Digamos cinco semanas —dijo persuasivamente—. Es bastante tiempo. Eso es. Quedamos de acuerdo. —Hizo otro apunte—. ¿Qué le parece?

Mónica sonrió.

—Haré todo lo posible, señor Hackett. Si puedo aprender todo lo que tengo que aprender y todavía hacerle un guión decente para «Deseo»...

Hackett la miró con aire de asombro.

—¿Para «Deseo»? —repitió.

—Por supuesto.

—Pero, mi querida joven —dijo Hackett, con un aire alegre y paternal—, usted no va a hacer el guión de «Deseo».

Mónica lo miró asombrada.

—Oh, no, no, no —continuó Hackett, como preguntándose quién le habría puesto esa idea en la cabeza. La miró como reprochándola; sonrió, moviendo la cabeza. Toda la radiante fuerza de su personalidad, que parecía animar hasta los pelos de su bigote de cepillo de dientes, se concentró en sacar de la mente de ella esa absurda idea.

—Pero yo creí... Yo entendí...

—No, no, no, no —dijo Hackett—. El señor Cartwright trabajará en «Deseo», y, además, le enseñará a usted todo lo necesario acerca de este negocio. Usted, señorita Stanton, deberá hacer el guión para la nueva novela policial del señor Cartwright, «Y Así... al Crimen».

II

Si la teoría de Dunne está en lo cierto, en la mente subconsciente pasan cosas muy peculiares. Mónica, aunque en el primer momento quedó sin aliento por la sorpresa, podría sin embargo haber dicho: «Yo he estado aquí antes de ahora». Toda la escena, las paredes blancas de la oficina, las cortinas de color sobre las soleadas ventanas, el sonido de la voz de Hackett, todo le resultaba terriblemente familiar, como si hubiese ya pasado antes por la misma escena y supiese lo que iba a suceder.

La verdadera explicación de esto era que, secretamente, ella temía que tanta maravilla no podía durar. Tenía la secreta convicción de que en algún punto, el destino estaría aguardando para estropear sus sueños con alguna sucia artimaña.

Y cuando esto ocurrió, por supuesto que la sucia artimaña tenía algo que ver con el nombre de Cartwright. Era inevitable. Estaba perseguida por Cartwright. Su universo estaba oscurecido por Cartwright. Y al final de cada sendero agradable que pudiese seguir, se encontraba la desagradable cara de muñeco de Cartwright.

Sin embargo luchó todavía contra ello.

—No puede usted decirlo en serio —imploró—. ¡Señor Hackett, no puede ser!

—Sin embargo, así es —contestó Hackett afablemente.

—¿Debo trabajar en una novela policial en vez de mi propio libro?

—Exactamente.

—¿Y el señor Cartwright —se las arregló para pronunciar el nombre, aunque le era increíblemente repugnante— debe trabajar en el guión para mi libro, mi libro?

—Lo ha adivinado —dijo alegremente el productor.

—¿Pero por qué?

—¿Cómo dijo?

A Mónica le inspiraba tanto temor, que en otra oportunidad no se habría atrevido a protestar. Lo hubiera sufrido en silencio, diciéndose que quizás sería su propia culpa. Pero esto era demasiado. Las palabras afluyeron espontáneamente a sus labios: «¡Es la cosa más estúpida que he oído!». Aunque no las dijo, algo de ellas se debió reflejar en su tono.

—Le pregunto por qué —insistió—. Es decir, por qué hemos de hacer cada uno el trabajo del otro, en vez de hacer el propio.

—Usted no entiende de estas cosas, señorita Stanton.

—Ya lo sé, señor Hackett, pero...

—Señorita Stanton, ¿es usted el productor con diez años de experiencia o soy yo?

—Usted, por supuesto, pero...

—Entonces no hay más que hablar —dijo Hackett alegremente—. No debe tratar

de cambiar las cosas apenas llega, señorita Stanton; tenemos nuestras manías, ¿sabe usted? Debe creerme si le digo que, después de diez años de experiencia, sabemos algo sobre este negocio. Y usted ya aprenderá; por supuesto que sí. Ya lo creo; con Bill Cartwright enseñándole, lo aprenderá en muy poco tiempo.

La monstruosidad de la proposición se estaba recién escurriendo en la mente de Mónica. Se levantó de un salto.

—¿Quiere decir —dijo— que he de permanecer aquí y ser enseñada, enseñada, cómo escribir argumentos por ese..., ese repulsivo..., ese asqueroso...?

Su interlocutor se sobresaltó.

—¿Conoce a Bill Cartwright?

—No, no lo conozco. Pero mi familia sí. ¡Y han dicho —gritó Mónica, apartándose de la estricta verdad— que es el más repulsivo, desagradable y absurdo ser que ha pisado la faz de la tierra!

—Oh, vamos. No, no, no. Usted está equivocada, señorita Stanton. Conozco a Bill hace años. No es que haya ganado ningún premio de belleza, Dios lo sabe. Pero no es tan terrible como todo eso —le aseguró el productor—. Por lo demás, diría que es más bien distinguido.

Mónica se confundió.

A Hackett le pareció que la joven había quedado como anonadada por alguna razón.

Lo que pasaba era que Mónica se había trazado hacía tiempo una imagen mental de Cartwright y no se sentía dispuesta a alterarla. En todas partes, por lo menos en las revistas literarias, Cartwright era alabado por la exactitud y el desarrollo sin tacha de sus novelas. Esto lo hacía aún más desagradable. Mónica pensaba que lo habría despreciado menos si hubiese sido más descuidado. Se lo imaginaba con facha de estudioso, mustio, serio y antipático, con enormes anteojos. Y se complacía con el odio que sentía por esta imagen.

—No puedo hacerlo —dijo bruscamente—. Lo siento terriblemente. Usted sabe cuán agradecida le estoy... Pero no puedo. Sería imposible.

—Oh, por supuesto —dijo el productor con fría indiferencia—. Si desea romper su contrato...

—No es eso —dijo Mónica desesperadamente—. Por favor, compréndame, señor Hackett. No estoy tratando de enseñarle. Estoy segura de que usted sabe muy bien lo que hace. (Lo decía sinceramente; era todo culpa de Cartwright). Puedo hacer todo lo que usted me pida, pero sólo le pido que me explique: ¿Por qué? ¿Por qué tengo que trabajar en una novela policial, de las cuales no sé nada, en vez de mi propio libro? ¿Podría, por favor, explicarme la razón?

Hackett dejó ver en su rostro una expresión de alivio.

—Oh, la razón —acentuó la última palabra—. ¿Eso es todo? ¿Por qué no me lo dijo en primer lugar? ¿La razón?

—¡Sí!

—Pero, mi querida joven —le explicó, con un tono compasivo—, si no hay nada más simple. La razón...

En ese momento sonó el teléfono que había sobre el escritorio.

Hackett, saltando como una dinamo, descolgó el aparato. Todo otro asunto fué desplazado instantáneamente de su cerebro.

—Sí..., sí... ¿Kurt? ¿Sí? Bien, pregúntale a Howard... No, ni por un minuto. La nueva escritora está aquí. —Relució su sonrisa dental, una sonrisa de conspirador dirigida a Mónica por encima del teléfono—. Sí, una muchacha muy agradable... Sí... Muy bien, iré. —Cogió el lápiz e hizo una anotación—. Escenario tres, dentro de cinco minutos... Sí.... Muy bien... Adiós.

Colgó el fono.

—Bien, señorita Stanton, ¿de qué estábamos hablando?

—No quisiera demorarlo...

—No tiene importancia —exclamó Hackett, agitando una mano de manera que quería decir que tenía importancia, pero que él se la quitaba—. Cinco minutos. ¡Cinco minutos! No es tanto el apuro. ¿Qué era lo que me iba usted a decir?

—Yo no, señor Hackett. Usted me iba a decir la razón por la cual quiere que yo trabaje en una novela policial en vez de mi propio libro.

—¡Ah, sí! Mi querida señorita Stanton, no hay nada más sencillo. La razón...

La puerta de la oficina de Hackett fue abierta violentamente y un hombre entró en ella.

No es que sencillamente entrara. Irrumpió en ella. Y con él entró tal corriente de quietud, helada y contenida ira, que fué como si se hubiera abierto la puerta de un refrigerador. Esta atmósfera de hielo se extendió por las paredes y apagó los rayos del sol que penetraban por la ventana. Aunque el individuo abrió la puerta bruscamente, no la dejó que se golpeará contra la pared; la sujetó con suaves y temblorosos dedos y la cerró sin ruido. Luego atravesó la estancia con pasos silenciosos, como temiendo hacer explotar una mina. Era un hombre joven y alto, que llevaba un libro bajo el brazo. Sólo cuando estuvo frente al escritorio, mirando a Hackett frente a frente, hizo explotar la mina de su furia.

Dijo:

—¡Maldito sea!

Y estrelló el libro contra el escritorio con un golpe que hizo saltar el sombrero de un tintero en forma de mandarín.

El libro era una copia del libro más vendido del año, «Deseo».

Hackett volvió a colocar el sombrero en la cabeza del mandarín.

—¡Hola, Bill! —exclamó.

—Escucha —le dijo el recién llegado—, esto es demasiado. No puedo hacerlo, Tom. ¡Por Dios, no lo haré!

—Toma asiento, Bill.

El recién llegado dió vuelta alrededor del escritorio de Hackett. Un extraño podría

haber pensado que sus intenciones eran estrangularlo. Quizás por un momento, lo fueron.

—Escúchame —le dijo—. No me opongo, en general, a hacer guiones para libros malos. Puede que lo único que diga, a veces, es que nadie haría guiones para tales libros. ¡Muy bien! —levantó una mano—. Pero hay límites, más allá de los cuales ningún término del idioma inglés puede expresar con corrección. Hemos llegado a ese límite. Este libro no es sólo sucio. Es el más completo, total y espantoso chocheo jamás visto que se haya introducido bajo las narices del inocente público por maníacos analfabetos disfrazados de editores. En una palabra, Tom, es asqueroso. ¿Está claro?

Se agachó y dió unos golpecitos sobre el libro con dedos temblorosos.

—Calma, calma —le dijo Hackett, suavemente—, déjame presentarte a la señorita Stanton: el señor Cartwright. La señorita Stanton.

—Cómo está usted —dijo Cartwright, dando a Mónica una mirada rápida por sobre el hombro y dándose vuelta nuevamente—. Para terminar, Tom, este libro...

—Cómo está usted —dijo Mónica alegremente. Porque se sentía feliz.

Esto puede parecer extraño. Pero con la primera mirada que le había dado a Cartwright, se había sentido casi compensada por la situación en que se encontraba. A través de su odio sintió una emoción de una dicha poco santa, como las notas de una melodía diabólica. Mónica se sintió fortificada. Sintió Su resolución renovada, su valor vibrante con la convicción de que el enemigo estaba en sus manos.

Era verdad que la imagen primitiva que de él se había formado era falsa. William Cartwright no era mustio, seco y antipático, aunque tenía el desagradable hábito de adoptar una posición de superioridad. Personas mal informadas podrían haber dicho que no era mal parecido. Tenía anchos hombros, hermosos ojos y una cara enjuta con cabello oscuro. Personas mal informadas (que no viesan bajo la superficie su alma culpable) podrían incluso haber dicho que era una cara de persona honrada. Mónica reconocía todo esto, porque deseaba ser justa. En compensación vió en él algo tan horrible, que lo arreglaba todo; algo que lo ponía completamente fuera del género humano; algo que lo colocaba a su merced para burlarse de él para siempre. Mentalmente, saltó en la silla con la alegría que este descubrimiento le produjo.

William Cartwright tenía barba.

Debía hacérsele justicia, sin embargo. No era una barba hirsuta. Ni tampoco una de esas barbas descuidadas que todo el mundo aborrece. Por el contrario, cualquier hombre habría dicho que era hermosa: cuidadosamente recortada, lo mismo que el bigote, le daba a su dueño un cierto aire de comandante naval.

Pero muchas mujeres no lo habrían visto así. Mónica, súbitamente cegada, la vió rojiza.

—No me refiero —continuó el intratable Cartwright, estirando la barbilla adornada de la insolente barba— a la pésima gramática ni la peor sintaxis. No digo nada del estilo de la prosa, que sería capaz de hundir un acorazado. No digo nada del

asno presumido del protagonista, Capitán Qué Sé Yo Cómo Se Llama. Tampoco me refiero a la mente pornográfica de la mujer que escribió todo eso...

—¡Oh! —exclamó Mónica, dando un salto involuntario.

—Vamos, Bill —le dijo Hackett—, no deberías hablar de esa manera delante de la señorita Stanton... ¿Dónde está tu educación?

—No me refiero tampoco... Pero, ¿qué es lo que te pasa? ¿A qué vienen todos esos gestos?

(—¡Esta es la muchacha que lo escribió!).

—¿Eh? ¿Qué pasa?

(—Ahí. Detrás de ti).

Hubo un terrible silencio. Al principio Cartwright no se dió vuelta. Mónica veía una vieja chaqueta de *sport* y unos pantalones de franela que parecían no haber sido planchados desde Navidad. Lentamente, los hombros de la chaqueta de *sport* se levantaron hasta quedar a la altura de las orejas de su dueño.

—¡Dios mío! —exclamó éste con angustiada voz.

Luego la miró con el rabillo del ojo y por último se dió vuelta para enfrentarla.

—¡Mire —le dijo bruscamente—, lo siento!

—¿Lo siente? ¡Oh, no! —dijo Mónica, pálida de furia, pero cuidando de conservar su voz reposada y liviana—. Por favor, no se disculpe. Está bien. No me importa en absoluto.

—¿No le importa?

—¡Oh, no, por Dios, no! —exclamó Mónica con una temblorosa risita—. Me encanta oír opiniones imparciales sobre mi carácter.

—Mire. Sinceramente lo siento. ¿Supongo que no interpretaría mal nada de lo que dije?

—Oh, por Dios, no —contestó Mónica riendo alegremente—. «En una palabra, Tom, es asqueroso». No hay lugar para malas interpretaciones en eso, ¿no cree? Lo malo, según parece, estaba en mi gramática.

—Ya lo dije, ¡lo siento! ¿Cómo iba a saber que usted estaba sentada aquí? ¡No podía saberlo! Si lo hubiese saludo...

Mónica se sonrió con perversidad.

—¿No habría hablado así?

—¡No, se lo juro!

—Vaya, vaya, vaya; ¿sabe, señor Cartwright, que siempre imaginé que usted preferiría ser un hipócrita? Es tan agradable oírse admitir.

Cartwright retrocedió un paso. Su barba (roja) parecía alborotada. Un observador imparcial, que no hubiese visto su oculta vileza, como Mónica la veía, habría podido pensar que estaba realmente arrepentido.

—Señorita —le dijo, y su voz tenía nuevamente su primitiva suavidad—, en caso de que usted no se haya dado cuenta, estoy tratando de disculparme; fui rudo y mal educado. Quiero que me disculpe, aunque ello me cueste la vida.

—Seguramente, señor Cartwright, para usted ésa sería la más dolorosa forma de suicidio.

—¡Vamos, vamos, no peleen! —exclamó Hackett. Se puso de pie, sacudiéndose las solapas del vestón—. Siento tener que dejarlos, pero debo irme. Me alegro de que se hayan conocido, pues quiero que trabajen juntos.

Cartwright se quedó estupefacto. Se dió vuelta lentamente para mirar al productor.

—¿Tú quieres que...?

—Sí. A propósito, la señorita Stanton debe hacer el guión para tu nueva novela. ¿No te lo había dicho?

—No —contestó Cartwright con una voz lenta y extraña—. No me lo habías dicho.

—Bueno, ya lo sabes. Y, ¡otra cosa! Quiero que seas —sonrió— una especie de guía, de consejero y de padre confesor para la señorita Stanton. Ella no tiene ninguna experiencia en la escritura de guiones cinematográficos. Eso es. De modo que quiero que la ayudes y la enseñes; muéstrale las cosas que tienen importancia. Quiero tenerlos a los dos aquí cerca de mí en el Edificio Viejo. A ella le daré la antigua oficina de Less Watson, contigua a la tuya; la limpiaremos y haremos colocar una máquina de escribir y quedará como nueva. Así podrás empezar a enseñarle las primeras cosas mientras trabajas en el guión de «Deseo».

Cartwright caminó agitadamente a lo largo de la habitación.

—Uno, dos, tres, cuatro... —contó—, cinco, seis, siete, ocho... . ¡No, no puedes hacerlo!

Dió un salto para alcanzar a Hackett cuando éste se dirigía hacia la puerta. Antes que él llegara, Cartwright la cerró, dió vuelta la llave en la cerradura y se paró delante de ella.

—Vine aquí —dijo— para dejar esto arreglado contigo; y no te vas de aquí hasta que no sea así.

Hackett lo miró fijamente.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Estás loco? ¡Abre esa puerta!

—No. Primero vas a oír unas pocas verdades. Toni, no es asunto mío cómo botas tu dinero. Pero, como viejo amigo tuyo que soy, quiero razonar contigo antes que te vuelvas completamente loco y empieces a hacer ruidos extraños delante de las ventanas. ¿Sabes lo que has estado haciendo durante las últimas tres semanas?

—Sí.

—Lo dudo. ¡Escucha! Tres semanas atrás comenzaste a filmar «Espías del Mar». Designaste a Frances Fleur y Dick Conyers para los papeles principales. Tenían un guión preparado y a Howard Fisk para dirigirla. Una semana más tarde, cuando ya habían comenzado a filmar, decidiste que el guión estaba mal y que había que cambiarlo.

—¿Vas a abrir esa puerta?

—No. ¿Qué hiciste luego? ¿Elegiste a alguien de aquí para que cambiara el guión? No. Mandaste, venir desde Hollywood, desde Hollywood, repito, a un costo que hace tiritar mi alma de escocés, al mejor pagado escritor cinematográfico de todavía industria. Este no ha llegado aún. Pasarán días antes que llegue. Y, mientras tanto, ¿qué es lo que haces? Te lo diré. Sigues alegremente filmando «Espías del Mar» con el guión antiguo, el cual será total y absolutamente cambiado cuando el «experto» llegue.

Cartwright dió un profundo suspiro. Su barba (de color rojo lepra) estaba temblorosa.

Extendió las manos suplicante.

—Tom, si te conociera menos, pensaría que estás tratando de arruinar tu propio negocio. Pero la verdad es que tienes la enfermedad del guión. Mira lo que pasa actualmente. La señorita Um-Um y yo. ¡Ponte una compresa fría en la cabeza y mira!

La faz atezada de Hackett se oscureció.

—He tratado de tener paciencia contigo, Bill. ¿Terminarás con esta estupidez y te quitarás de esa puerta?

—No.

—¿Supongo que te darás cuenta de que jamás conseguirás otro trabajo en este estudio?

—¿Otro trabajo aquí? —resopló Cartwright. Dos ojos llenos de misericordia se fijaron en el productor—. ¡Y el pobre hombre usa eso como una amenaza! En el futuro, el que pronuncie la palabra cine delante de mí será insultado. Ya tengo bastante. ¡Otro trabajo! Preferiría tomarme una botella de aceite de castor puro. Preferiría ser obligado a releer «Deseo». Pero alguien habrá que sea razonable acerca de esto. Apelo a usted, señorita Um-Um. ¿Qué le parece; está de acuerdo conmigo?

Hablando con sinceridad, la señorita Um-Um estaba de acuerdo con él. Pero ésta no era una ocasión para atenerse a la lógica pura.

—¿Usted quiere saber mi opinión, señor Cartwright?

—Así es. Con toda humildad.

—¿Sinceramente?

—Por favor.

—Bueno, en ese caso —dijo Mónica, levantando la cabeza—, todo depende de cómo se mire al asunto. Quiero decir, ¿es usted un productor con diez años de experiencia, o no? Por supuesto, que si usted está tan hinchado de orgullo que cree que nadie sabe nada excepto usted; si cada vez que alguien le hace una sugestión pone aire de fiera y quiere irse al jardín a comer, gusanos..., bueno, en ese caso sus argumentos no sirven de mucho, ¿no es así?

Cartwright la miró fijamente durante un rato. Luego ejecutó una pequeña danza delante de la puerta.

Hackett echó la cabeza atrás y rió.

—Vamos, vamos, olvidemos todo este asunto —rió, dando unos golpecitos a

Cartwright en el hombro—. Sé que no lo decías en serio, viejo.

—Estoy segura de que no lo decía, señor Hackett.

—Así es. Bill rompe su contrato más o menos una vez a la semana; pero siempre vuelve.

—Estoy segura de que es así.

—Bueno, debo irme ahora; hay no sé qué dificultad en la filmación; hay un enredo por no sé qué causa y casi matan a uno. Y eso no puede ser. Bill, dejo a la señorita Stanton a tu cargo. Posiblemente querrá conocer por aquí. Puedes mostrarle todo y luego llevarla al escenario número tres.

—¡Pero señor Hackett! —gritó Mónica de pronto, llena de alarma—. ¡Espere un momento! ¡Por favor! ¡Espere!

—Encantado de haberla conocido, señorita Stanton —le dijo el productor mientras le estrechaba la mano y la sentaba luego en una silla—. Espero que tendremos una larga y agradable asociación. Cualquier cosa que desee saber, pregúntele a Bill. Supongo que los dos tendrán mucho de qué hablar. Hasta pronto, Bill. Adiós, adiós, adiós.

La puerta se cerró tras él.

Por un minuto completo, ninguno de los dos habló. Luego Bill Cartwright se aclaró la garganta.

—Señorita, no lo diga.

—¿No diga qué?

—No lo diga —explicó Cartwright—. Cualquier cosa que fuera lo que usted iba a decir. Algo me dice que cualquier tema de conversación entre nosotros será motivo de controversia. Pero hay algo que preferiría saber. ¿Realmente quiere que le muestre esto?

—Si no fuese mucha molestia para usted, señor Cartwright.

—¡Bien! ¿Puedo preguntarle una cosa más?

—Sí. ¿Qué cosa?

—Bueno —dijo Cartwright más confidencialmente—. ¿Realmente ve usted escarabajos trepando por el cuello de mi camisa? ¿Ha notado signos evidentes de lepra en mí, que un examen médico pudiese confirmar? No es que se lo pregunte por una curiosidad ociosa. Se debe a que me estoy poniendo nervioso. Desde que entré aquí, usted ha estado ahí sentada y mirándome con una expresión, no sé cómo describirla, como de asco, que, para serle franco, me está poniendo enfermo.

—Qué interesante.

—Muy bien; ¿no es así?

—Debe perdonarme —dijo Mónica, estirando la falda sobre sus extremadamente bien formadas piernas, con un movimiento descuidado que habría estado apropiado para la misma Eva D'Aubray—. No quisiera discutir más sobre el asunto.

—Sí. Pero yo quiero. Terminemos con esto —exclamó Cartwright, hablando ya seriamente—. ¿No puede usted ser razonable? Me he excusado, ¿no es así? ¿Qué más

puedo hacer? ¡Fuera de retirar mis opiniones, por supuesto!

Mónica temblaba de rabia.

—En realidad —dijo—, ¡qué extremadamente amable de parte suya! ¡Qué terriblemente generoso de su parte!

—Sí. Y comprendo cómo se siente usted. Puedo hacer cualquier cosa para desagaviar su amor propio herido...

Mónica, verdaderamente estupefacta, se echó atrás en su silla y lo miró fijamente. Pero no lo veía. Veía sólo una niebla delgada y luminosa de odio, que flotaba en su cerebro, acumulada por ella como el humo de la botella del genio de Aladino. Sin que se diese cuenta, su falda se había levantado por encima de sus rodillas. Tampoco se dió cuenta de la expresión triste y cínica de satisfacción que apareció en la cara de Cartwright, que sin embargo estaba mezclada de algo de enojada sorpresa.

—Cualquier cosa —repitió, levantando la mano doctoralmente— para aliviar su vanidad herida. Pero (¿no lo comprende usted?) tiene que haber eso que se llama conciencia artística.

—¿Es verdad?

—Sí. Siento tener que decirlo, pero su novela es sucia. Es el producto de una mente precoz obsesionada por una sola cosa. Además, individuos tales como esa Eva D'Aubray y el capitán Nosecomosellama, no existen ni podrán existir nunca.

Mónica se puso de pie.

—¿Y supongo —le lanzó— que sus estúpidas historias de crímenes existen?

—Mi querida joven, no discutamos acerca de eso. Tales cosas están basadas en principios científicos, siendo por lo tanto por completo diferentes.

—Son pequeñas y sucias triquiñuelas que no resultarían jamás en la realidad. Y tan mal escritas que me ponen enferma.

—Mi querida joven —le contestó Cartwright en un tono mundano y educado—, ¿no estaremos siendo sencillamente pueriles ahora?

Mónica se rehízo. Era Eva D'Aubray nuevamente.

—Creo que así es. Por favor, antes de que diga algo de que luego me arrepienta, ¿quiere llevarme a donde sea que tenga que llevarme? Eso si no es mucha molestia.

—¿Quiere decirme —dijo Cartwright obstinadamente— por qué me odia de esa manera?

—¡Por favor, señor. Cartwright!

—Vamos, dígalo.

—No sé qué quiere decir usted.

—Pero usted me odia, ¿no es así? —dijo, acariciándose la barba.

—¿No cree usted que exagera su propia importancia? En realidad, no he pensado mucho en usted. Si me pregunta si siento un leve desagrado por usted y sus maneras y su barb..., quiero decir todo acerca de usted, bueno, creo que tendría que decir que sí.

—Bueno, usted no me desagrade a mí.

—¿Cómo dijo?

—Digo que usted no me desagrada —contestó Cartwright gruñonamente.

—¡Qué interesante! —dijo Mónica.

Era una mala suerte que lo detestara tanto. Antes que hubiese transcurrido una hora, hubo de agradecerle el haberle salvado la vida del primer intento de asesinato proveniente de las diabólicas fuerzas que se habían reunido en los Estudios Pineham.

III

Incluso antes de que aquella hora hubiese transcurrido, Mónica había comenzado a arrepentirse de detestarlo tanto. Si no hubiese estado bien enterada, puede, incluso, que se hubiese engañado pensando qué era cortés y educado; otra cosa era que fumaba en una pipa curva, del estilo de la de Sherlock Holmes; un horror.

—¿Pero por qué hemos de trabajar aquí? —demandó Mónica—. ¿Por qué no en aquel edificio grande con los toldos?

—La razón —contestó Cartwright— es que Albion Films no es la única empresa aquí. Hay tres más. Radiant Pictures y S. A. G., una compañía americana, y Wonderfilms, la cual construyó estos edificios. El resto arrienda los escenarios y edificios, exactamente lo mismo que nosotros. Estos terrenos eran primitivamente una finca, y el Edificio Viejo eran las casas de ella, antes que Dega, de los Wonderfilms, la comprara. —Una expresión de gozo soñador y perverso cruzó por su rostro—. Radiant Pictures está haciendo un film gigante sobre el Duque de Wellington; he estado hablando con Aaronson; si la versión que dan de la batalla de Waterloo no es algo que pasará a la historia, no será por mi culpa.

—¿Supongo que usted cree que eso es divertido?

Cartwright se pasó una mano por el cabello con gesto de desesperación.

—Muy bien, muy bien. Cambiemos el tema.

Pero Mónica estaba inflexible.

—Y un poquito infantil, ¿no cree? Supongo que usted le liaría lo mismo al señor Hackett, si no fuera porque le paga un sueldo. Después de todo, ¿qué derecho tiene usted a reprochar al señor Hackett?

—Ninguno.

—Sí, es evidente, ¿no cree? Y él no se coloca en ningún pedestal. Cuando llegué aquí, esperaba que por lo menos una docena de secretarias me entrevistaran y quizás tener que esperar un día entero antes de verlo en absoluto. Y no fué así. Allí estaba él, tan accesible y agradable y humano...

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo no es ninguna especie de dios.

—¿No suena eso a un poco de envidia?

—Escúcheme —dijo Cartwright—. Hay algo que quisiera dejar en claro. Este es un sitio agradable para trabajar. En la industria británica del cine hay muy poco del aparato de Hollywood. La gente no se encierra en altares secretos detrás de una batería de secretarias. Y todo el mundo conoce a todo el mundo. De productor a director a estrella y todos los demás que siguen, están en todas partes; se encuentran, y conversan, y se le cruzan a uno en el camino a cada rato. Son casi todos unas

excelentes personas. Algunos, incluso, son bastante inteligentes. Sólo que...

—¿Qué?

—Ya lo verá por sí misma —contestó Cartwright con malicia.

Ella no le alcanzó a oír. Habían emergido en ese momento a la luz del sol por el lado del edificio, e iban caminando por la suave pendiente de césped verde que descendía hacia el lago.

Este había servido, en diversas ocasiones, como el Támesis, el Sena, el Éufrates, el Gran Canal, el Atlántico, el Bósforo o el Océano Pacífico. Era evidente que en la actualidad había un submarino en él, del cual se veían el amenazador puente y la torre de mando. Un pato lleno de curiosidad lo rondaba, examinándolo. Más allá, donde el lago se angostaba, se hallaba cruzado por un puente que conducía a un camino entre los árboles; había un gran cartel que rezaba: «No se permiten visitantes más allá de este puente». Sobre la colina y hacia la derecha, en el lado permitido a los visitantes, se erguían las descoloridas fachadas traseras de los escenarios, entre los árboles. Entre ellos se levantaba la noble fachada de una casa señorial de estilo georgiano, de color blanco y con altas columnas, construida con tal habilidad, que se necesitaba mirarla dos veces para darse cuenta de que era sólo un telón. El verla le produjo a Mónica una aceleración en los latidos del corazón, producidos por la excitante emoción de la ficción.

Esto la animó a preguntar algo.

—El señor Hackett mencionó —comenzó a decir.

—¿Sí?

—Algo acerca de una actriz llamada Frances Fleur. ¿La conoce usted?

—¿F. F.? Sí. ¿Qué quiere saber sobre ella?

—Nada. Sólo le preguntaba. ¿Cómo es ella? Quiero decir ¿es agradable?

Cartwright reflexionó un instante.

—¿F. F.? Sí, supongo que sí. Buena muchacha. —Hizo una pausa, mirándola con malicia. Era una mirada llena de mala intención, como si la clavase contra la pared. Fué a decir algo, pero luego cambió de idea. Añadió, como por casualidad—: La ha visto usted en el cine, ¿no es así?

—Una o dos veces.

—¿Le gusta?

—Es muy linda —contestó Mónica remilgadamente.

Aunque Mónica hubiese muerto antes que reconocerlo, la sombra de Frances Fleur había sido la inspiración para los modos y la personalidad de Eva D'Aubray. Había veces en que ambas se le confundían; y Mónica Stanton, en su imaginación, se convertía en la suma de ellas.

—¿Qué tal es ella; es casada?

—Varias veces, creo. Su primer intento fué con Lord Fulano de Tal, cuando todavía estaba en comedias musicales.

—Lord Roxbury de Brene —contestó Mónica automáticamente.

—Algo así. El segundo intento, más reciente y todavía en actualidad, es con Kurt Gagern, o Von Gagern.

Mónica se quedó mirándolo.

—¡Pero si nunca lo había oído nombrar!

—Ya oirá —le aseguró—. Gagern es la maravilla del momento. Era director de la UFA. antes que los nazis lo expulsaran de Alemania. Es ario puro; uno de los antiguos aristócratas *und-von-zund*, creo; pero no le fué bien allá. Actualmente es director auxiliar de Howard Fisk en «Espías del Mar». Se las ha arreglado para hipnotizar al Almirantazgo para conseguir permiso para las tomas navales de exteriores, en Portsmouth e incluso en Scapa Flow.

Había una nota curiosa en la voz de Cartwright, pero Mónica no se dió cuenta. En primer lugar, porque estaba anonadada por el hecho de no haberse enterado del matrimonio de su ídolo. En segundo lugar, iban entrando en el edificio principal.

En el fresco interior, encontró el ambiente que había estado esperando: la atmósfera de apuro, ultimátums y puertas cerradas con violencia. El edificio era un laberinto de largas galerías, con pequeñas oficinas una al lado de la otra, como camarotes de un barco. La mayor parte de la actividad consistía en abrir y cerrar puertas. La gente taconeaba; las máquinas de escribir tecleaban; había un pesado olor a pintura. Un recadero salió del restaurante, comiéndose una barra de chocolate. Cartwright se dirigió a un pasaje largo y cerrado, una especie de Puente de los Suspiros de vidrio, que corría a lo largo de hermosos jardines hacia los estudios en el fondo.

El corredor del fondo era inmenso; era de concreto, lleno de ecos, y a Mónica le recordaba un aeropuerto. A él se abrían las puertas de numerosos estudios. La luz roja estaba prendida sobre la puerta número tres, indicando que no se debe abrir la puerta mientras se graba. Cartwright le hizo una seña a Mónica indicándole que esperara; se puso a escuchar, con alegría maligna, la conversación de dos hombres que estaban parados en la mitad del corredor.

Uno era un hombre pequeño con un cigarro en la boca; el otro, un joven alto con anteojos y con un acento ultrarrefinado.

—Mire esta escena del baile —decía el hombre del cigarro.

—Sí, señor Aaronson.

—El canto ese de la duquesa de Richmond antes de la batalla de Waterloo.

—Sí, señor Aaronson.

—Bueno, acabo de ver las pruebas; son pésimas; no hay calor en eso.

—Pero señor Aaronson...

—Mire —dijo el hombre pequeño—, lo que necesito es una canción para que Erica Moody cante, ¿comprende? Luke Fitzdale hizo una que es magnífica. De modo que esto es lo que haremos, ¿comprende? El Duque de Wellington dice: «Señoras y señores, tenemos una gran sorpresa para ustedes esta noche». Y la duquesa se sienta al piano y canta.

—Pero no creo que ella hiciera eso, señor Aaronson.

—¿No cree?

—No, señor Aaronson.

—Bueno, pero es lo que ella va a hacer en la película: Otra cosa: hay otra escena en la que hay un lugar especial para otra canción. La haremos cantar antes de la batalla, para darles ánimos a las tropas. Lo tengo todo listo. La duquesa de Richmond.

La luz roja encima de la puerta se apagó.

—Entremos —dijo Cartwright. Golpeó su pipa vacía contra la pared y empujó a Mónica delante de él hacia la oscuridad.

El estudio por dentro era como, una barraca, una barraca enorme que cubría más de medio acre de terreno. Parecía tener cien pies de altura. Innumerables ruidos pequeños se oían al fondo: pasos, cables que eran arrastrados, el chirrido de una sierra y voces apagadas. Aunque parecía que había un gran número de personas dentro, se movían como sombras. Luces pálidas, muy lejanas y ninguna iluminando directamente sobre las cosas, daban un pálido resplandor que se unía a los reflejos de la luz del día que se filtraba por el tejado.

Todo era una confusión. Habían construido las casas de todo el mundo, los jardines de todo el mundo; era como una pesadilla; construir y luego destruir.

Con Cartwright sujetándola firmemente por el codo, Mónica se aventuró en ese mundo de leyenda. Fragmentos de una prisión (poco convincentes eran los barrotes de madera pintados) se hallaban apilados contra una pared. Pasaron por la cocina de un hotel y por una parte del puente Westminster. Pasaron por una calle de suburbio, de la cual la casa principal era la de un médico criminal de una novela de William Cartwright, construida íntegramente, desde los ladrillos hasta la última pieza del amoblado. La calle se veía azulada y sucia, extremadamente desagradable y siniestra. A Mónica le pareció que habían andado varias millas antes que se oyeran unas voces y brillantes luces se encendieran delante de ellos.

—¡Silencio, por favor —gritó una voz—, silencio!

—Allí está ella —dijo Cartwright.

Estaban mirando, como bajo una campana de vidrio, un lujoso camarote a bordo de un transatlántico. En el medio de la cabina, vistiendo un escotado vestido dorado, del cual emergían totalmente sus soberbios hombros, se hallaba Frances Fleur.

La nítida claridad de las luces hacía cada detalle más vivido que en la realidad. Los paneles blancos y rosados de las paredes, la tapicería, la caoba alrededor de las ventanas redondas, todo brillaba y relumbraba. Los artículos de *toilette* sobre la mesa de tocador parecían ser de oro; incluso la botella de agua sobre la mesa de noche parecía brillar. El color de la piel de Frances Fleur, de un magnífico naranja dorada, contrastaba deliciosamente, con sus grandes y alargados ojos y su cabello negro. Su rostro era amplio y los pómulos altos, de expresión serena y las pestañas tan largas y sedosas que parecían pintadas.

—Cuidado con ese cable —susurró Cartwright, sujetándola al tropezar ella. Había estado caminando de puntillas desde que entraron—. Póngase aquí. Ss-t.

Todo ruido se apagó. Al borde de las luces se veían siluetas de caras fantasmales, y las formas marcianas de las maquinarias.

—¡Cámara!

Una suave campanilla tocó dos veces. Un joven de *sweater* se adelantó hasta quedar frente a la cámara, sosteniendo un delgado marco de madera.

«Espías del Mar. Escena número treinta y seis. Segunda toma».

El borde del marco, cerrado con fuerza, sonó agudamente. El joven retrocedió. Y Frances Fleur se animó súbitamente.

La rellena y hermosa morena parecía indecisa. Movi6 sus suaves hombros fuera del vestido. Miró hacia la puerta. Luego apretó el botón de la campanilla. Con una rapidez desconocida en todo transatlántico desde el Arca de Noé, su llamado fué contestado por una camarera.

Esta, evidentemente, no tenía buenas intenciones. Era una mujer de edad mediana, con una cara ceñuda y torva. Cualquiera Agente del Servicio Secreto se habría dado cuenta del peligro con una sola mirada, y se habría sentado a vigilarla con un revólver en la mano.

—¿Llamó la señora?

—Sí. ¿Entregó mi mensaje al señor De Lacy?

—Sí, señora. El señor De Lacy vendrá en seguida.

—¡Corten! —gritó una nueva voz.

Todo se detuvo.

La primera impresión de Mónica fué que algo había resultado mal. Pero ni Frances Fleur, ni la siniestra camarera ni nadie más parecían encontrar nada de raro en esto. Simplemente esperaban. La camarera siniestra, para decir verdad, estaba en un estado de agitación cercano a las lágrimas. Fuera de eso, todo parecía moverse en cámara lenta.

Luego hubo un intervalo prudente, sin duda para consultar con un hombre alto, medio calvo y de cabellos grises, que entró en el escenario. Este parecía muy pensativo. Vestía un modesto traje de *tweed*, un *sweater* de color pálido y unos zapatos enormes. Las luces brillaban sobre su alta y ancha frente. Mónica, con sólo mirarlo, se dió cuenta de que era Howard Fisk, el director.

Lo que dijo Fisk a las dos actrices no se supo. Su defecto era ser casi completamente inaudible. A una distancia mayor de seis pies, era imposible para el oído más fino percibir una sola palabra de lo que decía. Para Mónica, que esperaba oírlo gritar a través de un megáfono y poco menos que echar abajo la casa, esto resultó una desilusión.

Pero hacía gestos. Dió golpecitos en la espalda de la camarera siniestra, y pareció que le hablaba bondadosamente. Sostuvo una íntima y fantasmal conversación con Frances Fleur, interrumpida por largas pausas, durante las cuales miraba a su

alrededor y parecía meditar. Finalmente asintió, les sonrió, hizo una seña con la mano y abandonó el escenario.

Mónica lanzó un suspiro de alivio.

«Escena treinta y seis. “Espías del Mar”. Toma tercera».

La camarera siniestra apareció otra vez.

—¿Llamó la señora?

—Sí. ¿Le entregó mi mensaje al señor De Lacy?

—Sí, señora. El señor De Lacy vendrá en seguida.

—¡Corten!

Fisk entró nuevamente en el set. La visita fué un poco más larga esta vez.

«“Espías del Mar”. Escena treinta y seis. Cuarta toma».

La camarera siniestra apareció nuevamente.

—¿Llamó la señora?

Mónica no pudo controlarse.

—¿Por qué no acaban de una vez? —susurró—. ¿Por qué siguen tomando ese pedacito una y otra vez?

—Chit —le contestó Cartwright.

—¿Pero cuántas veces lo van a tomar?

La respuesta a esto fué dada por la camarera siniestra. La agitación de ésta había ido en aumento. Cuando por cuarta vez le preguntaron, si le había entregado el mensaje al señor De Lacy, perdió la serenidad, contestó que no y se echó a llorar.

Se supuso que lo que Fisk había dicho era que podían tomar un descanso.

—¿Bueno? —le preguntó Cartwright—. ¿Qué le pareció?

—¡Es la cosa más fascinante que he visto!

—¡Vaya! ¿No nota por casualidad algo raro aquí?

—¿Raro?

Mónica lo miró. El grupo alrededor del escenario había comenzado a disolverse. Un grabador de sonidos golpeaba, haciendo vibrar las luces; algunas habían sido apagadas. William Cartwright se quedó mirando hacia todos lados, indeciso, como si olierá el aire lleno de polvo. La pipa, vacía de nuevo, estaba sujeta entre sus dientes. Parecía muy serio.

—Raro —insistió, haciendo oscilar la pipa—. En primer lugar, aunque varias veces he visto gente que ha tenido ataques de histeria por buenas razones, nunca vi que le pasara a la vieja McPherson. —Señaló a la siniestra camarera, que permanecía en el escenario, siendo confortada por Howard Fisk—. Hay algo en el aire. La mitad de la gente está con los nervios alterados; y quisiera saber la razón.

—¿No está usted imaginándose cosas?

Frances Fleur había caminado con aire real fuera del escenario. Estaba sentada ahora sobre una silla de campo no lejos de ellos, justo al lado de los reflectores. Estaba sola con una criada de verdad, que incluso aquí llevaba una gorra y delantal, y que estaba arreglándole el *make-up*. Era difícil asociar a Frances Fleur cualquier

nerviosidad. Su serenidad parecía intacta e irrompible. Durante los monólogos con Howard Fisk simplemente había asentido y sonreído una y otra vez. Parecía que no pensaba en nada.

—En segundo lugar —continuó Cartwright—, es anormal; hay muy poca gente.

—¿Llama a esto poca gente?

—Lógico. Sin decir nada de los extras, ¿dónde está el número habitual de visitantes, amigos, dependientes y ociosos? ¡Miré!, el lugar está casi desierto. Usted y F. F. y la McPherson y la criada de F. F. son las únicas mujeres que hay aquí. Ni siquiera veo a la doble de F. F., lo cual es muy extraño. Algo anda mal.

—Sin embargo...

—Oh, quizás no es nada. Me pregunto qué será de Tom Hackett. De todos modos, ahí está F. F. en persona. ¿Quiere que se la presente?

—No lo sé. Me he estado preguntando si debería o no.

—¿Por qué no?

Mónica tuvo un arranque de sinceridad.

—A veces he pensado si no resultaría que ella era una terrible farsa. Pero no lo parece.

—No lo es... ¡Frances!

La hermosa morena se dió vuelta y sonrió. Pareció animarse en la misma forma que lo hacía ante la cámara.

—Frances, te presento a una gran admiradora tuya. La señorita Stanton; la señorita Fleur.

—¿Cómo está usted? —sonrió Frances.

Estaba transfigurada. Su sonrisa se acentuó, mostrando unos magníficos dientes. Al hablar no se borró la sonrisa de su rostro. No era una cosa mecánica; su encanto era completamente genuino. Le gustaba que gustaran de ella; y cuando alguien la alababa, casi se podía sentir la satisfacción física que emanaba de ella.

—La señorita Stanton está aquí para trabajar con Tom Hackett —explicó Cartwright—. A propósito, ella es la joven que escribió «Deseo».

Frances Fleur dejó de examinar el barniz de uno de sus dedos y la miró. Hasta ese momento había sido amable, pero guardando las distancias. Ahora era levemente diferente. La miró de nuevo.

—¿No es...?

—Sí —contestó Cartwright con firmeza.

—¿Realmente? ¡Encantada de conocerla! Es mi próximo papel, usted sabe.

Mónica la miró con aire de incredulidad.

—Eva —explicó Frances—. No Eva en el jardín del Paraíso, sino que la Eva de su novela. Por favor, siéntese aquí. Tenemos tanto que conversar. Eleanor, trae una silla para la señorita Stanton.

Eleanor la trajo. Mónica quedó situada en una posición tal que Frances la veía a plena luz. Porque ella era verdaderamente curiosa. No había leído «Deseo»; pero

había hecho que su marido le leyera en voz alta las mejores partes, y le habían interesado. Su apreciativa mirada la recorrió de arriba abajo. Pero no se podía saber lo que pensaba.

—¿Es ésta su primera visita aquí? —le preguntó—. Espero que le guste. Me entretuve tanto con su libro.

Aquí miró a Mónica con mayor curiosidad aún.

—Es muy buena al decirme eso.

—En absoluto —rió la otra—. A mi marido, el barón Von Gagern, le encantó. El escoge todos mis papeles. Debe usted conocerlo. ¡Kurt! ¡Kurt!

Miró a su alrededor.

—¿Dónde estará Kurt? ¿No lo vieron ustedes? No me gusta que se desaparezca de esa manera.

—No lo hemos visto —contestó Cartwright—. Y tampoco he visto a Tom Hackett, aunque debería estar aquí.

Hubo una mirada de entendimiento entre ellos. Los ojos de Frances Fleur eran expresivos.

—En ese caso —dijo, evitando decir lo que estaba pensando—, debe conocer a Howard Fisk. ¡Howard! ¿Quiere venir un momento, por favor?

El director dió una última palmadita sobre el hombro de la siniestra camarera, quien se estaba enjugando los ojos. Parecía que la había animado considerablemente. Luego se acercó sobre sus enormes zapatos. Visto de cerca, parecía un médico distinguido o un científico. Se estaba restregando las manos, de una manera sonriente y satisfecha, mientras se acercaba al grupo. A una distancia de tres pies se pudo oír su voz suave.

—Buenos, estamos progresando —les confió—. Definitivamente, estamos progresando. —Se detuvo y reflexionó—. Una de esas tomas tiene que servir; y Annie McPherson se siente mucho mejor.

—Howard, te presento a la nueva escritora del estudio.

Fisk volvió a la realidad.

—Ah, sí. El experto de Hollywood. Hackett me había hablado de eso. ¿Cómo está usted? —preguntó, envolviendo la mano de Mónica en una gran garra, y acariciándosela—. Espero que no encontrará nuestros métodos ingleses muy lentos para su gusto.

—No —dijo Cartwright, con voz lenta y clara—. Esta es otra persona. La señorita Stanton escribió «Deseo». No ha tenido nunca ninguna experiencia en cine.

Fisk le dió unos golpecitos en la mano.

—¿Así es? Entonces es más bienvenida aún. ¿Estaba mirando las tomas? ¿Qué le parecieron?

—Pensó que tomabas demasiado tiempo para ello —contestó Cartwright con (¿deliberada?) falta de tacto. Mónica, roja y turbada, tuvo deseos de colgarse de su barba; su angustia se empeoró al ver que tanto Frances Fleur como Fisk la miraban

sonriendo.

—No debe confundir la paciencia con la incompetencia —le explicó el director—. Infortunadamente, el primer requisito aquí es la paciencia. Y el segundo —meditó un instante— y el tercero. Además, hemos tenido una pequeña molestia en el ensayo.

—¿Sí? —exclamó Cartwright—. ¿Es acerca de eso lo que nos dijo Tom Hackett que casi había muerto alguien?

Fisk pareció divertido; continuó palmeando la mano de Mónica; ésta comenzaba a sentirse incómoda.

—¡Vamos, vamos! Nada de eso. Sólo un estúpido descuido de parte de alguien. Me voy a poner serio con esa gente del departamento de utilería.

—¿Pero qué fué lo que pasó?

Una sombra de incomodidad pasó por la cara del director. Todavía sin soltar la mano de Mónica, se volvió e indicó el escenario.

—¿Ves esa botella de agua, allí, al lado de la puerta?

—Sí.

Aunque menos iluminado ahora, los ricos colores del camarote todavía parecían una postal de algún lugar distante. Todos miraban la botella, de cristal sobre la mesa, cerca del lecho, que brillaba.

—No hubo ningún daño, menos mal. Aunque Annie McPherson tuvo un susto, porque estaba por ahí cerca. Estábamos todos en el escenario, ensayando, y yo les estaba explicando algo a Frances y Annie. No puedo darme cuenta de cómo sucedió.

—¡Continúa!

—Bueno, yo me estaba moviendo, y haciendo gestos, supongo. Gager y yo estábamos hablando, y yo retrocedí, cuando él me dijo: «¡Cuidado!». Tropecé con la mesa del lado de la cama, y ésta se dio vuelta. Hubo un ruido como de chirrido, más bien desagradable. La botella de agua había caído sobre la cama, afortunadamente; todo un trozo de la cubrecama y las sábanas debajo e incluso el colchón comenzaron a hervir e hincharse, quedando como una manzana apolillada. ¡La botella de agua no había sido llenada con agua! ¡Estaba llena de aceite de vitriolo..., ácido sulfúrico!

IV

—¿Ácido sulfúrico? —repitió Cartwright.

Se quitó de la boca la pipa vacía. Había en su rostro una expresión que Mónica no pudo descifrar.

—Aclaremos el punto —dijo—. ¿Tú crees que esto se debió a un error de parte del departamento de utilería?

—Por supuesto.

—Claro. Un empleado dice al otro: «Oye, Bert, esta botella. Como no hay agua a mano, llénala con ácido sulfúrico, que es del mismo color». ¡Así, con toda naturalidad!

—Es que tú no conoces los hechos.

—Dímelos, entonces.

—Sh —murmuró el director, esforzándose por hacer su voz más fuerte y burlona, soltó la mano de Mónica y se dirigió a ella con aire confidencial—. Esta es la manía de los escritores, señorita Stanton. Especialmente de este Cartwright. Todos —hizo un gesto como si inflara un globo en el aire—. Cartwright es capaz de ver un ingenioso plan de asesinato por envenenamiento en un cólico producido por una manzana verde. Sin embargo, debemos ser caritativos; es su oficio.

Miró con tolerancia a su interlocutor.

—¿Qué es lo que quieres decir, muchacho? ¿Que fué deliberado?

—¿Qué es lo que crees tú?

Fisk lo miró con ojos burlones.

—Ya lo sé, ya lo sé. Estás justo en el borde de la solución del misterio. Todo fué preparado. Alguien, durante la filmación, iba a tomarse un vaso de ácido sulfúrico, creyendo que era agua. O alguien lo iba a derramar sobre la cara de otro. ¿Eso es lo que piensas?

Frances Fleur tuvo un leve estremecimiento. Fuera de esto no se había movido ni una sola vez; parecía que sus ojos estuviesen vueltos dentro de sí misma. Levantó una mano y se la pasó por su cabello delgado y abundante, partido al medio y que caía en amplias ondas a lo largo de sus mejillas. Luego, con las yemas de los dedos, se tocó delicadamente el rostro.

Fué un gesto sugestivo. Se estremeció nuevamente.

Howard Fisk rió.

—Ahora escucha la verdad de los hechos, muchacho —dijo con firmeza—. ¡Esa botella de agua no figuraba para nada en la escena!

—¿Y eso qué?

—Eso significa que nadie iba a beber un vaso de agua. Ni siquiera nadie iba a llenar un vaso con agua. Lo que es más, nadie iba a tocar esa botella o acercarse a la mesa donde se encontraba. ¿Me entiendes?

—Hum.

—La botella era sólo una pieza del amoblado. Si las cosas se hubiesen desarrollado normalmente, la botella hubiera sido retirada cuando se hubiese desarmado el escenario, hubiese sido vaciada y guardada. Había una oportunidad en un millón, que yo con mi torpeza, a la cual reconozco, diera vuelta el velador con la botella. ¡Muy bien! Sé que tienes imaginación, camarada. Te admiro por ella. Pero, vamos, vamos; suponte que alguien hiciera la cosa con mala intención. Suponte que alguien intentara hacer realmente perjuicio. ¿Qué sentido tenía colocar el ácido sulfúrico en un sitio donde era imposible que le hiciera daño a nadie?

Hubo un silencio.

Howard Fisk, más que nunca, parecía un médico distinguido explicando algo. Pequeñas arrugas se formaban en los ojos, detrás de sus espejuelos. Puso una mano sobre el hombro de Mónica y ésta sintió un suave perfume que se desprendía de su traje de *tweed*.

—Pero, cuando hubo pasado, ¿qué hiciste?

—¿Qué hice? Bueno, cambiamos la cama y seguimos adelante.

—No, lo que quiero decir es si nadie demostró la menor curiosidad por saber cómo el ácido había ido a parar allí. ¿No preguntaste a nadie?

—Ah, respecto a eso, creo que Gagern estaba tratando de hacer algo. —Se rascó el cuello—. Gagern estaba preocupado. No he sabido lo que averiguó. Y cuando Hackett llegó aquí, ya traía ideas muy concretas al respecto. Es una veleta, eso es lo que es. Cree que fué sabotaje.

—¿Sabotaje?

—Sí. «Espías del Mar» es un fuerte, y espero que efectivo, ataque antinazi. Parece que Hackett cree que algún partidario ha tratado de detenernos. ¡Vamos, vamos! Esa no es manera de hacer sabotaje. En lo que a mí me toca, preferiría que no se preocuparan. Por lo demás, no podemos alarmar a las damas, ¿no es así? —le hizo un guiño a Frances Fleur—. Lento pero seguro. Suave, suave. Paso por paso. Esa es la manera de hacer las cosas. Puedo asegurarles que no hay ninguna dificultad...

Se oyó una voz aguda.

—¡Howard! ¡Bill! ¿Quieren venir un momento, por favor?

La voz era de Hackett. Estaba parado cerca del set. Tenía sudorosa la amplia frente y su espeso cabello negro estaba desordenado.

—De modo —exclamó Cartwright— que tú dices que una botella del ácido más mortífero que conoce la química anda por ahí pasando por agua, todo debido a una simple equivocación del departamento de utilería. Sin embargo, te hago una pequeña apuesta. Te apuesto que hay algo realmente serio ahora y que Tom Hackett conoce la causa. Yen. ¿Nos perdonan un momento? Frances, te dejo encargada a la señorita

Stanton.

Mónica los miró alejarse. La voz de Frances Fleur la sobresaltó.

—¿No le agrada Bill Cartwright, querida?

—¿Perdón?

—Por su expresión; era positivamente asesina —dijo Frances, realmente interesada—. ¿No le agrada?

—Le odio.

—¿Pero por qué?

—No hablemos de él. Yo... Yo... ¿Es verdad que va usted a hacer el papel de Eva D'Aubray?

—Así espero, si no se lo dan a otra.

—¿Si no se lo dan a otra?

—Bueno, mi marido dice que si hay guerra, será malo para el negocio del cine. Dice que Hitler acaba de hacer una alianza con los rusos y que eso es muy malo también. Y no le haga caso a Howard; entre nosotras, aquí pasa algo muy raro.

—¿El asunto ese del ácido?

—Eso y otras cosas.

—¿Pero no se puso nerviosa usted cuando el ácido se derramó?

—Querida —contestó Frances—, una vez me dispararon desde un cañón en escena; ésa es la clase de cosas que los hombres esperan que una haga y se quedan estupefactos si una no las hace. De modo que es mejor hacerlas. En uno de los espectáculos de Blenkinsop me hacían sumergirme en un tanque de vidrio de treinta pies de profundidad, totalmente desnuda. Estaba cansada al final. Pero ya vitriolo... ¡ugh! ¡No!

—Le gusta el papel, ¿no es así? Eva D'Aubray, quiero decir.

—¡Es magnífico! Páseme un espejo, por favor, Eleanor.

—Le diré, lo escribí para usted.

Frances Fleur se detuvo en el examen cuidadoso de la pintura de sus labios.

—Vea usted, pensé que sería lo justo para usted.

Frances le devolvió el espejo a su criada. Sus ojos, de un color ámbar oscuro bajo los párpados de cera y las cejas, bajo las cuales las pestañas eran tupidas y delgadas, tenían ahora una curiosa expresión.

—Se parece en realidad a mí —concedió, después de reflexionar un instante—. ¡Curioso que usted se lo imaginara! Y es curioso que usted supiera también... ¿Qué edad tiene usted? ¿Diecinueve?

—¡Tengo veintidós!

La otra mujer bajó la voz.

—Bueno, le diré algo... Yo...

No continuó. Frances Fleur, inclinándose por encima del hombro de Mónica, miró hacia el otro extremo del estudio. Su expresión no se alteró, ni tampoco su voz; se deslizó tan suavemente hacia otro tema, que pareció no haberlo cambiado en

absoluto.

—Por favor, no crea que soy mal educada, pero debo irme. Debo averiguar algo inmediatamente. Comprende, ¿no es así? Me ha gustado mucho nuestra conversación, y debemos seguirla en otra oportunidad. Hay varias cosas que me muero por preguntarle; usted sabe a qué me refiero. Pero, usted comprende, ahora debo irme. ¡Eleanor, venga conmigo, por favor!

Se puso de pie, magnífica con su vestido dorado, quedando en el aire un leve perfume al levantarse. Dejando a Mónica con la incómoda sensación de haber dicho en alguna forma lo que no debía, Frances Fleur, sonriendo con infinita dulzura, como si hubiese todo un auditorio, hizo una seña a su criada y se alejó.

De modo que parecía tener diecinueve años, ¿no?

Empujó otra silla con la punta del pie, encajó los talones en el travesaño de ella, apoyó las mejillas en sus puños y meditó.

Por sobre todas las cosas, habría querido impresionar a Frances Fleur como una mujer mundana, sutil y desenvuelta, capaz de haber adornado los bancos de mármol de la antigua Roma. Se había esforzado para conseguir ese efecto, hasta tal punto que sólo vagamente oía lo que se decía acerca de ella; y como resultado se le achacaban diecinueve años en vez de los veintidós que tenía y de los veintiocho que creía representar.

Todos los ruidos de la sombría barraca se estaban apagando. Un empleado pasó frente a ella cargando un espejo. Mónica vió su propia imagen; sus talones encajados en el travesaño de la silla, su mentón apoyado en los puños y en la boca un gesto mohíno. Vió su cabello hermoso, que llevaba recogido en un moño; los grandes ojos separados, de un color gris y azul; la nariz corta y el labio inferior lleno; el traje sastre gris y la blusa blanca; todo en contraste con el amplio encanto de Lady Thunder. Como resultado de este examen, Mónica le hizo una mueca tan amarga y odiosa a su cara en el espejo, a la cual vagamente asociaba con una frambuesa de pantomima, que el empleado que en ese momento la estaba mirando y que había trabajado duro todo el día, se indignó no sin razón.

Frances Fleur debió haber pensado que era una estúpida.

Sin embargo, débilmente, una voz le decía en su interior que algo en Frances Fleur andaba mal.

Vaciló ante esta conclusión. No era que estuviese desilusionada. No era eso exactamente. ¡No! Frances Fleur era indudablemente hermosa. Y muy agradable. Nadie podía dejar de gustar de ella. Sin embargo, a Mónica le parecía (su mente trabajaba aún en medio de la niebla de su deslumbramiento) que no era muy inteligente.

También le parecía, siendo como era tan aficionada a la Roma antigua, que Frances Fleur, por algún motivo, no habría quedado bien allí. Esa frase: «Mi marido dice...» se deslizaba por su lengua con la facilidad que da el largo uso. Mónica tenía el oído muy aguzado para percibir estas cosas, ya que la señorita Flosie Stanton

basaba su conversación casi exclusivamente en frases tales como; «Mi hermano dijo...» o «yo le dije a mi hermano...». Para ser justa, no era que esperara que en su vida privada Frances Fleur fuera brillante y llena de epigramas, reclinada entre galanes y cortesanos, pidiendo la exterminación de los cristianos, los cuales, como todo cineasta sabe, eran odiados por todos en la antigua Roma. Pero en estas cosas hay corazonadas. Hay instinto fuera del saber positivo. Y a ella se le ocurría que Frances Fleur no tenía el verdadero espíritu romano.

Respecto al intratable Cartwright, por otra parte...

—¡Señorita! —dijo una voz al lado de ella—. ¡Señorita Stanton!

Pero ella no la oyó.

Vió una imagen mental de Cartwright vestido con una toga romana, con su pipa de Sherlock Holmes en la boca y la mano levantada en un gesto de entereza. Se echó hacia atrás y se estremeció de risa; era la primera vez que se reía en todo el día.

Aunque malo, había que darle al hombre su merecido: Cartwright, como un romano antiguo, no habría estado del todo mal. Les habría llenado los oídos de discusiones a los quirites y habría pasado noches enteras discutiendo la razón por la cual un poema épico de alguien era una basura. ¡Si sólo se hubiese afeitado esa barba llena de reflejos, ese plumón, esa supercómica barba!

Oyó una voz por debajo de su codo que decía:

—¡Por favor, señorita!

Mónica descendió desde la Colina Palatina para encontrarse con un mensajero, con la cara brillante y botones brillantes, que tiraba de su mano. Habiendo conseguido llamar su atención, el mensajero sacó el pecho, y recitó:

—El señor Hackett dice que venga conmigo, por favor.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde?

—El señor Hackett dice —exclamó el niño, con aire de un sargento mayor en miniatura— que venga a la casa 1882 y que lo encuentre en el dormitorio trasero.

—¿Dónde?

—Es un escenario, señorita; yo la conduciré.

Echó a caminar adelante, con el pecho saliente y los brazos cimbreantes. Mónica miró a su alrededor. No vió ni a Cartwright, ni a Hackett, ni a Fisk ni nadie que conociera. Los empleados de las cámaras y de los grabadores estaban arreglando sus cosas y se iban; esto le dió a Mónica una desagradable sensación de intranquilidad. Hubiese deseado que no se fueran todos.

Corrió detrás del niño, al cual habría podido jurar que había visto antes. Pero no podía precisar dónde. La llevó a lo largo de un pasillo, entre extensas filas de malolientes sillas de lona, en dirección a la puerta del estudio. Todo estaba oscuro, a excepción de un reloj luminoso que había sobre la pared, cuyas manecillas indicaban unos minutos pasadas las cinco. Dos hombres se encontraban parados bajo él.

Débilmente, el reloj iluminaba las cabezas de los dos hombres. Uno era gordo y bajo, y fumaba un cigarro; el otro era un joven alto con anteojos y ultrarrefinado

acento.

Mónica oyó sus voces al pasar.

—Mire —decía el hombre gordo— estas escenas de la batalla que vamos a filmar.

—Sí, señor Aaronson.

—Son pésimas. No hay ningún interés femenino en ellas. Le diré lo que quiero que hagan. Quiero que ponga a la Duquesa de Richmond en la batalla, al lado del Duque de Wellington.

—Pero la Duquesa de Richmond seguramente no debió encontrarse entre el estado mayor, señor Aaronson.

—Vaya, como si no lo supiera; pero tenemos que hacerlo parecer probable, de otra manera el público no lo creerá. De modo que esto es lo que haremos: los otros oficiales se emborrachan.

—¿Quienes, señor Aaronson?

—El estado mayor del Duque de Wellington; han tenido una fiesta con una cantidad de damas francesas, ¿comprende? (tome algunas escenas de eso), y están todos tan borrachos, tan borrachos, que parecen lechuzas.

—Pero, señor Aaronson...

—Bueno, la Duquesa de Richmond llega y los encuentra tendidos en el suelo, ¿comprende?, tan borrachos que no se pueden ni mover. Y ella se asusta, porque uno de ellos es su hermano, ¿comprende?, el cual es un oficial del ejército de Lanceros Bengalíes, ¿entiende? Teme que el Duque de Wellington se enoje si llega a saber que su hermano se ha pescado una borrachera en la mañana de la batalla de Waterloo. Esta bien, ¿no cree? Armaría un escándalo, ¿no es así?

—Sí, señor Aaronson.

—Seguro. Y la Duquesa de Richmond tiene que salvar el honor de la familia, ¿comprende? De modo que se coloca el uniforme de su hermano, se sube arriba de un caballo, y como hay mucho humo, nadie se da cuenta del cambio. ¿Qué le parece? Yaya, si es una idea que vale plata, ¿no lo cree así?

—No, señor Aaronson.

—¿No le gusta?

—No, señor Aaronson.

—¿Encuentra que apesta?

—Sí, señor Aaronson.

—Bueno, pero es lo que vamos a hacer en la película. Ahora mire: la Duquesa de Richmond...

—Con permiso —dijo Mónica, pasando entre ellos rápidamente.

Tratando de controlarse, siguió al niño a lo largo del pasillo, pero la vista de los dos hombres le dió la certeza de haber visto al mensajero antes, en alguna parte y relacionado con ellos.

El niño, haciendo un ademán, propio de un motorista que va a torcer, torció bruscamente hacia la izquierda y la guió hacia una especie de caverna. Lejos, cerca

de la entrada, Mónica pudo distinguir un pequeño número de obreros que salían y oyó el ruido del reloj de control, cuando marcaban sus tarjetas. Deseó con cierta intranquilidad que no se fuesen todos, dejándola sola.

Alcanzó al niño.

—Escúcheme, por favor —le dijo con firmeza—. ¿Dónde está el señor Hackett?

—No lo sé, señorita —contestó el niño, volviendo la cabeza sobre la marcha y enderezándola nuevamente.

—Pero, ¿no dijo que le había dado un mensaje para mí?

—Mensaje de la pizarra, señorita.

—¿Qué cosa?

—Mensaje de la pizarra, señorita.

—¿Y dónde me dijo que vamos? Casa mil ochocientos o algo así.

—La llaman mil ochocientos ochenta y dos —contestó el niño— porque ésa es la fecha en que se supone vivía el protagonista. Es un tema corriente, acerca de un médico asesino. Aquí estamos, señorita. Servicio de Albion Films. Buenos días.

En ese momento Mónica reconoció el mal alumbrado y largo escenario en que se encontraban.

Era la imitación de una calle suburbana, que había sido construida para la filmación de una historia de William Cartwright. Este se lo había explicado así hacía sólo media hora. Vista de cerca, era muy real y siniestra. La calle, con casas a los dos lados, estaba hecha de adoquines de una substancia plástica de color gris; aunque todas las casas eran sólo de telones, una de ellas, la del médico, había sido construida y amoblada completamente.

Luces distantes daban un pálido reflejo sobre la calle y reflejos azulados sobre los vidrios de las ventanas del piso alto. Abajo estaba tan oscuro, que Mónica tenía que caminar a tientas. No se veía a nadie. La casa 1882, según parecía, era la del médico. Era pequeña, con una fachada de piedra gris y ventanas redondas arriba y abajo. Las cortinas verdosas estaban correctamente corridas sobre las ventanas. Al lado de la puerta colgaba una anticuada campanilla, y dos peldaños conducían hasta la puerta, donde una placa de cobre rezaba: «Dr. Rodman Teriss, M. D.».

De todos los lugares extraños que podía haber elegido Hackett para encontrarla, éste era sin duda el más extraño. Mónica se volvió hacia el niño.

—Pero como...

Mas el mensajero ya se había ido.

Subió los dos escalones hasta la casa del médico. Con un impulso súbito, tiró del cordón de la campanilla, e instantáneamente sonó un largo y estridente campanillazo que le hizo estremecer los nervios.

La misma puerta era también muy realista. La tocó y se abrió completamente.

Dentro había un pequeño vestíbulo, con la atmósfera tan pesada, que se hacía difícil respirar. En la penumbra divisó una escalera que subía a la derecha pegada a la pared, y a la izquierda, las puertas de dos dormitorios del piso bajo.

—¡Hola! —gritó.

No hubo respuesta. Mónica, vacilando en la entrada de la casa, sintió una vaga sensación de alarma, una irrazonada agitación en sus nervios. Sabía que no tenía motivo para ello. Se hallaba en un escenario pintado, construido en medio de una barraca donde había gente moviéndose, conversando y riendo por todas partes.

Entró en el vestíbulo, y dos pasos más allá se encontró en el dormitorio delantero; se golpeó un tobillo contra una silla. No estaba asustada, pero súbitamente se sintió furiosa contra Tom Hackett por todas estas tonterías. ¿Por qué no podían decir lo que querían? ¿Por qué tenían que hacer cosas como ésta?

Tenía una caja de fósforos en la cartera. La sacó y encendió uno. La breve llama le permitió ver una habitación totalmente amoblada y tan realísticamente acomodada que casi la desagradó: era como si hubiese entrado furtivamente en una casa verdadera.

Había casas muy parecidas en East Roystead. Se respiraba allí dentro la atmósfera del siglo diecinueve. Lensworth, el dentista de Ridley, tenía una sala de espera muy parecida a aquella pieza. Había un grueso mantel rojo en el centro de la mesa y fundas en los respaldos de las sillas. El cuadro que había sobre la carpeta, «El Tocador de Banjo», lo había visto infinidad de veces en el salón de la casa de sus abuelos. El fósforo se apagó. Entonces se dió cuenta de que había una puerta en el fondo de la habitación y que bajo esta puerta se estremecía una delgada raya de luz.

En la habitación posterior, había dicho Hackett. Se abalanzó hacia la puerta y la abrió.

Había prendida una verdadera lámpara de gas, de llama amarillo-azulada dentro de una pantalla de vidrio. Estaba colocada sobre un soporte encima de un escritorio de cortina y la llama se agitó al abrir la puerta. La habitación era pequeña y lúgubre, con un linóleo resquebrajado en el suelo. Un estetoscopio y una caja de instrumentos se hallaban sobre la mesa. La repisa de un enorme armario negro estaba repleta de balas de algodón, vendas de gasa, objetos de vidrio, termómetros y jeringas. En una de las paredes sobresalía la boca de metal de un citófono mediante el cual, presumía, la esposa del médico se podría comunicar con él desde la habitación del pisó superior. Al lado había repisas que contenían botellas y libros. Había también un par de sillas de felpa y un grueso volumen de anatomía.

Pero no había nadie.

La mortecina luz se reflejaba sobre las botellas, sobre la mesa de madera de arce y sobre el metal del citófono.

Tratando de tranquilizarse, miró a través de la amplia ventana, polvorienta pero sin cortinas, hacia la triste penumbra del estudio. Todo esto era irreal, reflexionó, alegrándose la mitad de su mente de haber mirado por la ventana; pero la otra mitad se sentía llena de supersticioso terror. Ese día había pasado por una serie de crisis emocionales y, además, no probaba bocado desde el desayuno. La imaginación, siempre alerta, comenzó a relacionar detalles con recuerdos de su niñez; le parecía

que la casa se comenzaba a llenar de gente. Se preguntaba qué sería lo que el Dr. Rodman Teriss habría hecho. Pensó con un calofrío qué haría si la puerta del armario se abría y alguien o algo salía de él.

Encima de ella, una tabla del cielo raso crujió levemente, y luego volvió a cruji.

Alguien caminaba en la habitación inmediatamente encima de ella.

Si era una broma de cualquier especie, alguien pagada por ella, se juró Mónica a sí misma. Después de todo, ¿habría sido Tom Hackett quien había mandado aquel mensaje? ¿O sería que el detestable Cartwright estaba bramando algo, con la idea de aparecer como gracioso?

En medio de su enojo y de su nerviosismo y el sofocante calor de la habitación, sintió un helado sudor en todo el cuerpo. Su corazón latía apresuradamente, y (lo peor de todo) para completar el asunto, se dió cuenta de que los ojos de puros nervios se le llenaban de lágrimas.

—¡Hola! —gritó, forzando sus pulmones para hacer sonar las sílabas—. ¿Quién está ahí? ¿Quién es usted?

Al otro lado de la habitación, el citófono silbó.

De modo que era una broma. Una detestable bufonada de parte de alguien.

—¡Sé que está allá arriba! —gritó—. ¡Baje! ¡Ya sé que está ahí!

El citófono silbó nuevamente.

Era imposible no sentirlo, tanto como no sentir la campanilla de un teléfono. Esto le produjo una especie de curiosidad mezclada de ira. Se acercó al citófono.

—Si cree que lo que está haciendo es divertido —dijo en la boca del tubo—, baje y yo le daré una opinión diferente. ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea?

Acercó la mejilla a la boca del tubo para esperar la respuesta. Y al mismo tiempo se dio cuenta de dos cosas. Parada al lado de la boca del tubo, podía mirar oblicuamente a través de la ventana que daba a la espalda de la casa. Incluso a la débil claridad que proyectaba la lámpara de gas, pudo ver a William Cartwright en el exterior. Estaba inmóvil, mirándola fijamente desde una distancia, de quince pies, y en su rostro había una expresión de horror. En ese mismo instante, animándose súbitamente, Cartwright echó atrás el brazo y arrojó algo directamente contra la cara de Mónica.

La reacción de Mónica fué instintiva. Se echó atrás, esquivándose y dando un grito; una bola de masilla, que pesaría por lo menos un cuarto de libra, destrozó el vidrio de la ventana con un fuerte crujido, rebotó contra la muralla y cayó entre las botellas. Pero mientras Mónica saltaba hacia atrás, algo le sucedió al citófono.

Algo parecido al agua, pero que no era agua, brotó en un chorro de la boca del tubo y pasó exactamente por el mismo punto donde la mejilla y los ojos de Mónica se encontraban un segundo antes. El primer chorro se extendió por sobre el linóleo, y hubo un sonido burbujeante, chirriante, tal como si una media pinta de vitriolo, vertida por el tubo del citófono como por una larga pipa, hubiese comenzado a corroer la superficie del piso.

Los pasos en el dormitorio de arriba se transformaron, en carrera.

Mónica no se desmayó.

Creó que se iba a desmayar, pero no fué así. Fué quizás veinte segundos después cuando se dió cuenta de lo que había pasado, y entonces Cartwright ya estaba a su lado.

Cartwright, con el rostro blanco como el papel, pasó en brazo por el vidrio quebrado, abrió el picaporte y levantó la ventana. Su mano temblaba tanto que se la cortó con la punta de un vidrio, pero no se dió cuenta de ello. Izándose con agilidad, penetró en el cuarto, resbaló y casi cae dentro de la humeante poza.

—¿La tocó? —oyó ella que decía. Parecía que su voz venía de muy lejos—. ¿Nada? ¿Ni una gota siquiera?

Mónica negó con la cabeza.

—¿Está segura? ¿Ni una gota? ¡Cuidado! ¡No pise ahí! ¿Está segura?

Mónica negó violentamente.

—Venga aquí. ¡Por Dios que mataré a alguien por esto! Calma ahora. ¿Qué sucedió?

—A... arriba —dijo Mónica—. Alguien echó...

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabe? ¡No, no suba allí! —Le tiró de la manga. Sintió que sus uñas se resbalaban sobre el áspero género. Aunque le había dicho que nada del ácido la había tocado, estaba aterrorizada con la idea de que en realidad la hubiese tocado algo; por un momento esperó sentir la mordedura y la quemadura de aquello en su cuerpo—. ¡Por favor, no suba! ¡Por favor!

Él se sacudió de la mano de ella y atravesó corriendo la puerta que conducía a través de la oficina hacia el vestíbulo. Se oyeron pisadas que, en puntillas y rápidamente, comenzaban a bajar furtivamente la escalera que conducía al vestíbulo. Afuera, sólo a algunos metros de distancia, corría la persona que había vertido el ácido por el tubo. Y la puerta de la oficina estaba cerrada por fuera.

Cartwright se dió vuelta y se precipitó hacia la oscura habitación delantera; pero mientras lo hacía la puerta principal de la casa del médico se cerró suavemente. Con Mónica pegada a sus talones, ya en un estado muy próximo a un ataque de histeria, alcanzó la puerta principal y miró en ambas direcciones de la calle de ficción.

Estaba vacía.

V

William Cartwright retrocedió lentamente hasta la sala de consulta del médico. El ácido había casi cesado de hervir, aunque su acre olor estaba todavía patente. Miró la pelota de masilla que yacía en el suelo entre fragmentos de las botellas que había arrojado de las repisas. Se pasó la mano por la frente, pero todo lo que dijo fué:

—Fué una suerte que tuviese esa bola en la mano.

—Si no hubiese sido por usted, yo estaría...

—¡Calma! No quise asustarla.

—Lo siento; no lo puedo evitar.

—Un trago de *brandy* le haría bien, jovencita. Vamos, veamos si podemos conseguir uno.

Mas, Mónica estaba alterada.

—¿Pero cómo sabía usted? —insistió—. Quiero decir, ¿cómo se le ocurrió lanzarme esa bola a la cara? ¿Cómo supo lo que estaba pasando?

—Por la razón de que yo soy el responsable de esto.

—¿Responsable?

El gesto que hizo Cartwright estaba lleno de una amargura sardónica, que en cualquiera otra oportunidad ella habría juzgado ridícula. No la miró de frente.

—Yo inventé esa artimaña —contestó, indicando el citófono—; esa pequeña y linda artimaña, que casi acaba con usted, fue invención mía. La usamos en la película acerca del médico. —Hizo una pausa, moviendo la cabeza—. En las profundidades de mi alma de profeta, puedo jurar que temía que sucediera algo parecido a esto. ¿Recuerda usted que hace diez o quince minutos Tom Hackett nos llamó a Fisk y a mí y nos pidió que lo acompañáramos, y la dejamos con Frances?

—Sí.

Cartwright miró hacia el citófono.

—Era para comunicarnos que había sido robado del taller del electricista jefe más de un litro de ácido sulfúrico.

—¿Y?

—Bueno, sólo la mitad de él había sido usada para colocarla en la botella en el otro escenario. Naturalmente, queríamos saber qué había ocurrido con el resto; desde el momento que alguien parecía tener predilección por el ácido sulfúrico, valía la pena averiguarlo. Incluso el optimista de Howard estaba un poco preocupado. Decidió que no trabajaría más por hoy y despidió a todo el equipo técnico por el resto de la tarde.

—Sí, recuerdo que los vi irse.

—Luego los demás nos separamos para tratar de encontrar el resto del ácido. Yo me vine aquí. Cuando vi luz en la ventana del segundo piso, tuve una intuición; y cuando la vi a usted parada al lado de ese tubo, con la cara casi apoyada en la boca de él...

De nuevo Cartwright hizo una pausa. Mónica lo miró con expresión de horror.

—¿Dice que usted fué el de la idea de echar ácido por un citófono?

—Así es.

—¿Sabe? —exclamó Mónica—. Usted no es recomendable para andar en su compañía. Debería ser encerrado; es peligroso que ande suelto por ahí.

—¡Muy bien, muy bien! *Peccavi y mea culpa* —contestó Cartwright levantando los dedos, apoyándoselos en las sienes y haciéndolos girar—. «Se siguen los mandatos de Satanás. Se ejecutan artimañas malévolas; propósitos criminales ideados, entregados y garantidos por William Cartwright». Soy culpable y debo morir por ello. ¿Está satisfecha?

—¡Pero si tiene usted una mano cortada!

—¡Sea bondadosa, señora, y deje mi mano tranquila!

—¡Oh, no sea absurdo!

Lanzando un profundo suspiro, Cartwright hizo un gesto como de un hombre que va a dar un tiro de golf y ocultó la mano detrás de su espalda.

—Y ahora —dijo— ¿quiere hacer el favor de explicarme qué es lo que hace aquí?

Mónica le explicó. Estaba en un estado de ánimo en que tenía que contarle todo o morir. Cartwright la miró con incredulidad.

—¿Tom Hackett le envió aquel mensaje?

—Sí, eso es lo que el mensajero dijo; yo tampoco lo creo, pero...

—¿Él había visto a Tom?

—No lo sé; le pregunté que dónde estaba el señor Hackett, y me contestó que no lo sabía. También me dijo algo acerca de un mensaje de la pizarra.

—¡Así que ése es el asunto!

—¿Qué es lo que es? ¿De qué es lo que está hablando usted?

Cartwright se quedó mirando el vacío.

—Es la pizarra —contestó saliendo de su trance—, la que está a la entrada del estudio. ¿No se fijó en ella?

—No.

—Un mensajero se sienta allí y se supone que esté de guardia. Teóricamente se supone que controle la entrada y la salida de la gente. Pero también lleva y trae recados, aunque no se le permite que abandone el estudio. Cuando se ha alejado de la pizarra por un rato y uno desea que le cumpla algún encargo, simplemente toma un pedazo de tiza y escribe las instrucciones en la pizarra. ¿No comprende? Cuando el muchacho no estaba ahí, alguien se acercó tranquilamente y escribió: «Por favor, dígame a la señorita Stanton que...» y todo lo demás. Puede que haya apagado la lamparita encima de la pizarra y que ni un alma lo haya visto. Le apuesto cualquier

cosa que así es como ha sucedido. Luego el sujeto pudo preparar todo. Se vino aquí y prendió tranquilamente el gas. Se fué arriba con su botella de vitriolo. Sabía que usted vendría a esta habitación; suponía que contestaría al citófono. Y lo peor de todo es que el cerdo tomó toda la idea de mí.

Mónica retrocedió hasta que se afirmó en el muro.

Esto no era realidad. No podía ser.

Su cerebro construyó una viva imagen de lo que habría sucedido si Cartwright no le hubiese arrojado la pelota de masilla que la hizo saltar hacia atrás. Pero el espanto fué reemplazado por la indignación. Sintió como si se fuese a ahogar en aquella habitación. Y en verdad, así era.

—¿Pero quién?...

—No lo sé —contestó Cartwright, rascándose la barba—. No lo sé.

—¿Y por qué? Quiero decir, ¿por qué a mí? (Esta era la irritante injusticia). ¿Por qué iba a querer alguien hacerme eso a mí? ¡No le he hecho nada a nadie! ¡Incluso, no conozco a nadie aquí!

—Vamos, cálmese.

—Fué una equivocación, ¿no comprende? Tiene que haber sido. Ese recado debe haber estado destinado para otra persona. Y sin embargo no comprendo cómo puede haber pasado. El niño dijo: «Señorita Stanton». Lo dijo claramente.

—Cuidado —dijo Cartwright rápidamente—, alguien viene.

Le hizo un gesto. Un ruido de pasos rápidos se oyó aproximándose a la destrozada ventana. A la mortecina luz del gas, que se balanceaba con cualquier movimiento, parte de una cabeza apareció por el marco de la ventana. Consistía en cabellos, frente, ojos y la parte superior de una nariz; los ojos de color azul claro y brillantes, donde la luz del gas se reflejaba en sus córneas, los miraban fijamente.

—Me parece haber oído un estruendo —dijo el recién llegado—. ¿Sucede algo? Cartwright gruñó.

—Ya lo creo que oyó un estruendo —dijo—. Lo raro hubiera sido que no lo hubiera oído. Perdón. Le presento... A propósito, ¿cómo debo llamarle? ¿Señor Gagern? ¿Herr Gagern? ¿O Barón Von Gagern?

La aparición de aquella media cara, cortada por el marco de la ventana justo debajo de los ojos, hizo dar un salto a Mónica; no porque el rostro del recién llegado fuese como para infundir temor, sino porque le era desconocido. El recién llegado era de tipo sanguíneo, lo que lo hacía aparecer bastante joven. Pero el cabello pajizo, partido al medio y peinado en forma lisa alrededor de la cabeza, había comenzado a ralearse y agrisarse en las sienes. Tenía unas largas y finas arrugas horizontales en la frente; su inglés no era sólo bueno, sino que era impecable, aunque hablaba lentamente.

—Por favor, llámeme como usted prefiera —replicó con seriedad—. Creo que preferiría señor Gagern.

—Señor Gagern, ésta es la señorita Stanton.

Los ojos al otro lado de la ventana brillaron ligeramente. Hubo un invisible ruido de talones al juntarse.

—La señorita Stanton acaba de encontrar ese ácido —añadió Cartwright.

—Creo no comprenderle.

—Venga aquí dentro y comprenderá. Alguien usó de la misma estratagema que en «Los crímenes del médico». Trajo aquí a la señorita Stanton usando un recado falso, echó el ácido por el citófono y se escapó. Si no hubiese sido por una afortunada casualidad, ella no nos estaría hablando en este momento.

Gagern cambió de color como un colegial. Luego se dió vuelta de espaldas a la ventana y gritó:

—¡Aquí! ¡Por este lado!

Era sorprendente pensar en lo tranquilo que el estudio entero había estado durante los últimos minutos. Se extrañaba el eterno ruido tras los escenarios, fantasmas de ruidos; aunque Gagern no había alzado mucho la voz, el eco de ésta se elevó y repitió, rebotando contra el techo de madera. Se oyó el sonido de pasos que corrían hacia ellos.

Gagern no tenía tampoco dignidad como para trepar por la ventana; dió toda la vuelta al escenario y entró por la puerta principal.

Cartwright le explicó todo lo que había pasado.

—Esto no me gusta nada —dijo Gagern, moviendo la cabeza.

—Lo que es a mí —exclamó Cartwright con los dientes apretados— me encanta; es lo que considero un día perfecto.

—No, lo que quiero decir es que no tiene sentido. Eso es lo que me preocupa.

—La señorita Stanton también está un poco preocupada.

—Es verdad; perdóneme —respondió Gagern con seriedad.

Se volvió hacia Mónica, juntó los talones nuevamente y sonrió. Esta sonrisa le iluminó la cara, haciéndole parecer varios años más joven; incluso el gris de sus cabellos pareció desaparecer. Kurt Gagern era un hombre delgado y de edad mediana; vestía un *sweater* azul y una camisa de *sport* de cuello abierto. Sus maneras eran meticulosas; Mónica, siempre sensible a los ambientes, sintió que o bien él no estaba seguro de algo en su interior, o de que algo no estaba bien respecto a él. Sus manos estaban enfundadas en guantes de lana; con ellas hizo un gesto, con las palmas hacia arriba.

—No es que sea desconsiderado —explicó—; sólo que estoy muy preocupado.

—Por favor, no se preocupe.

—Lo que le ha sucedido a usted fué realmente desagradable. —Sus ojos brillaron al mirar a Cartwright—. ¿Usted, señor, me dijo que había visto lo sucedido?

—Así es.

—¿Quizás vio entonces a la persona que vertió el ácido? ¿A través de la ventana del segundo piso, tal vez?

—No. La habitación del segundo piso estaba a oscuras.

—Qué lástima. —Gagern movió la cabeza—. Qué gran lástima. ¿No vió a nadie rondando por aquí? ¿No divisó tampoco a nadie que huyera de aquí?

—No, a nadie. ¿Y usted?

—¿Cómo dice?

—Dije que si usted no divisó a nadie. Como llegó aquí tan luego después del accidente, quizás podría haber visto algo.

Aunque el tono de Cartwright parecía sin intención, no tenía una cara tan inexpresiva como hubiese deseado. Desde que Gagern había entrado en la habitación, lo había estado mirando de una manera tan fija e insistente, que el sincero teutón comenzaba a sentirse incómodo. El color de su rostro cambió nuevamente y parecía no saber qué hacer con sus manos enguantadas.

Por último, Gagern decidió tomar la pregunta de Cartwright como una broma.

—No vi a nadie, excepto a mi esposa —contestó sonriendo—. Había dado la vuelta por el escenario de 1882 y se había roto el tacón de un zapato al enredarse en un ladrillo de la calle.

—No me refiero a Frances.

—Tenga la bondad de decirme entonces a qué se refiere.

—No tiene importancia.

Una sensación nueva, tan desagradable como la habitual de la oficina de ficción del médico, había comenzado a invadir la habitación. Cartwright se vió salvado de dar una respuesta satisfactoria por la llegada de Thomas Hackett, el cual entró con un aire digno pero trágico por la puerta principal, atravesando luego el vestíbulo.

Hackett miró las pozas de ácido sobre el piso y aspiró el olor a metal quemado que se desprendía del citófono. Su ancho rostro reflejó una sensación de malestar; la cual se había acentuado mucho cuando Cartwright terminó de contarle lo sucedido.

—¡Espera un poco, espera un poco! —le suplicó haciendo un gesto como de hipnotizador debajo de su informe nariz—. ¿Cuándo sucedió todo esto?

Cartwright consultó su reloj de pulsera.

—Sucedió exactamente a las cinco y diez minutos. Debido a que me fijé especialmente, te puedo decir la hora exacta. ¿Por qué?

—¡Pero si es imposible! Mira, Bill...

—Te repito que fué a las cinco y diez minutos. Calcula tú mismo. ¿No oíste el estruendo al quebrarse la ventana? Fue como para resucitar a los muertos. En ese momento fue cuando sucedió.

Hackett reflexionó.

—Es cierto. Pero, de todas maneras, es imposible.

—¿Por qué?

—Porque —replicó el productor— no había nadie en el estudio fuera de ti y la señorita Stanton y Frances y Kurt y Howard y yo. Todos los demás se habían marchado por el resto del día.

Cartwright cerró los ojos por un instante y luego los abrió nuevamente.

—¿Estás seguro de eso? ¿Totalmente?

—Dios mío, ¿si estoy seguro? Los vi irse. Parado en la puerta del estudio los conté mientras salían. Tenía que asegurarme de que ninguno llevaba escondida una botella de ácido. Howard dió la orden de salida a los técnicos justo a las cinco de la tarde. El maquillador y Jay Harned, la muchacha que está actuando en el lugar doble, y Dick Conyers y Annie McPherson y la sirvienta de Frances se fueron con ellos. Todo el resto de los obreros pertenecen al sindicato, de modo que tenían que marcar sus tarjetas a las cinco de todos modos. También había hecho salir a todos los visitantes, ¿comprendes?, y había registrado todo para asegurarme de que no quedaba nadie dentro. Las puertas corredizas estaban ya con sus candados...

—¿Pero por qué tantas precauciones?

—Sabotaje, muchacho, sabotaje, o te apuesto mi cabeza. Los últimos en irse fueron Aaronson y Van Ghent, de la Radiant Pictures, que andaban dando vueltas por aquí; no pude arrojarlos fuera, pero conseguí que se fueran a las cinco y cinco minutos. Luego de eso cerré la puerta con llave. No queda ni un fantasma en este sitio fuera de nosotros seis. ¡Bill, tienes que haberte equivocado acerca del tiempo!

—La hora —contestó Cartwright impasible— eran las cinco y diez minutos. —Se volvió hacia Gagern—: ¿No está de acuerdo?

Gagern movió la cabeza.

—Lamento decir que no consulté la hora. Pero estoy de acuerdo en que debían ser más o menos las cinco y cinco minutos.

—¡Un momento! —exclamó Cartwright—. Hay otra cosa, Tom. ¿Qué me dices del mensajero?

—¿Eh?

—Jimmy, ¿cuánto es su nombre? El mensajero que está a la entrada del estudio. ¿Se fué con el resto de la gente?

—Sí. El...

Hackett se detuvo. Había alzado su mano ancha y gruesa y se estaba frotando nerviosamente la barbilla y alisándose el bigote de cepillo de dientes. Súbitamente recordó e hizo sonar los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Sabía que había algo más. Si quieren saber la clave de este asunto, vengan conmigo.

Mónica se alegró de salir de la casa de juguete. Tuvo un impulso de cogerse del brazo de Cartwright, pero reprimiéndose con firmeza, se colocó al otro lado de Hackett. Este iba a la cabeza, con un paso rápido propio de un caminante de largas distancias. La inmensidad del silencio que reinaba se vió realzada por el ruido de los pasos sobre los ladrillos de imitación que cubrían la calle del escenario; era tan sobrenatural como si fuese el ruido de herraduras de caballo. Mónica hubiese deseado que Hackett no hablase tanto.

—Kurt, por favor, ¿por qué no vas y traes a Frances? Y a Howard. No sé dónde están. Estarán escondidos en alguna parte; tienen que estarlo. ¿Quieres, por favor?

Eso es un buen muchacho. Los demás, vengan.

Se alejó cuando llegaron a la puerta de entrada del estudio. Esta estaba construida a la manera de un compartimiento, con dos puertas para aislar los ruidos exteriores.

Cerca de ella había un reloj que marcaba las cinco y veinte minutos. A su lado había un estante con casilleros llenos de papeles, y encima de éste, una pequeña pizarra. En la semioscuridad Mónica no veía más que unas líneas confusas, hasta que Hackett encendió la lámpara que había sobre la pizarra.

Escrito en ella con tiza se leían las siguientes palabras, aún sin borrar: «Dígale a la señora que está con el señor Cartwright que me encuentre en la habitación trasera de la casa del escenario 1882, lo más pronto posible. T. Hackett».

T. Hackett se aclaró la garganta.

—¿Lo ven? —preguntó.

—Ya lo creo —contestó Cartwright con un gesto—. ¿Lo escribiste tú?

—¡No, no, por supuesto que no!

—Pero si estabas parado aquí en la puerta a las cinco en adelante, debes de haber visto quién lo escribió.

Hackett se quedó meditando. Colocó el dedo bajo las palabras escritas en la pizarra y estiró el cuello. Su cabello, negro y rígido, brillaba bajo la luz como si tuviese vaselina.

—Bueno —dijo—, no me fijé quién lo escribió. Yo estaba parado al lado del reloj; ni siquiera me acuerdo de haberme fijado en la pizarra, ni si la luz de ésta estaba encendida o no. Por lo demás, ¿cómo sabemos cuándo fué escrito esto?

—¿Cuándo te fijaste en el recado escrito?

—Sólo hace unos minutos, cuando oí a alguien gritar en la dirección del 1882; ¿quién gritó, por lo demás?

—Gagern.

—Me pareció. Oí el ruido de la ventana destrozada casi al mismo tiempo. Pero en ese momento yo estaba en el otro lado del estudio, buscando al resto de ustedes, y no pude saber de dónde venía el ruido. Volví aquí, para ver si alguno estaba en la puerta. Encendí la luz, y entonces me fijé en el recado. Inmediatamente después, oí el grito de Gagern. Es fácil acordarse; no es que en ese momento pensase que sucedía nada malo, por supuesto. Después de todo, sólo estábamos...

Se detuvo.

—Sí —terminó Cartwright—, sólo estábamos nosotros seis aquí dentro.

Débil, muy distante, como a través de un amplificador, la voz de Gagern se elevó por segunda vez en el silencio del estudio, haciéndoles a todos dar un salto.

—¡Señor Hackett, por favor, venga! Mi esposa ha sido herida.

Los labios del productor se contrajeron.

—¡Esto era lo que nos faltaba! —exclamó después de una pausa, mientras los ecos se multiplicaban. Se pasó la mano por la frente—. Esto es lo que querían, ¿no es así? Esto es sabotaje, y tú lo sabes tan bien como yo.

—No borres lo escrito en la pizarra —gritó Cartwright en el momento que su compañero hacía un gesto instintivo hacia ella—. Es nuestra mejor pista. La escritura puede ser identificada.

—Al diablo con la escritura —contestó Hackett—. Vamos.

Cuando llegaron, sin aliento, a la cabina del escenario del transatlántico, iluminado por acogedoras luces, no encontraron nada muy alarmante. Howard Fisk, alto, suave y paternal (por no decir maternal) trataba de aclararse la garganta para poder hablar en forma audible. Frances Fleur tenía una expresión de abatimiento en su plácido rostro y se frotaba vigorosamente una rodilla.

—Kurt, por favor, no hagas tanto alboroto —protestó—. No tiene importancia, fué sólo un resbalón. —Se dirigió a los otros—. Quebré el tacón de uno de mis zapatos, y fui lo suficientemente tonta como para tratar de caminar así y me caí. Verdaderamente, Kurt...

—Querida, puede que sea así. Pero he visto resbalones que han tenido consecuencias muy serias. Hasta he visto algunos que han terminado en cáncer. Creo que deberíamos llamar un médico.

—Kurt, querido, ¡si no es nada! Mira.

—Querida, por favor, no hagas eso delante de toda esta gente. Es inmodesto.

—Muy bien, querido.

Howard Fisk, aunque al parecer esto no le impresionó, parecía sin embargo tan tranquilo, que su voz se oía a una distancia hasta de diez pies.

—¿Pero quién, en su sano juicio, atentaría contra su vida?

—¡Sí, sí —exclamó—, muy malo, no hay duda! Pero parece que nos hemos metido en algo bastante peor que un resbalón. Escuchen, Hackett, señorita Stanton. ¿Es verdad lo que nos ha estado contando Gagern sobre ese maldito ácido?

—Me temo que sea así —respondió Mónica.

Hubo un silencio, durante el cual todos miraron a Mónica. Gagern estaba de pie detrás de la silla de Frances Fleur. Mónica se quedó atónita al verlo inclinarse y besar el hombro de su esposa.

—Es sabotaje —repitió Hackett; parecía halagado y levemente complacido—. He estado esperando algo parecido a esto desde el momento que empezamos a trabajar en «Espías del Mar». ¿Recuerdan lo que sucedió en Hollywood cuando hicieron esa primera película antinazi? Y la nuestra es bastante más fuerte. Piensen en todos los enajenados que hay en este país. Cientos de ellos. Entre nosotros debe haber muchos espías secretos (por supuesto que no me refiero a usted, Kurt). No les agradó. De modo que...

—De modo que —le interrumpió Howard Fisk— trataron de cegar y mutilar a una persona completamente extraña, una muchacha que no tiene en absoluto que ver con la película.

—Por supuesto.

—¿Pero por qué?

—Para que tuviésemos que llamar a la policía, quedando así interrumpido el trabajo en «Espías del Mar». ¡Pero por Dios que yo impediré que tengamos a la policía aquí!

—Pero, querido Hackett —le replicó el director—, eso no es razonable; ni aunque viniese la policía, eso no detendría el trabajo en «Espías del Mar».

—¿No lo detendría?

—No, ¿por qué habría de hacerlo? La señorita Stanton no tiene ninguna relación con la película. La mera presencia de la policía aquí en el estudio no iba a detener el trabajo en una película que no tenía nada que ver con ellos. Si ese saboteador imaginario quisiese detener el trabajo, ¿por qué no echar el ácido sobre algún miembro importante del equipo?

Hubo un silencio.

Durante este diálogo, William Cartwright no había hablado. Desafiando el reglamento de no fumar, había llenado su pipa de Sherlock Holmes y la había encendido. Pero permaneció silencioso.

—Todo se reduce a esto —declaró Fisk, después de unos instantes de silenciosa meditación—. Sea lo que fuere lo que sucedió, la pregunta importante es: ¿por qué iba a querer alguien atacar a la señorita Stanton? —La miró—. ¿No sabe de nadie que... quisiese hacerle daño?

—¡No, le juro que no!

—¿No conocía a nadie de aquí antes de hoy?

—A nadie.

El director sonrió.

—¿No conoce tampoco ningún secreto de Estado o informaciones peligrosas acerca de alguien?

—Ni una sola.

El director hizo un movimiento hacia ella. Mónica sintió que si la rodeaba con el brazo y se inclinaba en forma confidencial, como parecía dispuesto a hacerlo, daría un grito. Kurt Gagern la estaba mirando, sus pálidos ojos azules fijos en ella, mientras la luz brillaba en el blanco de la esclerótica. Mónica se sentía como si sus nervios estuviesen siendo lentamente partidos por la mitad con una sierra.

—Parece que no hay otra solución para esto —dijo Fisk, alzando los hombros—. Es demasiado horrible para ser una broma. —Molesto, se acomodó los anteojos—. O bien es la obra de un criminal demente, o bien la señorita Stanton fué confundida con alguien, lo que me parece más probable.

—No —dijo William Cartwright.

Todos se volvieron a mirarle. Levantó una mano.

—No hubo ninguna equivocación —continuó—. Dejando a un lado la posibilidad de que el mensajero le diese el recado a quien no debía, les explicaré por qué no hubo equivocación alguna. —Se quitó la pipa de la boca y miró a Mónica—. La calle esa afuera de la casa del médico está a oscuras, ¿no es así?

—Sí, por supuesto.

—¿Pero no muy oscura? Por ejemplo, ¿se podía fácilmente leer el nombre del médico en la plancha de la puerta de calle?

—Sí; me acuerdo haberlo hecho.

—¿También habría reconocido a cualquiera que se hubiese encontrado, digamos, a una distancia de tres o cuatro metros?

—Sí, creo que sí.

—Al cerdo que hizo esto —continuó Cartwright— le llamaremos, en bien de las conveniencias, el asesino. Bien, esto no fué un accidente. El asesino arregló deliberadamente todo. La estaba esperando y la vió aproximarse por el simple acto de mirar a través de la ventana del segundo piso. Tenía que saber quién estaba allí antes de actuar. ¿No es así?

Hackett estalló.

—¡Por amor de Dios, termina con los métodos de novela policial! ¿Qué quieres decir?

—No estoy usando métodos de novela policial —contestó Cartwright—; el asesino hizo todo eso. Muy bien; ¿cuántas mujeres había esta tarde en el estudio?

—Había cuatro —respondió Howard Fisk pensativamente—. Tres, fuera de la señorita Stanton. Frances, la sirvienta de Frances y Annie McPherson.

—¿Nada más que ésas?

—Nada más.

—Sí, y todas ellas, según ustedes recordarán, llevaban vestimentas imposibles de confundir. Frances, el vestido dorado que ven; Annie McPherson, el uniforme de camarera con gorra blanca. La sirvienta de Frances, el acostumbrado delantal y la gorra. Además del hecho de que ninguna de ellas se parece a Mónica Stanton, es imposible que nadie la haya confundido con ninguna de las otras tres. Por alguna razón que desconozco, el asesino la odia con una fuerza más allá de la razón. El resultado de ello fué el ácido.

Howard Fisk se rascó el cuello.

—Hum —hizo.

—Gracias a Dios que no fui yo —exclamó Frances Fleur súbitamente. Luego sonrió a Mónica y se corrigió—. Quiero decir... No es que quisiera que fuera usted, querida; pero vitriolo... ¡Ugh!

—Eso es comprensible —dijo Gagern, balanceándose inquieto de un pie al otro—. Rara vez estoy de acuerdo con usted, señor Cartwright. La mayoría de las veces encuentro sus ideas alocadas y tontas, inservibles para argumentos también. Pero confieso que esta vez parece tener la razón.

—Gracias.

—Hablo de buena fe, señor Cartwright —respondió Gagern, juntando los talones—. Por otra parte, ¿es necesario asustar más a la señorita Stanton de lo que ya lo está? El intolerable Cartwright alcanzó su más ínfima expresión.

—¿Asustarla? —dijo—. Si es para mejor, sí. Estoy tan nervioso con todo esto, que no puedo sostener mi pipa. ¿No lo están ustedes? ¿Asustarla? Lo que quiero hacer es convencerla de que se vaya de Pineham y se quede bien lejos, para el caso de que el bromista intente algo de nuevo.

—No pienso en hacer tal cosa —exclamó Mónica, aunque sentía que el miedo le apretaba el corazón.

—Haga lo que quiera entonces.

—Si lo que usted desea —contestó Mónica— es alejarme para poder así escribir sus ridículas novelas policiales...

Una hora antes no se hubiese arrepentido de haber dicho una cosa así. Pero ahora, en el momento que las palabras salieron de su boca, deseó no haberlas dicho.

Cartwright no le contestó. La miró fijamente y luego se sentó en una silla de lona y aspiró furiosamente el humo de la pipa.

—Sí, todo eso esta muy bien —gruñó Hackett—. Pero todo está mal. Creo que hay una magnífica historia para los periódicos en todo esto; pero no es más que la mala publicidad. Lo importante es: ¿qué es lo que vamos a hacer?

—No me preguntes a mí —dijo Cartwright—. Ustedes son los amos aquí; yo sólo soy un escritor, el más humilde de los escarabajos que se arrastran en un estudio de cine.

—Si ya lo sé —contestó con seriedad Hackett—. Pero tú dices saberlo todo. ¿Qué diablos vamos a hacer?

—Puedes empezar por averiguar cuál de nosotros fué el bromista que echó el ácido.

—¿Cuál de nosotros?

—Naturalmente.

Cuatro voces se alzaron en protesta. Para hablar más correctamente, tres voces, porque nadie pudo oír lo que dijo Howard Fisk. Pero fué él quien tomó el control de la situación.

—Cartwright tiene razón; oh, sí que la tiene. Sabemos que todo esto es absurdo, pero pensemos las cosas con calma.

—Registremos todo, eso es mejor —exclamó Hackett—. Hay alguien escondido aquí. Tiene que haber. Yo lo sé y ustedes también; cualquier otra idea...

—Creo que debemos comenzar por explicar cada uno a los otros cuatro qué es lo que estábamos haciendo en el momento que ocurrió el accidente. La coartada. Es la manera adecuada, ¿no creen? Vamos, mi joven Thorndike^[2], ¿no es ésa la primera pregunta que un detective debe hacer? —preguntó Fisk.

—¿No creen —dijo Gagern sonriente— que por casualidad el señor Cartwright conozca a algún detective de verdad?

Cartwright levantó la vista.

—Tengo el honor —respondió, imitando el estilo de Gagern— de conocer a uno. Su nombre es Masters y es inspector jefe en el C.I.D. Dios mediante, pienso hablar

con él sobre esto en privado. También sería interesante oír la opinión de un amigo de él en Whitehall, al cual no conozco.

—No cambiemos el tema de la coartada —insistió el director—. ¿No es la primera pregunta que se debe hacer?

—No —contestó Cartwright.

—¿No?

—Lo dudo. —Cartwright se dió vuelta. Contempló el camarote del transatlántico, más opaco ahora bajo menos luces, pero todavía reluciente con sus dorados, rosados y blancos. Una voluta de humo de su pipa flotó en el aire—. Un detective de verdad posiblemente preguntaría quién dibujó ese escenario.

—¿Qué?

Gagern habló con voz confusa:

—El escenario se construyó según fotografías; como se suponía que era un transatlántico alemán, se usaron fotos del «Brunilda». Yo vigilé la construcción.

—Como se acostumbra —dijo Cartwright.

Gagern dió la vuelta alrededor de la silla de su esposa. Mientras se movía, ésta lo miró y le apretó la mano; él le sonrió en respuesta. Su expresión, más que culpable, era de embarazo y de exasperación.

—Señor Cartwright —exclamó—. He intentado ser paciente con usted. ¿Tiene alguna queja sobre mí?

—¿Sobre usted? No.

Gagern pestañeó.

—¿Y entonces?

—Solamente digo —respondió Cartwright— que huelo sangre en ese escenario, y que el bromista que robó el vitriolo no se detendrá ante nada.

—A usted le gusta imaginar cosas.

—Me gusta decir la verdad sin ambages.

—Kurt —dijo Frances Fleur—. Lo dice con sinceridad, lo conozco. Hay algo que él sabe y que no nos dirá.

Tenía una hermosa voz de contralto, que rara vez alzaba. Era la clase de voz que arranca notas de cristal; no estaba entrenada, pero era notoriamente expresiva; se alzó claramente en la tibia penumbra del escenario, divertida, alegre, pero ligeramente preocupada. Tomando la mano de su marido, le dijo:

—No va a pasar nada, ¿no es así, Kurt?

Esto sucedía el miércoles 23 de agosto. Antes que hubiese transcurrido una quincena, se escuchaba un ruido nuevo sobre la tierra. Rotas todas las promesas, las grises hordas irrumpían; antes que el Primer Ministro terminara de dar la noticia, ya sonaban las sirenas de alarma sobre Londres. Los pilares de concreto de la línea Maginot^[3] cayeron y quedaron vueltos hacia el Oeste; Polonia murió, con todos sus cañones todavía intactos; llegaron las noches de oscurecimiento; y en Pineham, un pequeño lugar en Inglaterra, un paciente asesino atentó nuevamente contra Mónica

Stanton.

VI

Eran las siete pasadas de una noche de oscurecimiento.

Ya que nadie podía tomarse vacaciones, todos estaban de acuerdo en que el tiempo de ese mes de septiembre era tibio y agradable. Pineham se levantaba en medio del silencio, y la calma en los edificios indicaba que la industria del cine se encontraba casi paralizada.

El Presidente de la Junta de Comercio había anunciado que posiblemente quedarían sin efecto las reglamentaciones vigentes sobre cine en tiempos de paz, lo que significaba que las compañías americanas no podrían seguir haciendo cine en Inglaterra con ganancias apreciables. Veinte de veintiséis estudios habían sido demandados por almacenaje y otras denuncias. El petróleo era difícil de conseguir, lo mismo que la madera: las dos necesidades más importantes de la industria del cine.

Pero había unos cuantos estudios (que rápidamente se estaban transformando en la mayoría) que no estaban atemorizados. Algunos que eran demasiado pequeños se habían fundido en uno solo. Radiant Pictures estaba terminando la filmación de «El Duque de Hierro». Hackett, respaldado por el misterioso Marshlake, anunció que haría más que meramente terminar «Espías del Mar», que se había convertido en la actualidad en excelente propaganda. Ya que varios de los escenarios estaban desocupados, seguiría adelante con la lista programada de películas, a menos que alguien lo estrangulara.

En el Edificio Viejo reinaba una calma idílica. Dentro de sus muros que miraban hacia el pequeño lago, la inspiración literaria estaba en marcha. Había tres pequeñas oficinas pintadas de blanco en línea. Cada una de ellas tenía un cuarto adyacente, con un lavatorio y una cocinilla de gas. También cada oficina tenía una puerta que comunicaba con la del lado, y otra puerta que daba al corredor central. Cada una de ellas tenía una silla, una máquina de escribir, un sillón y un ocupante.

En la primera oficina se sentaba el experto de Hollywood, ocupado en destruir la trama original de «Espías del Mar», y reescribiendo más de la mitad de ella; en la segunda trabajaba Mónica Stanton, ocupada en aprender a manejar una máquina de escribir, mientras adaptaba una novela policial. En la tercera oficina estaba sentada William Cartwright, por el momento sin hacer nada.

Cartwright meditaba.

Estaba sentado mirando las teclas de la máquina con fijeza. Luego miraba la larga fila de pipas, toda una variedad de ellas, desde una liviana cachimba hasta una pipa de espuma de mar, tallada en forma de un cráneo, que había colocadas sobre su escritorio. Pero el mirarlas no le consolaba; hundió las manos en el bolsillo de su

chaqueta y miró el techo con disgusto. Finalmente, sin poder soportar más, dió un puñetazo sobre el escritorio y se puso de pie.

Era intolerable.

¿Por qué, en medio de todas estas dificultades, había tenido que enamorarse de la maldita muchacha?

El Edificio Viejo era muy tranquilo. Desde las otras dos oficinas venía el ruido de las máquinas de escribir que le era muy característico; primero se oía la máquina de Tilly Parson: tecleando en súbitos arrebatos como una ametralladora, con largas pausas entremedio. Luego la de Mónica Stanton: la mayoría de las veces pausas entre breves arrebatos, con un brusco ruido al volver el carro al final de la línea, una pausa, y luego un decisivo plop para marcar el punto. Ese plop sonaba de una manera triunfal, como el toque final de algo felizmente realizado.

Miró hacia la puerta blanca (cerrada) que los separaba; por lo menos ella no había dejado ninguna duda en la mente de nadie respecto a lo que sentía por él.

—Te odia, Bill —le había asegurado Frances Fleur riendo—. Me lo dijo ella misma. ¿Qué es lo que le hiciste, la primera vez que se conocieron? De seguro que tiene que haber sido algo horrible.

—No le hice nada.

—¡Vamos, Bill! Cuéntame. ¿Qué le hiciste?

También Howard Fisk había sido definitivo en lo que le contó.

—Para decirle la verdad, muchacho —le había confiado el director—, creo que todo se debe a su barba; le pregunté a Mónica el otro día si le gustaría que la besara un hombre con barba...

—¿Por qué demonios le preguntó eso?

—Oh, vamos, vamos. ¿Por qué ustedes los escritores son tan sensibles? Yo no le insinuaba nada; sólo estaba pensando si sería conveniente hacer que Dick Conyers usara una barba en las escenas navales, y qué les parecería eso a las mujeres. Pero si no quiere oír el resto...

—Perdone; ¿qué dijo ella?

—No dijo nada. Solamente tiritó. Comenzó de a poco y luego la tomó entera, como si ella hubiese tocado una araña peluda.

—Como si ella hubiese tocado una araña peluda, ¿eh?

Actualmente, William Cartwright no tenía más aprecio por sí mismo que el que parecía tenerle Mónica Stanton. Como la mayoría de nosotros en esos trances, se sentía intranquilo. Sus intentos de enrolarse en la Marina habían sido infructuosos. En su interior admiraba la calma con que el Gobierno estaba llevando adelante la guerra como un juego de ajedrez, hacia un fin inevitable, sin banderas, sin agitación, sin tomar un hombre más de lo necesario. Cartwright comprendía que lo mejor que podía hacer era no molestar y esperar a ser llamado.

Pero mientras tanto allí estaba.

Además, en Pineham todos le consideraban un profeta fracasado. No había

acontecido nada de naturaleza criminal. La vida trascurría tan alegremente como en cualquier otra parte de Inglaterra, aunque todos urgidos por Hackett; éste, en las noches de oscurecimiento, cuando el resto de la gente tropezaba y caía y juraba y hacía bromas en todas las calles de la ciudad, se colocaba un traje consistente en un abrigo con botones luminosos y sombrero luminoso. Esto lo hacía aparecer como algo imaginado por H. G. Wells y no era el mejor tónico para nervios débiles.

Desde que el racionamiento de la bencina había comenzado, muchos de los miembros del estudio estaban viviendo en el Merefield Country Club o en quintas y residenciales cerca del estudio. Kurt Gagern, mientras dirigía una escena de un submarino en el lago, cayó por sobre la borda y fué enviado a la cama con influenza. Muchos de los empleados más jóvenes habían sido llamados al servicio; un tranquilo electricista ganó sorpresivamente las tres estrellas de capitán.

En medio de todo esto, riendo, hablando sin cesar, haciendo toda clase de cosas inconvenientes, apareció Tilly Parson.

«El argumentista mejor pagado del mundo» era una mujercita alborotadora, de unos cincuenta años. Su trato era tan llano que era difícil no hacer buenas migas con ella; aunque parecía haberse pintado los labios siempre en la oscuridad, debido a que el *rouge* se hallaba corrido unos cuantos centímetros por encima de su boca, tenía su buena dosis de atractivo. Siempre estaba hablando de cosas sin importancia y ordenando horribles cocidos en el restaurante del estudio.

—Piernas de cordera con manzanas agrias —declaraba con una voz tan ronca que parecía raspar su garganta—. Eso es, querida. Divina Dalmacia la usaba en los días del cine mudo, y todavía no ha sido superada. Bajó desde los 56 hasta los 49 kilos en dos semanas. Yo también lo haré; ya verán. Cuando trabajo siempre lo hago.

En realidad trabajaba.

Primero tomó el guión de «Espías del Mar» y cayó en trance con él. Luego le comunicó a Hackett que era pésimo —lo que encantó a éste—, pero que creía que podía arreglarlo; y a pesar de los ruegos y amenazas tanto de Howard Fisk como de William Cartwright, se decidió a hacerlo.

Luego comenzó a trabajar. Calentando interminables cantidades de café en la cocinilla de su oficina mientras fumaba Chesterfields hasta que la oficina se ponía azul, comenzó la revisión. Pero, aunque era simpática y agradable, había veces en que sólo su ingenuidad la salvaba de ser estrangulada; esto se debía a que Tilly Parson se negaba a aprender a deletrear. Tenía el hábito de abrir violentamente la puerta, entrar como una tromba y al mismo tiempo preguntar cómo se deletrea algo, lo que hacía a William Cartwright saltar casi hasta el techo.

—¡Por amor de Dios, Tilly! ¿Por qué no usa un diccionario?¿ Es demasiado floja para buscar las palabras en él?

—Lo siento, Bill. ¿Está ocupado?

—Sí.

—Bueno, no lo volveré a hacer. ¿Cómo se deletrea exagerado?

Luego se sentaba sobre su escritorio, empujando los papeles a un lado, y hablaba fruslerías hasta que era escoltada hacia la puerta a viva fuerza.

No se podía negar que le había enseñado bastante a Mónica Stanton; Tilly se había encariñado con ella. El mismo Cartwright, duro y severo como era en su trabajo, tenía que admitir que Tilly conocía todos los secretos de lo que él consideraba su aburrido oficio. En cuanto a Mónica...

Las máquinas de escribir golpeteaban rítmicamente tras las puertas cerradas de las otras dos oficinas; Cartwright, sabiendo que era hora de correr las cortinas de oscurecimiento o de cerrar la oficina e irse a casa, se sentía demasiado deprimido para hacer cualquiera de las dos cosas; uno de esos estados que todos conocemos. Mónica...

Por el ruido de la máquina de escribir podía imaginarle a Mónica inclinada sobre ella. Los ojos separados estarían fijos con tensión en el papel colocado en el carro; el delicioso y lleno labio inferior un poco salido y un cigarrillo en la comisura de la boca, al estilo sofisticado, excepto cuando le entrara el humo en los ojos; el pie golpeando al compás de la máquina sobre el piso, usando la goma de borrar a cada instante. Desde la primera vez que la había visto se había dado cuenta de que le gustaba. Luego de una hora de eso, tenía la intranquilizadora idea de que se estaba enamorando; después de cuarenta y ocho horas se sentía...

Estaba mal. Lo hacía sentirse como un colegial. Sentía palpitaciones dentro del pecho y extraños fenómenos del sistema nervioso. Sentía...

Con un estruendo que se podía oír en el otro extremo del edificio, la puerta blanca del corredor se abrió violentamente.

—Bill —dijo Tilly Parson, irrumpiendo en la habitación—. ¿Cómo se deletrea exagerado?

Tilly había entrado por la puerta del corredor para no molestar a Mónica. La pintura de los labios estaba corrida como de costumbre; en la mano izquierda, que afirmaba sobre la perilla de la puerta, llevaba un ancho anillo de matrimonio; tenía un marido en los Estados Unidos, al cual nadie había visto nunca, pero sus teorías acerca del matrimonio habían sido consideradas cínicas incluso por los primeros Padres de la Iglesia.

—¡Qué molesta soy! —exclamó Tilly, con su voz ronca por el cigarrillo—. ¿Lo asusté?

Se repuso del sobresalto que le había hecho subir una onda de frío y de calor del pecho a la cabeza.

—No.

—¿Seguro que no, querido?

—No. Pero usted me está llevando gradualmente a la locura. Ya le comuniqué la semana pasada que exagerado se deletrea e-x-a-g-e-r-a-d-o. A menos que durante este tiempo las autoridades hallan acordado cambiarlo, todavía se deletrea igual.

Tilly rió con una risa áspera, pero no desagradable.

—Me parecía que me lo había dicho antes. ¿Está ocupado?

—No.

Tilly lo miró maliciosamente, con la sonrisa todavía sobre el rostro. Luego se sentó sobre el escritorio. Depositó un alto de hojas manuscritas sobre el piso y hundió las manos en sus bolsillos en busca de cigarrillos.

—¿Le importa si me siento?

—En absoluto.

—¿Quiere un Chester?

—No, gracias. Esto es para mí. —Sintiendo que su ánimo era para gestos heroicos, recorrió con la vista la fila de pipas y escogió la de espuma de mar tallada en forma de calavera, llenándola con dedos amorosos con el contenido de un frasco de madera.

—Ah, pobre Yorick —exclamó Tilly mientras lo observaba—. Por Dios, qué espectáculo es ése para ojos apenados.

—Tilly, ésta es una pipa muy hermosa. Tilly, ¿le gustaría que la besara un hombre de barba?

—¿Me está usted haciendo una proposición? —preguntó, mientras encendía el cigarrillo.

—No exactamente. Es decir, usted es la luz de mi vida, por supuesto, pero...

—Gracias —contestó Tilly, en tono de broma. Pero no lo dijo con el aire que acostumbraba para esta clase de bromas. Hablaba con una voz seria y como distraída. Desde el momento que había entrado en la habitación le había dado la impresión de que traía algo en mientes, y algo que la preocupaba; se puso la mano sobre la cadera en un gesto teatral; la punta roja del cigarrillo brillaba en la habitación que comenzaba a oscurecerse.

—¿Qué pasa, querido? —le preguntó en un tono diferente—. ¿Tiene preocupaciones?

—Sí.

Tilly se inclinó hacia él; adquirió un aire de complicidad y misterio tan intenso, que instintivamente él miró a ver si no eran oídos. Levantó las cejas y lo miró fijamente. Luego señaló hacia la puerta de la oficina de Mónica.

—¿Es...?

—Sí.

Tilly vaciló. Su aire de misterio pareció aumentar; deslizándose del escritorio, caminó de puntillas hasta la puerta cerrada de Mónica y escuchó. Recibió en respuesta una andanada de la máquina, que pareció satisfacerla; volvió en puntillas, se inclinó hacia él y lo miró. El tono que empleaba era enervante; para informaciones sin importancia, su voz conservaba su ronquera normal; para corsas importantes, súbitamente la bajaba hasta un murmullo, ayudándose de expresivos gestos.

—Escuche —le dijo—. Usted es uno de esos hombres educados, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—¿Tiene dinero?

—Algo. Gano bastante.

—¿Y está enamorado de ella? —En este punto la voz de Tilly se convirtió en un susurro, ayudado por gestos indicando la puerta cerrada—. ¿Lo jura? ¿Sinceramente?

—Lo juro.

—No creo que me esté mintiendo —dijo Tilly mientras lo miraba—. ¡Dios, cómo odio a los farsantes! —Había algo que convencía en su voz—. Creo que usted está bien, y le voy a decir dos cosas acerca de esa niña. La primera, que ella también está enamorada de usted.

La luz había disminuido tanto que fué casi imposible distinguir el gesto de énfasis de Tilly. Al ver reflejada en su rostro la incredulidad que le había dejado mudo y que le había transformado los sesos en agua, Tilly levantó la mano como haciendo un juramento e hizo una cruz sobre su corazón.

—Pero.

—Sh-h... —Como conspirador, Tilly habría sido reconocida inmediatamente. Se puso un dedo sobre los labios y señaló hacia la puerta.

—Si no lo sé yo, ¿quién entonces? Me hospedo en la misma casa que ella, ¿no es así? Su dormitorio está contiguo al mío. La veo casi todo el día y parte de la noche, ¿no es así?

—Sí, pero.

—Sh-h...

Sin duda, se había producido un sospechoso silencio tras la puerta cerrada, como si alguien estuviese escuchando. De modo que Tilly comenzó a hablar en un tono alto y descuidado.

—¿No va a correr estas cortinas? ¡Vergüenza había de darle, Bill! Sea bueno y corra las cortinas. ¿Qué va a pensar de usted la Guardia de Raids Aéreos?

Bill se acercó obedientemente hasta la ventana, que estaba abierta. En ese momento nada le habría interesado menos que la opinión de la Guardia de Raids Aéreos.

Fuera se divisaba el lago a menos de cinco metros de distancia. A la luz del crepúsculo el lago se veía blanquecino y amplio, contrastando contra las sombras negras de los árboles. Los últimos resplandores del día iluminaban las siluetas de los hombres que se encontraban sentados sobre el banco más próximo, cuyas voces se escuchaban débilmente.

Uno era un hombre bajo, con un cigarro; el otro, un joven alto con anteojos, y un ultrarrefinado acento.

—Mire —decía el hombre del cigarro—. Esta última escena de la batalla de Waterloo.

—Sí, señor Aaronson.

—La escena importante —explicó el hombre gordo—. Esa en que el Duque de Wellington muere después de la batalla.

—Pero el Duque de Wellington no murió en el momento de la victoria, señor Aaronson.

—¿No murió?

—No, señor Aaronson; la batalla de Waterloo fué en el año 1815. El Duque de Wellington no murió hasta el año 1852.

Hubo un ruido al darse el hombre gordo una palmada sobre la frente.

—Tiene razón. Toda la razón. Ahora recuerdo. Estaba pensando en ese otro sujeto. Usted sabe: ése con el sombrero al revés.

—¿Lord Nelson, señor Aaronson?

—Eso es; Nelson. Murió en el momento de la victoria, ¿no es así?

—Sí, señor Aaronson.

—Ya me parecía. Bueno, entonces tenemos que cambiar la escena.

—Sí, señor Aaronson.

—Tengo una idea mejor todavía. ¡Si es una ganga! Mire: no muere, pero creen que se va a morir, ¿comprende? Yace sobre su cama de campaña y todo el auditorio cree que las entrega de, seguro, ¿comprende? Y entonces (esto es lo bueno, ¿comprende?) le salva la vida un cirujano americano.

—Pero, señor Aaronson...

—He estado pensando sobre esto. Lo malo con esta película es que es demasiado inglesa. Tenemos que acordarnos de Oshkosh y Peoria.

—¿Quiere usted decir, señor Aaronson, que le gustaría que la vida del Duque de Wellington fuese salvada por un cirujano de Oshkosh o Peoria?

—No, no, no, usted no me entiende. La cosa es así. La Duquesa de Richmond.

William Cartwright, que por lo general gozaba con estas conversaciones, esta vez les prestó poca atención. Dudoso era que incluso la hubiese escuchado. Aspirando con fuerza el humo de su pipa de calavera, cerró la ventana. Corrió las cortinas de oscurecimiento, que eran de un delgado material de color negro, las cuales tapaban muy poco la luz a no ser que se corriesen también las pesadas cortinas corrientes, lo cual hizo también. Cerró la otra ventana; luego volvió hacia el escritorio y encendió la luz.

Bajo ella, Tilly se veía como una agradable y pequeña mujercita de cabellos evidentemente oxigenados; aunque quedaba aún la sombra de una preocupación en sus ojos, la mayor parte de ella parecía desaparecida.

—No sea tan incrédulo, Bill —se quejó—. Créame; es la pura verdad.

—Una verdad —contestó Cartwright— de la que no estoy seguro. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Se lo dijo ella?

—¡Sh-h! No, me mataría si supiese que le he hablado de esto. Pero es la verdad. Mientras no recibe una carta de su familia, pues entonces trata de convencerse de que lo odia.

—¿Por qué? ¿Está su familia en contra mía?

—No; eso es lo malo. Están a favor de usted. Usted los conoce, ¿no es así?

—Si mal no recuerdo, jamás he puesto los ojos sobre un miembro de su familia.

—Tiene que haberlos conocido en alguna parte. El padre de ella es vicario. De modo que él no va a mentir, ¿no es así? —Tilly suspiró, con aire de enojo—. De todos modos, le deseo suerte. Mónica es una estupenda muchacha. Es lo que se puede llamar un regalo: voz suave, ojos grandes y un aire como de indecisión. Si yo fuese hombre, es la clase de mujer que me enamoraría.

Cartwright se sentó, con la pipa apretada entre los dientes. Puso los codos sobre el escritorio y se pasó los dedos por el cabello de las sienes; desde un punto de vista filosófico, estaba simplemente confundido; su estado era el típico como para tomar bromuro. En cualquiera otra ocasión se habría quedado abismado con las simplezas que se oyó decir.

—Es un mundo curioso éste, Tilly.

—Ya lo creo. Pero, ¿qué piensa hacer?

—¿Hacer?

—Sí, ¡hacer! Ya sé lo que debería hacer, Bill. Acepte mi consejo. Entre en esa pieza y agárrela.

—¿Nada más?

—Por supuesto; lo que hacían los hombres cavernarios. —Tilly abrió los ojos llenos de sinceridad—. Pero le advierto, querido, que hay algo que tiene que hacer antes: quítese esa maleza de la cara.

—¿Qué maleza?

—¡Eso! ¡Esas barbas! —exclamó Tilly con un dejo de impaciencia. Echó una bocanada de humo, se encogió de hombros y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. De otra manera no conseguirá nada. ¿Qué se cree usted? ¿Cree que a alguna mujer le gustaría ser cortejada por el relleno de un colchón?

Tilly tuvo una inspiración. Sus ojos parecían estar mirando siempre a través del objetivo de una cámara. Se inclinó hacia él.

—Escuche. En mi oficina tengo un par de tijeras de uñas; voy a buscarlas y vuelvo. Con ellas se corta la barba lo más posible y luego se afeita el resto allí en el lavatorio. Sé que tiene los útiles de afeitar aquí porque cuando olvida su linterna duerme sobre ese sillón. Afuera con esa maleza y está listo; entre en esa pieza y... —Hizo un gesto triunfal en dirección a la puerta.

—¿Usted quiere que yo...?

—Sh-h.

—Muy bien, muy bien. Pero se está haciendo tarde, Tilly; ella está por irse.

—No, todavía no. Está llena de inspiración; se trajo una botella de leche y unos panecillos y dice que va a trabajar hasta tarde en la noche. Además... —Tilly se detuvo bruscamente. Lo miró detenidamente. Sus ojos se abrieron aún más—. Bill Cartwright, ¿dónde está ese espíritu? ¿Qué es lo que le pasa? No ha hablado más de dos palabras desde que estoy aquí. Por Dios que estoy por creer que está usted asustado.

—Sh-hhhh —hizo Cartwright.

—Bueno, ¿está o no está?

—Por supuesto que no —le contestó, sabiendo que no decía la verdad—. Si cierra esos delicados labios suyos durante cinco segundos, y me permite decir una palabra, me será posible explicarle mi plan.

—Eso está mejor —exclamó Tilly con admiración—. Diga no más, querido; le escucho.

Él colocó la pipa en el cenicero.

—En primer lugar, Tilly, dejemos aclarado un punto. No soy yo quien está nervioso. No mucho, por lo menos. Es usted.

—¿Yo?

—Sí. Y quiero saber la razón por la cual usted de pronto me cuenta estas cosas. No es que no esté agradecido. Pero ¿por qué? Para ser más claro: ¿qué es lo que pretende usted?

—Muy bien; usted lo quiso —suspiró Tilly. Se sentó en silencio durante un rato, bajo la luz de la ampolleta que pendía del techo. Tenía las manos juntas, con la piel brillante y la carne abultada en las muñecas; el grueso anillo de matrimonio brillaba al darlo vuelta—. La razón es que Mónica es una buena muchacha, Bill. Y si usted no la cuida, nadie la cuidará. Ella está asustada, Bill.

—¿Asustada? ¿Por qué?

—Porque tengo la idea que alguien trata de asesinarla —contestó Tilly, mirándole a los ojos— y quizás lo haga esta noche.

VII

Otra vez lo mismo.

¿De modo que era un profeta fracasado, no? ¿Un antipático pronosticador de calamidades al cual Hackett y Fisk le huían? Volvieron de un golpe todas las ideas que había tenido al respecto antes que el anuncio de la guerra barriera con todas las demás preocupaciones; las pruebas que nadie quería mirar y las teorías que nadie quería oír. Recordó la entrevista que había tenido con el inspector jefe Masters en Londres hacía dos semanas. Cómo Masters le había asegurado con aire paternal que probablemente todo era una broma de mal gusto; que sería criminal molestar a Sir Henry Merrivale con ello en una ocasión como ésta; y que al escribirle sólo contribuiría a llenar más la ya atestada oficina de correos.

Sin embargo, había conservado en un cajón de su escritorio todas las pruebas que tenía.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó. Su voz sonó extremadamente fuerte en la habitación pintada: de blanco.

—Sh-h, es solamente lo que yo creo.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Cartas anónimas. Recibió dos la semana pasada. Quizás más.

Cartwright cogió a Tilly firmemente por un brazo. La llevó a través de la oficina hasta el pequeño cuartito del lavatorio, que no era más que un rincón de la misma habitación, separada por un tabique. Tenía una ventanilla que escapaba a la necesidad de cortinas de oscurecimiento porque estaba pintada de negro. Había un gran desorden debido a que él, lo mismo que Tilly, bebía café sin descanso; pero éste no era el momento de disculparse por el orden. Cerró la puerta y encendió la luz.

—Ahora —exclamó— déjese de susurros y explíqueme de qué se trata.

La misma Tilly parecía atemorizada por lo decidido de su tono; pero su mandíbula se adelantaba desafiante.

—Lea eso —le dijo—. Vamos, léalo.

Sacó de un bolsillo una hoja doblada de una libreta de apuntes, de color rosado, y se la alargó. Sobre ella había varias líneas escritas con tinta azul.

«Muy bien, Ojos Brillantes. No he terminado contigo aún tu papá y tu tía Flossie van a tener pronto una bonita sorpresa. Lo del vitriolo fracasó; pero tengo una pequeña broma reservada para ti. Y esta vez no podrás retroceder».

La escritura misma parecía rebosar maldad; pero no decía nada allí que Cartwright no esperase.

En su mente estaba el recuerdo nítido de una pizarra cerca del escenario número

tres, con unas palabras escritas con tiza sobre ella. Una fotografía de ella se encontraba en el cajón de su escritorio. Sin necesidad de compararlas, estaba seguro de que la letra en la pizarra y la de esta nota era la misma.

William Cartwright sintió un ligero malestar.

—¿Dice usted que ha recibido más cartas como ésta?

—Por lo menos de dos estoy segura. Una llegó esta mañana.

—¿Qué decía?

—No lo sé querido. Ella no me ha mostrado ninguna.

—¿Entonces cómo consiguió ésta?

—La robé —contestó Tilly sin inmutarse—. Pensé; que era hora que alguien lo supiera.

—¿La robó?

—Del dormitorio. Sólo le alcancé a dar un vistazo a la que llegó esta mañana; sólo alcancé a ver que decía algo de «esta noche». Y eso no me pareció nada de bien.

Era difícil de comprender.

—¿Dice usted que ha estado recibiendo esta cartas por más de una semana y que no le ha dicho nada a nadie?

—Por supuesto que no —contestó Tilly con enojo, sacando otro cigarrillo de su bolsillo y encendiéndolo. Una brizna de tabaco se quedó adherida a su abundantemente pintada boca; se la quitó con gesto airado con una uña pintada de rojo—. Esa muchacha tiene la locura del cine. Está loca con todo esto. Yo he estado en este, negocio durante dieciocho años; he visto tantas veces suceder lo mismo. Usted piensa que este oficio es aburrido; para mí es el medio más fácil de ganarme la vida. Pero ella encuentra que es maravilloso.

—Sí.

—Tiene miedo de que la manden a cambiar y que no pueda ver más sus adorados estudios. Escuche, Bill; he estado oyendo rumores. ¿Sucedió algo aquí hace unas dos o tres semanas? ¿Algo acerca de vitriolo?

Hizo una pausa.

—Sí —contestó él.

Tilly hizo un gesto con la boca; por sus ojos paso una sombra de ira y de temor.

—Ahí tiene usted lo que vale esa muchacha. Se ríe de esas cartas. Teme mucho más que Tom Hackett se entere acerca de las cartas y la aleje de aquí por su propio bien. Lo que es yo, no puedo más, con un loco suelto por ahí, y sin poder acostarse pensando si las sirenas de alarma irán a sonar...

Esta era la clase de conversación que había que evitar.

—Vamos, Tilly, esa clase de conversación es peligrosa. Sabemos que Inglaterra tiene la supremacía de la Fuerza Aérea; que en el mismo momento que alguien intente algo contra Londres, van y vuelan Berlín en pedazos.

—Pero eso no me consuela; estaré contenta de todos modos cuando termine este trabajo y me pueda volver a. Estados Unidos.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, Tilly, tiene libertad de volverse ahora, si lo desea, usted sabe.

—Mire —le dijo Tilly, poniendo una mano regordeta encima de la mesa—. Todo lo que necesito es un trago y algo para comer; si los ingleses pueden aguantar esto, yo también puedo. Ustedes son gente curiosa; mientras más dificultades tienen, más bromas hacen al respecto. Sólo que esta espera..., como la que tiene que soportar esa niña ahí dentro.

Sacó un pañuelo del inagotable bolsillo de su chaqueta de franela y se sonó la nariz.

—Además, ella no me dirá nada, ¿comprende? Cuando recibió la primera carta yo estaba ahí y le pregunté: ¿Sucede algo, querida? Y ella tranquilamente me contestó: Nada.

—¿Cómo recibe estas cartas? ¿Por el correo?

—No. Por mano.

—¿Por mano? ¿En el Merefield Country Club?

—Sí. Las empujan por debajo de la puerta; por lo menos dos de ellas.

—¿Quién más vive en el Club fuera de ustedes dos?

—Todo el equipó. Tommy Hackett y Howard Fisk y Dick Conyers y Bella Darless y... los Gagern tienen una quinta como usted, so plutócrata. Pero cualquiera puede entrar en el Club. —Tilly terminó de sonarse, pestañeó, guardó el pañuelo en el bolsillo y aspiró profundamente el cigarrillo—. Esa es toda la historia; no es asunto mío, pero no quiero que a esa niña le suceda nada malo, si es que yo puedo evitarlo. Bueno, Bill Cartwright, ¿va a entrar ahí a sacarse la maleza de la cara y luego a arreglar las cosas con Mónica o no?

Dió un bufido.

—Ya lo creo que sí, Tilly; pero no se preocupe por la maleza; eso puede esperar un poco.

—No sea estúpido —gritó Tilly; alzándose lo cogió de los hombros—. ¿No puede meterse dentro de su torpe cabeza lo importante que es eso?

Cartwright se sentó e hizo un gesto tan enfático que derribó un tarro lleno de café.

—Mi querida Tilly, si mi barba es tan terrible, por Dios que me la quito. Se lo prometo. Pero en este momento tengo unas comparaciones que hacer; me parece que ya sé quién es este maldito cerdo... ¡Por vida de, que ya sé de qué se trata! Alguien a quien he estado vigilando con cuidado durante las últimas tres semanas. Y allí en mi escritorio...

—¡Hola! —gritó la voz de Mónica desde la habitación contigua; hubo un rápido ruido de pasos—. ¡Hola! ¿Dónde se han escondido ustedes?

Estaba de pie en medio de la oficina de Cartwright, con un par de caras culpables frente a ella, que acababan de aparecer por la puerta del cuartito.

Cartwright se preguntó si les habría estado escuchando, porque el ambiente estaba enrarecido. La actitud de Mónica era normal, aunque estaba un poco ruborizada.

Llevaba pantalones y blusa azul y un abrigo liviano sobre los hombros. Sus suaves y largos cabellos estaban ligeramente desordenados; una mancha de la cinta de la máquina que tenía en los dedos había sido transferida en parte a su mejilla.

—¡Oh, aquí estaban! —exclamó—. Tilly, ¿qué significa cuando dice que la cámara se «eleva para el segundo plano»?

—¿Cómo, querida?

—¿Qué significa cuando dice que la cámara se eleva para el segundo plano?

Tilly le explicó, aunque Cartwright estaba seguro de haberle contestado la misma pregunta hacía sólo una semana.

—¡Oh! —exclamó Mónica.

Apoyó un dedo en el escritorio de Cartwright, vacilando. Los ojos gris-azules, espaciados a los lados de la hermosa nariz, lanzaron una mirada oblicua hacia Cartwright y Tilly.

Vaciló de nuevo.

—He corrido las cortinas en tu cuarto —dijo, después de un silencio—. En tu oficina, Tilly.

—Gracias, querida.

—Por favor, ¿no lo podrías hacer tú más a menudo? Quiero decir, que estén correctamente corridas. Me hace saltar ese hombre todas las noches cuando nos grita «¡Las luces!».

—No lo olvidaré, linda.

Mónica se decidió.

—¿Qué es lo que se estaban secreteando ustedes dos? —preguntó.

—Nada, querida. Nada importante.

—¡Para qué seguimos en esta farsa! —exclamó Cartwright súbitamente. Sacó la hoja de papel de color rosado de su bolsillo y la puso sobre la mesa al lado del dedo de ella—. Estábamos hablando acerca de usted, Mónica; tenemos que resolver esto de...

Se detuvo también bruscamente, mientras el ambiente en la habitación se ponía tenso.

La puerta del corredor se abrió, cogiéndolos a todos en ese estado de emoción. Apareció en el marco de la puerta la cara benevolente de Howard Fisk.

—Buenas noches a todos —susurró, golpeando en el interior de la puerta para darle énfasis a su entrada—. ¿Puede saberse hasta qué hora trabaja la gente aquí?

Mónica, sin reponerse, seguía con los labios entreabiertos y los puños apretados. Tilly Parson tosió con fuerza; sólo Fisk parecía no darse cuenta de la situación, y cruzó el umbral, exhalando un perfumado olor y con un viejo sombrero echado hacia atrás.

—Han estado viviendo como ermitaños aquí —se quejó. La luz se reflejaba sobre sus anteojos—. Nadie los ha visto durante una semana completa. Hola, Tilly; hola, Mónica; hola, Bill. Escuchen todos ustedes. He venido para llevar a Mónica a cenar.

Mónica dió vuelta la cabeza.

—¿A cenar? —repitió como un eco.

—Sí, a cenar; me he torcido los tobillos y roto el cuello para llegar hasta aquí sin una luz, de modo que no aceptaré ningún «no» por respuesta. Afuera tengo un carruaje dorado, probablemente con bencina por última vez; vamos a la ciudad y derecho al Dorchester. No tendremos necesidad de cambiarnos ropa; ¿qué le parece, jovencita?

—Pero, señor Fisk.

—Mi nombre es Howard.

—No puedo —contestó Mónica—. Me encantaría, pero no puedo.

—¿Por qué no?

Mónica pareció darse cuenta de pronto de las manchas de sus dedos.

—Porque no puedo, sinceramente; hoy es lunes. Usted y el señor, Hackett vendrán el miércoles para revisar el guión completo, y estoy bastante lejos de eso. Es el asunto ese de detectives —explicó, mirando rápidamente a Cartwright.

—¡Vamos, vamos! Hackett no le paga para ser tan terriblemente consciente; una noche no importa. ¡Venga!

—No puedo. Lo siento terriblemente.

Howard Fisk vaciló.

—No sé qué es lo que pasa —se quejó—. Nunca he podido salir con usted. Tilly, ¿no iría usted?

—Lo siento, pero ya estoy comprometida.

El director lanzó un gran suspiro y con aire desconsolado se volvió hacia Mónica.

—Bueno, si insiste en ser comercial, puedo aprovechar en algo el viaje hasta aquí. Acerca de la escena B, el asunto ese del subterráneo, ¿cree que lo podríamos arreglar ahora?

—¡No! —exclamó Tilly Parson.

Fué involuntario. Le salió en un ronco sonido que les hizo saltar a todos como aguja al tocar un nervio; todos se asombraron, pero sobre todo Fisk, que se volvió sobresaltado.

—¿Eh? —dijo.

En una fracción de segundo, Tilly se había repuesto. Rió, dejó caer el cigarrillo sobre el linóleo del piso y lo aplastó con el pie.

—¡Qué tonta soy! —se burló de sí misma—. Nervios nada más; desde que salí la otra noche y me tocó alarma; no me hagan caso.

—Desde luego —contestó Mónica—. Por favor, pase a mi oficina, señor Fisk.

Sostuvo la puerta abierta. Por encima de su hombro se podía ver una muralla de la pequeña oficina. Mónica era muy ordenada. Sobre una mesa cerca de la pared había una hilera de libros de información, un alto de hojas en blanco y su máscara contra gases en un estuche de cuero; en la muralla había clavada una fotografía con marco del Reverendo Stanton. Esto último había causado extrañeza entre los que entraban

en la habitación, pero para Cartwright, cuyos sentidos estaban influenciados, esto le sugería un sentimiento de honestidad en esa casa de imaginerías.

La puerta se cerró tras los otros dos, y Tilly miró a Cartwright.

—¡Bueno! —exclamó—. Poco se demoró en contar lo de las cartas; ¿y qué piensa hacer ahora?

—Esperar a que se vaya Howard y terminar con el asunto.

—Me parecía —respondió Tilly—. En ese caso, hay algo que tengo que hacer. Espéreme, que vuelvo en un minuto.

Él no la oyó. El recuerdo de unas palabras escritas en un papel rosado le interesaba más.

«Muy bien, Ojos Brillantes. No he terminado contigo todavía».

Había pensado que tenía que suceder algo por el estilo, y había acertado.

«Tu papá y tu tía Flossie van a tener una bonita sorpresa luego».

Se sentó en su escritorio; sacando un manojito de llaves del bolsillo, abrió el cajón inferior. Contenía un resumen escrito a máquina de lo ocurrido en el estudio número tres el 23 de agosto, con los relatos de todos los presentes sobre sus movimientos durante el hecho. Contenía también cierta botella vacía y una gran fotografía de lo escrito sobre la pizarra.

Puso la foto junto a la hoja de papel rosado y las miró con una lupa.

Coincidían; no había duda acerca de eso. La escritura de la pizarra era la misma que la de la hoja de papel rosado.

«Lo del vitriolo fué un fracaso; pero tengo otra bromita reservada para ti».

No se oía ni un ruido en todo el edificio, excepto el sonido débil de voces provenientes de la oficina de Mónica; la lámpara, que daba una sombra cónica, iluminaba las teclas de la máquina. Cartwright guardó la lupa y se quedó pensativo; cogió una pipa del escritorio y se la puso en la boca.

Luego abrió el cajón superior del escritorio; éste contenía, además de papel y sobres, unas notas en borrador para un nuevo argumento. Este era acerca de un veneno mortal, la manera de procurárselo y un diabólico método de administrarlo. Si su mente no hubiese estado tan preocupada por otras cosas, habría tenido el sentido de encerrar con llave todo eso. Pero no se le ocurrió. Colocó una hoja en blanco en la máquina de escribir, puso la fecha y escribió rápidamente.

Sir Henry Merrivale.

Departamento de Guerra.

Whitehall, SWL.

Estimado señor:

Soy un amigo del inspector jefe Masters. No le haré perder más tiempo con presentaciones.

Necesitamos ayuda y consejo. Si no estuviese seguro de que este asunto le

corresponde a su Departamento, Policía Militar, no le molestaría. Hace sólo tres semanas, tuvimos un atentado de asesinato. Creo poder decirle quién es el responsable...

—Aquí tiene, querido —dijo de pronto Tilly Parsons, apareciendo a su lado. Depositó sobre el escritorio no sólo un par de tijeras de uñas, sino que también un par de tijeras de podar.

—Déjeme tranquilo —le dijo Cartwright con brusquedad.

—Vamos —dijo Tilly con insistencia—. Quítese la maleza; si las tijeras de uñas no sirven para empezar, las grandes servirán.

Molestar a un hombre que está haciendo una composición literaria es un error frecuente en las hijas de Eva.

—¡Por todos los demonios del infierno! —gritó Cartwright poniéndose de pie—. ¿Quiere irse de aquí y quedarse lejos? Hágase humo. ¿Es que no puede pensar nada más que en mi barba? ¿Es ésa su manía? Estoy tratando de Hacer un argumento importante para un importante fin, y usted sólo...

—Por última vez: ¿se quitará esa maleza?

—Por última vez, mujer, no.

Tilly era una mujer de acción y no vaciló más; extendió las tijeras grandes, manejándolas con la precisión de un espadachín. De un solo golpe le cortó no sólo la punta de la barba, sino que casi le corta también la punta de la barbilla.

—¿Se las quitará ahora? —preguntó.

Hacía algunas semanas, Mónica había quedado sencillamente estupefacta, sin habla, por una falta de tacto parecida, que ella encontró más allá de la comprensión humana. Era lo que sentía ahora William Cartwright; se quedó inmóvil, mirando a Tilly con fijeza; vió todo de color rojo. No existía un hombre más pacífico que él, pero por un momento pensó pegarle con una silla en la cabeza.

Luego le sobrevino una helada furia. Tomó las tijeras de la mano de Tilly, la cual estaba realmente asustada, caminó silenciosamente hasta el cuartito contiguo, encendió la luz, echó a correr el agua caliente en el lavatorio y dispuso los útiles de afeitar encima de la repisa de vidrio.

En diez minutos la barba había desaparecido.

—¡Dios mío! —exclamó Tilly con admiración—. Nunca creí que le favorecería tanto. Le hace parecer diez años más joven. Incluso se ve buen mozo. ¿No se va a quitar el bigote también?

—No, cara de bruja —le gritó el mal educado Cartwright, dándose vuelta y arrojando la toalla encima de la cocinilla—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? ¿Desearía que me operara el apéndice? ¿La divertiría que me afeitase la cabeza y me la pintara de verde? Porque...

La miró un instante y se volvió de espaldas.

—No se enoje, querido; se ha cortado la mejilla; póngase algo allí.

—¡Buenas noches a todo el mundo! —gritó desde lejos Howard Fisk—. Si ustedes no quieren comer, yo sí; buenas noches.

Se oyó cerrar una puerta.

—Ahora es su ocasión —susurró Tilly—. Entre allí y haga lo que tiene que hacer; yo esperaré en mi oficina. Se ve muy bien; no como el señor Cartwright, sino como Bill.

Al recién nacido Bill le parecía, mientras Tilly le empujaba a través de la habitación, que tanto él como ella se estaban portando de una manera absurda.

Si no podía remediar esto, al menos sabía la causa. Tilly se portaba así porque estaba nerviosa, y él, porque estaba enamorado de Mónica Stanton.

Sin embargo, al golpear la puerta experimentó un malestar al sentir su cara, todavía irritada, tan desnuda. Hasta entonces su barba había sido su defensa en los apuros; había marchado, como quien dice, detrás de los matorrales, como MacDuff contra Dunsinane. Pensaba que la barba le daba madurez y sobria experiencia. Esa era la razón por la cual se la había dejado crecer. Su ideal, con respecto a las apariencias, era aparentar cuarenta y cinco años y no pasar de allí.

Golpeó.

—Mónica...

Ella no se dió vuelta.

Estaba sentada delante del escritorio, inclinada sobre la máquina, con la espalda dada vuelta hacia la puerta. La luz, sin pantalla, iluminaba un lado de la cara sonrojada. Se dió cuenta de que estaba enojada; pero de lo que no se dió cuenta fué de que estaba muy cerca de las lágrimas.

—Mónica...

—De modo que era usted —dijo aún sin darse vuelta— el que la había robado.

Su mente momentáneamente distraída fué vuelta a la realidad con rudeza.

—¿Robó qué?

—Usted sabe qué. La carta.

Con el recuerdo de la carta volvió su determinación.

—Mire, Mónica, tiene que oírme. Yo no robé esa carta, pero esté segura de que lo habría hecho si hubiese sabido algo acerca de esto. Quiero ayudarla; y además de todo, la a...

En ese momento ella se dió vuelta.

Fué una reacción natural; se echó a reír en su cara. Se echó hacia atrás, golpeando los talones en el piso, estremecida de risa, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Luego de un helado silencio, él miró a su alrededor. Vió la ruborizada y adorable carita llena de regocijo; incluso el retrato del Rev. Stanton le sonreía con indulgencia desde el muro. Pero hay algo que se puede decir a favor del nuevo Bill Cartwright. No se dió media vuelta y salió de la habitación, como fue su primer impulso, sino que avanzó hacia el escritorio.

—Ya está hecho —dijo con un gesto de enojo—. Muy divertido si usted quiere; estoy de acuerdo, sin una duda, que es el espectáculo más divertido desde el Arca de Noé; nos sentaremos aquí y reventaremos de risa. Pero después de todo usted me va a oír lo que tengo que decirle. No quiero que usted ande más por ahí en peligro de ser atacada nuevamente por ese maldito. Me importa usted demasiado para eso. La verdad es que la...

—¡Edificio Viejo! ¡Las luces!

La voz resonó en medio del silencio absoluto con el mismo tono familiar de siempre. Ambos se sobresaltaron y miraron en dirección a la ventana; el guardia estaba haciendo el recorrido de costumbre a la hora de siempre.

—¡Edificio Viejo! ¡Las luces se ven! —gritó la voz.

Mónica estaba mirando a Bill Cartwright.

—¿Qué es l-lo que dijo usted? —le preguntó.

—¡Señorita Stanton! ¡Oficina del medio! ¡Las luces!

—¿Qué es l-lo que dijo usted?

—¡Señorita Stanton! ¡Por la parte superior de la cortina de oscurecimiento se ve luz!

Una mano invisible golpeó sobre los cristales de la ventana.

—¡Señorita Stanton! ¡Las luces!

Mónica se acercó a la ventana, aunque sería más justo decir que voló hacia ella, mientras la voz se alejaba. Corrió hacia atrás las pesadas cortinas interiores y levantó las manos para cerrar bien las cortinas negras de abajo.

Bill la miró hacerlo; de una manera inconsciente tuvo conocimiento de los detalles de la habitación, iluminados por el blanco resplandor de la lámpara. Vió las cortinas negras corridas cuidadosamente, tras las cuales no se podía filtrar ni un rayo de luz. Vió a Mónica de lleno frente a la ventana, con los brazos en alto, tratando de alcanzar la parte alta de la cortina; vió la sombra que proyectaba su cuerpo, más negra que lo corriente sobre el satén negro. Vió...

«Esta vez no podrás retroceder».

No era ésa la voz del guardia.

—¡Agáchese —gritó—, agáchese!

Fué demasiado tarde. La explosión destrozó el vidrio de la ventana mientras corría hacia ella.

La bala había sido disparada a la cara de Mónica. Hizo un agujero en el vidrio, sin romperlo del todo, y dejó otro hoyo en la cortina a la altura de la oreja de Mónica.

Cuando pensaba en ello después, le parecía que había demorado mucho, aunque en la realidad sólo había sido cuestión de segundos.

Mónica, todavía de pie junto a la ventana, hizo un gesto. Tenía una leve marca rojiza en la sien izquierda, que luego comenzó a sangrar; allí había sido donde había rozado la bala, antes de dar contra el retrato del Rev. Stanton sobre el muro.

La puerta que comunicaba con la oficina de Tilly Parsons se abrió violentamente.

Tilly estaba parada en el umbral, con la boca abierta y la pintura de los labios destacándose nítidamente sobre su pálido rostro. Detrás de ella, la oficina era un mar de papeles; una taza de café humeaba sobre el escritorio y un cigarrillo se consumía en el borde del cenicero.

Su voz era tan ronca que casi no se oía.

—¿Fué...? —preguntó.

—Estoy perfectamente —dijo Mónica sin mucha seguridad—. Erró de nuevo.

—Estás herida, querida, ya lo veo. Estás...

—Estoy perfectamente —dijo Mónica.

Pero se dejó caer sobre el sillón.

Bill por último pudo hablar.

—¿Tiene una linterna, Tilly?

Tilly lo miró con ojos asustados.

—¿No va a salir después de esto?

—Sí. Tiene que correr al borde del lago. No puede atravesarlo. Déme una linterna, rápido; puede que aún sea tiempo.

Tilly corrió hacia su oficina y volvió con una linterna.

—Conozco esa voz —dijo ella—. Yo conozco esa voz; quiero decir la del que trató de pasar por el guardia que gritaba «luces». ¿Dónde he oído esa voz? ¿Dónde...?

Pero ya Bill estaba fuera de la habitación. Por un rato no se oyó otro ruido en la oficina de Mónica que el de las agitadas respiraciones. Tilly sacó un pañuelo y se restregó los ojos; parecía más nerviosa mientras más se movía.

—Déjame curarte la cabeza, querida. ¡Ven! Déjame ponerte algo en esa herida.

—No. Espérate un momento, por favor.

—¿Quieres un trago, querida? —preguntó Tilly—. Yo tengo, si quieres.

—Espera un instante.

Mónica estaba sentada sobre el sillón, con una mano cubriéndose los ojos. Luego se puso de pie y se acercó a la fotografía del Rev. Stanton; éste continuaba sonriendo. La bala había destrozado el vidrio, haciendo un agujero en el cuello del Rev. y enterrándose por último en la pared; la fotografía colgaba torcida.

Sacándola, Mónica miró el agujero en la pared. Puso el retrato roto encima del escritorio, colocándolo al lado de una caja victoriana de cuero rojo, un regalo de la señorita Flossie Stanton, que ahora Mónica usaba para guardar cigarrillos.

Tilly la miraba con apenada expresión.

—¿Vas a darte por vencida ahora, querida?

—¿Darme por vencida en qué?

—¿Vas a irte de aquí, como lo desea ése?

—No... No sé... No. ¡No me iré!

—Cálmate, linda.

—Estoy bien.

—Toma un Chester —dijo Tilly, sacando el paquete con súbita inspiración—. Los cigarrillos ingleses son una basura, querida. No fumaría uno ni por una apuesta. Mira, querida —hizo una pausa—. No fué él quien te robó la carta; fui yo.

—Ya me parecía.

—¿Entonces por qué le dijiste...?

—Oh, no tiene importancia.

—Fué por tu propio bien que lo hice —dijo Tilly—. Sinceramente. Él no sabía nada de esto hasta esta noche; yo se lo conté; le conté todo. Confíate en él; él cree saber quién es el culpable de todo esto; ha estado vigilando a ese alguien. ¿Por qué tienes que ser tan altanera? También le conté que estás enamorada de él.

Mónica se atragantó.

—¿Le dijiste que yo...?

—Vaya, para qué negarlo, querida; es la verdad y tú lo sabes.

—No es la verdad.

—Tan cierto como el Evangelio; si hasta hablas de él en sueños. Me acuerdo que la otra noche me parecía oír murmurar a alguien, y me levanté y me asomé a tu cuarto. Eras tú, que hablabas algo acerca de ser romano, o de que tú eras una romana, o de que los dos eran romanos; pero de todos modos, era algo acerca de él, querida, te lo aseguro.

Mónica la miraba con ojos cada vez más abiertos y con un rubor que puso sus mejillas de color rosa brillante. Parecía tener dificultad hasta en la respiración.

—¡Esto es el colmo! —exclamó después de una pausa—. Estaba tratando de convencerme de lo contrario, pero esto es el colmo. ¡El muy bestia!

—Pero si él no ha hecho nada, querida; no lo culpes por el hecho que yo le haya contado. Cúlrame a mí, yo le conté la verdad; lo único que hizo él fué afeitarse la barba porque pensó que eso te agradaría.

—Desearía que se lo comiese un león —dijo Mónica—. Pero si se me acerca, me lo comeré yo. No quiero tener nada que ver con él mientras viva.

—Sh-h —susurró Tilly, alzando la cabeza.

Ambas se abalanzaron hacia la ventana. Desde afuera, nítido en el aire de la noche, se oyó lo que parecía el grito de caza de Bill Cartwright, los pasos de alguien que corría, huyendo, y que se alejaban; luego una terrible zambullida en el lago, un chapoteo y un aullido triunfante de Cartwright, y luego más pisadas que se alejaban al otro lado del lago.

VIII

Esto sucedió el sábado en la noche. En la tarde del miércoles 13 de septiembre, Bill Cartwright entraba al patio del edificio del Departamento de Guerra.

Realmente no esperaba una contestación formal a la carta que por último había terminado el lunes por la noche y que había echado al correo inmediatamente; esperaba, a lo más un aviso de la recepción de ella. Pero llegó una rápida respuesta el miércoles por la mañana, que le dejó asombrado.

La respuesta no contenía información de ninguna especie; solamente inquiría si le sería posible presentarse en el Departamento de Guerra, en la calle de Los Guardias Montados, mostrar la carta y preguntar por el Capitán Blake.

Con dificultad, tal como lo había pensado, convenció a Mónica de que lo acompañara a Londres.

—¿Quiere acompañarme al Departamento de Guerra? Después de todo, le ataño directamente a usted.

—No, gracias; en todo caso, le advertí que no se molestase por mí.

—Como guste; pero es un espectáculo interesante. ¡El Departamento de Guerra, cerebro de la Policía Secreta Militar! Generales y comandantes indios; decoraciones exóticas, salones de mármol y alfombras profundas. Mensajeros reales partiendo a misiones secretas hacia el Este. En «Deseo» usted hace ir una docena de veces al Capitán Roystead al Departamento de Guerra, de modo que pensé...

—Bueeno... —dijo Mónica.

Pero el viaje a la ciudad, en un tren que se detenía a echar una siesta cinco o seis veces en un recorrido de catorce millas, no fué en absoluto un éxito; Mónica se sentó en un rincón del vagón y se negó a hablar de otra cosa que no fuesen novelas policiales. Parecía que durante las tres semanas que llevaba en Pineham había leído cientos de ellas; él mismo había sido lo suficientemente estúpido como para introducir en una de sus novelas a un clérigo. Lo que Mónica hizo del libro fué algo terrible. A juzgar por el número de errores eclesiásticos que había cometido, parecía que sólo por milagro había escapado de ser quemado en la hoguera de los herejes.

No podía, terminar de comprender a esa muchacha; una vez antes de que le disparasen el tiro aquel, habría jurado que había visto en el rostro de ella algo que era lo que más deseaba en este mundo.

Luego, súbitamente, eso desapareció; no sólo había, desaparecido, sino que la atmósfera de hielo con que ella se rodeaba había tomado proporciones árticas.

Pero más tarde, en el camino hacia el Departamento de Guerra, ella se ablandó algo. El embriagador aire de septiembre hacía sus efectos; el cielo, de intenso azul,

estaba bordado con las formas blancas de los globos cautivos protectores de bombardeos; poco había cambiado por efecto de la guerra, excepto por los sacos de arena a la entrada de los edificios y por las máscaras de gases que casi toda la gente llevaba en bolsas terciadas al hombro. Pero eran llevadas con el aire de quien lleva su vianda, lo que daba la impresión más bien de paseo que de guerra.

—Bill —le dijo Mónica en el taxi que los conducía desde la estación de Marylebone hasta el Departamento de Guerra. Era la primera vez en dos días que le llamaba por su nombre de pila.

—¿Qué?

—Vamos a ver a Sir Henry Merrivale, el cerebro de todo el Departamento, ¿no es así?

—Así es.

Mónica dió un tiritoncito.

Descendieron del taxi en el patio, cerrado por tres costados por altas paredes grises y pavimentado con desnivelados ladrillos, lo que le trajo a Mónica el desagradable recuerdo del escenario 1882. Varios autos estaban estacionados allí. Se dirigieron en la misma dirección que parecía ir todo el mundo, hacia una gran puerta al lado izquierdo.

Dentro, el recinto ancho y mal iluminado estaba repleto. No había señales de salones de mármol, ni tampoco de uniformes, excepto algunos oficiales con una banda roja al brazo. Bill se abrió camino a través de la multitud hacia un escritorio, tras el cual un oficial de aire eficiente y bigote erizado atendía a cien asuntos al mismo tiempo.

—¿Señor? ¿Tiene una entrevista?

Bill le entregó la carta.

—Está bien, señor —le contestó el otro—. Siéntese ahí y llene uno de esos cuestionarios.

Mientras Mónica se entretenía en imaginar fantásticas escenas tras las murallas grises, Bill llenó el cuestionario. A todos les llega su turno: el Departamento de Guerra ejercía sobre Cartwright el mismo efecto que el estudio de cine sobre Mónica. Su mano temblaba tanto al llenar el cuestionario que casi no podía escribir. Ahora que se encontraba aquí, con una inminente entrevista con Sir Henry Merrivale, ¿qué no podría suceder? ¿Por qué no que le diesen un puesto en la Policía Secreta Militar? Esto, el mayor sueño de su vida, le hizo jurarse a sí mismo que nunca sería más lógico y más dueño de sí mismo que durante la entrevista que se aproximaba.

Devolvió el cuestionario una vez lleno.

—Está bien, señor —dijo el oficial—. Cap. Blake, oficina 171. Pero, ¿a qué se refiere esto de «Señorita Stanton»?

—Es esta señorita. Viene conmigo.

El oficial lo miró asombrado. Bill tuvo el presentimiento de que algo malo iba a pasar.

—Pero la señorita no puede subir, señor.

—¿No puede?

—No, señor.

Le dió una mirada a Mónica. Esta tenía la vista fija en el techo, con aire pensativo.

—¿Pero por qué no? Mi asunto se refiere a esta señorita. Ella es el testigo más importante que; tengo; además, sólo debido a ella se me concedió esta entrevista. Ella...

—Lo siento, señor —contestó el oficial con firmeza, y trazó una raya sobre el nombre de Mónica—. La carta dice que es usted y nadie más. ¿No sabía eso cuando trajo a la señorita?

—Mónica, ¡le juro que no lo sabía!

—Pero, Bill, si estoy segura de que no lo sabía —le dió unas palmaditas en el brazo que lo intranquilizaron. Rió—. Lo comprendo perfectamente. De todas maneras, éste no es mi puesto, ¿no es así?

—Mire, no me demoraré nada. ¿No le importa esperarme aquí?

—No, por supuesto que no; no me importa nada.

—¿Está segura?

—¡Dios mío, por supuesto que no! (¡Miserable, bajo, mezquino, vil!).

—Mire, Mónica, lo dice sinceramente, ¿no es así? ¿Me esperará aquí? ¿Me jura que no se volverá a Pineham?

—Vaya, Bill, ¿qué lo hace pensar tal cosa? Por supuesto que lo esperaré. Vaya no más y que lo pase bien.

—Venga por aquí, señor —intervino el oficial, paciente pero con apuro—. Conserve el formulario. Lo necesitará, para salir.

Sujetando con fuerza el maletín que había traído, Bill se alejó.

Debido a ciertas informaciones que había recibido del inspector Masters, Bill Cartwright estaba preparado para, ciertas cosas. Sabía que el trato de Henry Merrivale era rara vez agradable. No esperaba ser recibido con palmaditas en la espalda, o con la pulida educación propia de la mayoría de los departamentos gubernamentales. Sabía también que el hombre podía gruñir y hasta morder de vez en cuando.

Pero, de todas maneras, no estaba preparado para la expresión de extraordinaria y calmada malignidad de Henry Merrivale. Este estaba sentado sobre una crujiente silla giratoria, con los pulgares cruzados sobre el abdomen. Su gran calva brillaba a la luz que entraba por una ventana. Los anteojos los tenía colocados casi en la punta de la ancha nariz y las comisuras de la boca le llegaban casi hasta la barbilla; todo su rostro tenía una expresión que habría estado a tono con la Cámara de Los Horrores de Madame Tussaud.

Bill ya había corrido aventuras. El Cap. Blake no se encontraba en la oficina 171, ni en la oficina 346. Bill y su guía atravesaron largos corredores, muy concurridos y

entablados con gastadas tablas. Subieron varios pisos por una escalera de piedra de anchos peldaños. Pasaron al lado de montones de madera vieja en los corredores, ficheros, mesas, sillas destruidas. Por último encontraron al Cap. Blake en la oficina 6 y algo más, en la puerta de la cual se leían las iniciales P. S. M. (Policía Secreta Militar).

Aquí, en una oficina que parecía la pieza de un trabajador, el Cap. Blake le saludó. Llevaba uniforme, y parecía estar a cargo de varios hombres vestidos de civil, que se encontraban sentados escribiendo sobre mesas desnudas, al parecer nada muy secreto.

—Por aquí —le dijo el Cap. Blake, conduciéndole a través de más oficinas—. Cuidado con esas sillas. Estamos haciendo algunos cambios aquí. Sir Henry ha sido trasladado de su antigua oficina y no le gusta mucho que digamos.

—¿Quiere decir que está de malas?

El otro vaciló.

—No, no es eso —dijo mirando a Bill con fijeza—. Sólo que pensé que debía prevenir a usted. Le daré un consejo: cualquier cosa que pase, no nombre la Cámara de los Lores.

No hubo tiempo para preguntar la causa de la antipatía de Henry Merrivale por la Cámara de los Lores. El Cap. Blake abrió la puerta de una desordenada oficina, con dos ventanas que miraban al patio de entrada y detrás del escritorio estaba sentado Sir Henry Merrivale jugando con sus pulgares y mirándoles con fijeza.

—Le estaba esperando —dijo—. Siéntese.

—Gracias, señor.

—¿Quiere un cigarro?

—Gracias; pero prefiero la pipa.

Bill Cartwright estaba preparado para enfrentarse con el mismo demonio si era necesario; pero esto era diferente de lo que se había imaginado. Mientras llenaba la pipa, una atrocidad en la opinión de Mónica, dos ojos como de reptil le miraban por encima de los anteojos.

—Tengo aquí —dijo el bulto con abrigo de alpaca, animándose súbitamente y extendiendo unos papeles sobre el escritorio— una carta suya muy extraña. También tengo lo que usted llama un resumen de acontecimientos. Mire, hijo. —Su voz tuvo un ligero cambio—. ¿Qué es lo que realmente quiere usted?

Bill tragó saliva.

—Creo, que se trata de asesinato. Durante las tres últimas semanas ha habido dos intentos de asesinato en Pineham; uno ejecutado de una manera tan brutal, que sugiere la idea de la obra de un loco, y ambos dirigidos contra la misma persona, una muchacha llamada Mónica. Stanton.

—Uh-huh. ¿Qué más?

—La muchacha no tiene ni un solo enemigo en el mundo; parece no haber ninguna razón para que alguien tenga interés en asesinarla. Quisiera que usted

encontrara el motivo y la prueba necesaria para poner a ese maldito donde le corresponde. Yo no he podido conseguir esa, evidencia; el individuo o es muy inteligente o tiene mucha suerte. Escribe tranquilamente en una pizarra y envía dos cartas de su puño y letra, pero ni aún así lo he podido descubrir. Grita al lado fuera de una ventana, y sin embargo ninguno de nosotros ha podido identificar la voz. Lo que me desconcierta es que estoy casi seguro de saber de quién se trata.

—Uh-huh. ¿Quién cree usted que es?

—Un individuo llamado Kurt von Gagern.

—Uh-huh. ¿Motivos?

—Pero, señor, si le escribí...

—Hum. Pero no se preocupe de eso, hijo. Solamente déme los motivos que tiene. Esta era su oportunidad.

—Si usted me lo permite, quisiera comenzar por el primer incidente, que ocurrió hace exactamente tres semanas. Estaban filmando una escena de una película llamada «Espías del Mar», cuyo escenario era un camarote a bordo de un transatlántico de lujo. Howard Fisk, al parecer por accidente, botó la botella que se encontraba sobre la mesita de noche, la que resultó estar llena de ácido sulfúrico en vez de agua. Se explicó después que este escenario se había reproducido exactamente de fotos del «Brunilda», un transatlántico alemán; el trabajo había sido dirigido por Gagern, que es famoso por el realismo de sus detalles... Sir Henry, ¿ha viajado usted a bordo de un transatlántico de lujo?

—Seguro, hijo. ¿Porqué?

—Bueno —dijo Cartwright—. ¿Vió alguna vez una botella de vidrio en las mesitas de noche? —Luego de una pausa continuó—: No creo que haya visto eso. En los camarotes de lujo, o en cualquier camarote de primera, hay sólo dos clases de botellas. Una es de cristal grueso, que es colocada cuidadosamente de modo que no se caiga en un soporte encima del lavatorio; el otro tipo es de termos, con una cubierta gruesa de baquelita o de cromo, los cuales contienen agua helada para beber. La razón de esto es evidente. Si pusiesen botellas de cristal corriente, cómo las que hay en todas las casas, en las mesitas de noche de los camarotes de los transatlánticos, sería una estupidez: caerían y se destrozarían con el primer movimiento del barco.

»Ninguna compañía de navegación haría eso. Gagern, que dice haber cruzado el Atlántico infinidad de veces, debería saberlo; aún suponiendo que no lo supiese, estaban las fotos del «Brunilda» para demostrárselo. No. Sostengo que la puso allí deliberadamente, sobre una mesa de la cual podía ser derribada con facilidad, e intencionalmente se preocupó de que fuese derribada.

»Lea lo que dice Howard Fisk acerca de eso. Howard dice: «Gagern y yo estábamos conversando; yo iba retrocediendo, cuando él me dijo: ¡Cuidado! Tropecé con la medita de noche...», y así sigue. Otra vez aparece Gagern, ya lo ve.

»Ahora bien, la torpeza de movimientos de Howard es reconocida. Si yo quisiese enredarlo en una conversación, de modo que tropezase y cayese sobre algo, le hago

una apuesta que ni Howard ni nadie sospecharía nunca que lo hice con intención. Eso, señor, es lo que sucedió. Gagern fué el hombre del ácido, lo cual es la clave del asunto; lo juraría así hasta el día de mi muerte, que fué él. Pero lo que no puedo comprender es la razón por la cual lo hizo.

Hizo una pausa, chupando la pipa, que se había apagado.

Bill Cartwright en el Departamento de Guerra, lo mismo que Mónica en el estudio de cine, estaba tan impresionado que casi no notaba las cosas exteriores. Hablaba hasta por los codos, antes que nadie lo fuese a interrumpir. Y estaba seguro de que estaba hablando bien. Si alguna vez en su vida había querido impresionar a alguien, era a esta gente.

A lo largo de todo su discurso, Sir Henry no lo había interrumpido ni una sola vez; un experto jugador de póquer hubiese encontrado que leer en su rostro era una empresa totalmente imposible.

—Bueno —dijo, restregándose las manos en la calva—, eso parece tener lógica. ¿Sabe, hijo? Usted me recuerda a Masters. ¿Algo más?

—Sí. El primer atentado contra Mónica Stanton.

—¿Bueno?

—Usted tiene un resumen de la declaración de ella; verá lo que ella dice. Unos minutos antes que se le acercara el mensajero, para comunicarle que el señor Hackett deseaba verla en el escenario 1882, estaba sentada conversando con Frances Fleur; se avinieron mucho; estaban comenzando una entretenida charla, cuando de pronto Frances parece darse cuenta de algo. Interrumpe la conversación, se pone de pie, se excusa apresuradamente y desaparece. Lo que me pregunto es: ¿por qué? ¿Sabe usted por casualidad algo acerca de Frances Fleur?

—Oh, oh —dijo Sir Henry.

Una expresión de placer vampiresco apareció en su rostro. Se restregó las manos, le lanzó a Bill una mirada llena de impudicia y se acarició el estómago.

—La he visto en películas, hijo. ¡Que me maten, pero qué mujer! —Se dió vuelta en dirección al Cap. Blake—: ¿Se acuerda, Kern, la vez que la vimos en «Popea»? ¿Cuando su esposa la llenó de epítetos durante toda la función y por el resto de la tarde?

—Sí, señor —dijo Bill—. Pero ella no es como Popea.

—¿No?

—No. Lo que Frances pide es sólo sentarse y tomarlo todo con tranquilidad. Es el sueño de todo director; sé queda sentada durante horas, mientras se arreglan las luces o se toman planos. Y todo lo que ella pide es conversar durante las esperas; no se esquivo de nadie; no se sobresalta por nada; no se apura por nada de este mundo. —Hizo una pausa—. Es decir, con excepción de una persona: su marido. Es la única persona en el mundo que puede conseguir todas esas cosas. Llevan casados sólo unos pocos meses; le garantizo que es un amor terrible. Y hacen en público unas cosas que dejan sin habla a los espectadores; ella lo toma con toda naturalidad; él, con una

insaciable seriedad, como si no hubiese visto nunca una mujer antes.

»Lo que Frances vió mientras conversaba con Mónica, puede estar seguro, fué a Gagern llamándola insistentemente. Luego la envió a alguna parte con alguna razón falsa. De otro modo, comprenderá usted que Frances habría estado conversando hasta el día del Juicio Final. Y Gagern tenía que tener a Mónica sola. Tenía que tenerla sola para poder enviarla al otro escenario, para echarle el ácido en el rostro a través del citófono.

Las palabras que estaba diciendo eran graves y Bill Cartwright lo sabía.

Henry Merrivale le dijo con voz dura:

—¿Tiene pruebas de eso, hijo?

—No, señor. Y le diré por qué. Después del asunto del ácido, nosotros seis, Gagern, Frances, Howard Fisk, Tom Hackett, Mónica y yo, nos reunimos para resolver la cuestión averiguando quién lo había hecho. Howard sugirió que hiciésemos un resumen, cada uno, de lo que estábamos haciendo en el momento del accidente.

—¿La coartada?

—Sí. Tom dió cuenta de sus movimientos, aunque no tenía ningún testigo de ellos; lo mismo Howard, quien había estado dando vueltas por ahí; yo dije los míos. Pero cuando le tocó el turno a Gagern, nos dió la función completa del noble ofendido, dijo que era intolerable, que no soportaría mi impertinencia y mis intromisiones por más tiempo. Se negó a dar ninguna cuenta de sus actos y le ordenó a su mujer que hiciese lo mismo. Por supuesto que Frances le obedeció; como resultado de eso, no le he podido sacar una palabra desde entonces.

—Espere un minuto, hijo —le dijo Henry Merrivale.

Parecía molesto por una mosca invisible. Hizo un gesto.

—Hay una cosa que no entiendo bien —continuó—. Supongamos que todo eso sea cierto. Dije: supongamos. ¿Qué es lo que quiere proponerme? ¿Qué es lo que hace usted aquí? Esto le debería corresponder a la policía, ¿no es así? ¿Por qué se dirige a mí?

—Porque —replicó Cartwright— Gagern es un agente de espionaje nazi, y eso puedo probárselo.

Habían llegado al punto álgido. Aunque trató de actuar con toda naturalidad, como correspondía a un candidato a la Policía Secreta Militar, se encontró con que tenía un desalentador nudo en la garganta.

—Continúe, hijo —le alentó Sir Henry.

—Es curioso, señor, comprobar el hecho de las pocas sospechas que despierta un equipo de cine tomando fotografías en cualquier sitio. Supóngase que yo fuese un espía que quisiera tomar fotos, en tiempo de paz, por supuesto, de las defensas navales. Si tratara de deslizarme en mi objetivo con una pequeña cámara, todos los centinelas del lugar estarían persiguiéndome a los dos segundos. Pero podría hacerlo con toda tranquilidad con cinco grandes camiones, dos equipos de grabación de

sonido y las mejores máquinas fotográficas del mundo; hasta los mismos almirantes se pondrían en pose para mí.

»Esto fué lo que hizo Gagern. De alguna misteriosa manera se las arregló para persuadir al Almirantazgo de que le concedieran el permiso para fotografiar en Portsmouth, Gravesend y Scapa Flow, los exteriores para la película «Espías del Mar». Esto fué antes de la guerra, naturalmente. Casi todo lo que fotografió no podría de ninguna manera ser exhibido ahora porque lo requisaría el Ministerio de Información. Pero las fotografías fueron tomadas. Lo que es más, todo fué arreglado por Gagern, aunque ése es normalmente el trabajo del productor, o sea, Tom Hackett. Por último, hay un punto que no supe hasta esta mañana, informado por el mismo Tom Hackett. Se supone que Gagern tenía orden de fotografiar seis mil pies de celuloide de exteriores; pero en realidad tomó ocho mil, de los cuales la mayor parte actualmente ha desaparecido, dejando a todo el estudio en ascuas.

(En la habitación el ambiente había cambiado; Bill Cartwright lo podía sentir).

—Me resta sólo una última cosa que decir, señor, y luego usted puede proceder como le parezca más conveniente. Se lo diré con franqueza: personalmente, estoy más interesado en Mónica Stanton que en cualquier asunto de espionaje. Por más de dos semanas, se ha supuesto que Gagern ha estado en cama, con un ataque de influenza; se dijo que se le había producido por haberse caído al agua mientras dirigía una escena de un submarino. Bueno, no es verdad.

—¿No es verdad?

—No tiene influenza. Está tan sano como usted o yo.

Henry Merrivale abrió un ojo.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

—Porque le he seguido la pista —contestó Bill con satisfacción.

—¿Sí? —dijo Sir Henry pensativamente—. ¿Le ha seguido la pista, ah?

—Sí, señor. No le he quitado de encima a ese caballero un ojo que habría incomodado a Medusa. Él y Frances tienen una florida quinta en el más idílico de los paisajes, y con oscurecimiento o sin él, lo he vigilado. No pretendo que no se me haya escapado una o dos veces, ya que ha podido entregar esas infernales cartas anónimas. Pero en general no ha podido escaparse de la quinta.

—No ha podido escaparse de la quinta —repitió Sir Henry.

—No..., hasta el lunes en la noche. Hacia el fin de la semana, desgraciadamente, aflojé mi vigilancia. Creí que los incidentes no se volverían a repetir, a pesar de que sabía que lo de su enfermedad era falso, ya que lo había sorprendido tratando de salir de la quinta el miércoles recién pasado. Abrió la puerta trasera, y allí estaba yo, sentado en el jardín, fumando mi pipa.

—Es un trabajo realmente bueno, hijo.

—Gracias, señor. Pero desde el momento que aflojé mi vigilancia, se produjo el segundo atentado contra Mónica Stanton. Seré perfectamente justo en lo que sigue. No puedo jurar que fué su voz la que oí afuera de la ventana de Mónica gritando

«luces» en la noche del lunes. Era la voz más extraña y poco humana que he oído en mi vida, disfrazada de manera que podría haber sido tanto de un hombre como de una mujer; pero...

—¿Uh-huh?

—Inmediatamente después que disparó el tiro, salí corriendo con una linterna detrás de ese cerdo. Afuera estaba negro como tinta, pero le oí correr. Desgraciadamente le perdí la pista porque me llevaba mucha ventaja. Pero por lo menos tuve la satisfacción de perseguirlo hasta dentro del lago.

—¿Quiere decir que cayó en el agua de nuevo?

Bill Cartwright rió entre dientes.

—Bueno, no podría jurar que fué Gagern, porque no le alcancé a ver; pero, a juzgar por la magnitud de la zambullida, se dió un remojón que valía la pena de ver. Me alegro de comunicarle también que fué hacia el lado sur del lago, donde hay bastante nata sobre el agua. Se arrastró hasta la orilla y escapó.

»Ahora, señor —continuó Bill, de un modo más serio y conveniente—, lo principal es que no tengo idea de cuáles son las intenciones del individuo. Sé que es un agente de espionaje: creo haberle probado eso. Sé, además, que es responsable de los atentados contra Mónica. Pero, ¿por qué?

»No he podido probar nada por medio de su escritura; quiero decir que uno no puede acercarse sencillamente a alguien y decirle: «Déme una muestra de su escritura». Y maneras más sutiles de obtenerla son más difíciles en teoría que en la vida real. No puedo probar nada por medio de su voz. El ácido sulfúrico fué vertido a través del citófono usando una botella de cerveza que yo encontré más tarde en el segundo piso de la casa del médico; pero no tenía huellas digitales, porque Gagern llevaba guantes. La bala fué disparada con un revólver del calibre 38, pero no he podido encontrar el revólver.

»Por otra parte, no puedo dejar de sentir un modesto orgullo por mis deducciones, las cuales están corroboradas hasta el último detalle por los hechos. Créame que aprecio altamente las palabras de alabanza que usted ha tenido para conmigo. Si he sido de alguna utilidad para su Departamento...

Hizo una pausa.

Henry Merrivale había cerrado ambos ojos.

—Escuche, hijo —le dijo Sir Henry con un amable y poderoso susurro—. Ya no estoy enojado... Me encuentro en un estado de tranquilidad y calma. Pero antes que siga adelante, permítame preguntarle algo. ¿Sabe por qué le pedí que viniese aquí?

—No.

—¿No se le ocurre nada?

—Bueno, pensé...

Henry Merrivale le hizo una seña al Cap. Blake, el cual se dirigió hacia la puerta, la abrió y llamó a alguien.

—Porque parecía no haber ninguna manera legal de detenerlo a usted —dijo Sir

Henry—. Quiero que conozca a un individuo, de nombre Kurt von Gagern, el mismo tipo de que usted ha estado hablando. Su verdadero nombre es Joe Collins. Es uno de mis hombres. Entre, Joe; tome asiento; ¿quiere un cigarro?

IX

Henry Merrivale se puso de pie. Su busto, adornado con una gran cadena de oro que le cruzaba el chaleco, se inclinaba esplendoroso hacia adelante, como el mascarón de proa de una nave de guerra; se puso los puños sobre las caderas. Su expresión, más que de ira, era de una especie de temor.

—¿Sabe, hijo? —exclamó—. Tómelo con calma. Sus ingeniosas ideas me han estado dando más trabajo que todo el Servicio Secreto alemán. Joe dice que usted es sincero; yo también lo creo. Pero le arrancaré las orejas si dice una palabra sobre nuestra entrevista. Mas prefiero tomarme ese riesgo antes que tenerle a usted correteando a Joe por todo el paisaje cada vez que éste trate de hacer algún trabajo... Venga, Joe. Acérquese.

Joe Collins, alias Kurt Gagern, le dirigió una indescifrable mirada a Bill.

En su modo había el mismo tono curioso de exasperación que ya había notado antes. También algo de embarazo, vacilación e incluso disgusto. Iba vestido cuidadosamente, con un traje de franela azul, con una elegante corbata. Se había compenetrado tanto con su papel, que incluso aquí no se olvidó de inclinar la cabeza y juntar los talones, antes de colocar su sombrero encima de la mesa. Su rostro más bien agradable estaba cuidadosamente afeitado, aunque la nariz se notaba algo rojiza.

—Todo está bien, Joe —le dijo Sir Henry con suavidad—. Tome asiento y tranquilícese. ¿Cómo se siente hoy?

—Estoy enfriado —dijo Gagern sombríamente.

Esta extraña declaración les dejó confundidos; lo que quería decir era que estaba resfriado.

Henry Merrivale se volvió hacia Bill.

—Mire —le dijo—, quiero que se quite de la cabeza, de una vez por todas, la idea de que Joe tuvo algo que ver con el asunto del ácido o el del disparo a través de la ventana. No tuvo nada que ver con eso. La razón por la cual no pudo dar cuenta de sus actos a la hora del accidente del ácido fué que estaba hablando conmigo por teléfono.

Bill lo miró con expresión estúpida; estaba comenzando a sentirse ligeramente enfermo.

—¿Hablando con usted? ¿Acerca del ácido, quiere decir?

—¿Del ácido? ¡Por Dios, no! Acerca de las películas perdidas. Usted está obsesionado por ese ácido, hijo. Permítame que le pregunte algo: ¿Usted me dijo que sólo esta mañana le contó este individuo Hackett acerca de la pérdida del rollo de Portsmouth y Scapa Flow?

—Sí, eso es.

Sir Henry hizo un gesto.

—Esas eran unas noticias muy antiguas, hijo —le dijo con una voz rara—. El robo de las películas ocurrió al mismo tiempo que lo del ácido. Joe se dió cuenta de que habían desaparecido; ésa fué la causa de que apareciese un poco preocupado y no muy preocupado del ácido. Por eso me telefoneó. Gran parte de la película no tiene mayor importancia; pero hay unos cien pies de ella que sería desastroso que llegasen a asomarse a Alemania. Con ellas, un submarino podría deslizarse en medio de nuestra flota y no dejar títere, con cabeza.

Henry Merrivale estaba verdaderamente preocupado; depositó de nuevo su pesada humanidad en la silla; cogió una lapicera y la mascó como si fuese la punta de un cigarro.

—Ahora —dijo— ya lo sabe todo. Confío en su palabra de honor que no dirá una palabra sobre quién es Joe y sobre lo que está haciendo. Por Jo demás, si la esposa de Joe se entera de que no es un barón alemán, ahí sí que habrá lío de verdad.

Bill se restregó la frente.

—Tom Hackett nunca me dijo nada...

—No —le contestó Gagern con frialdad—, ¿por qué iba a decirle? Después de todo, esto no tenía nada que ver con usted.

La verdad de este hecho sólo sirvió para irritar más a Bill. Gagern estaba sentado en la punta de su silla, con la nariz rojiza destacándose sobre su rostro de facciones regulares y con los ojos lacrimosos.

—Por favor, trate de comprenderme, señor Cartwright —continuó—. Yo no estaba de acuerdo con Sir Henry en enterarle a usted de esto, pero parecía no haber otra solución; no deseaba ser estorbado más de lo necesario.

—Mis excusas en toda la línea —contestó Bill, poniéndose de pie; sentía una fuerte opresión en el pecho—. Parece que he hecho el ridículo. —Miró a Gagern—. ¿De modo que fué a usted a quien perseguí hasta el lago el lunes por la noche?

—Así es —respondió Gagern con voz acatarrada.

—¿Pero después de todo resulta que usted era pura farsa?

Gagern se puso tan blanco como el cuello de su camisa.

—Si quiere llamarlo de esa manera, así es.

—¿No es un barón alemán?

—No; ni tampoco alemán. Sir Henry conoció a mis padres; pero fui criado por una institutriz alemana; soy bilingüe.

—¿Y qué hay de su gran reputación como director de la UFA? ¿Es eso un mito también?

Gagern lo miró con fijeza.

—Fui durante algunos meses fotógrafo en la UFA. La vida ha sido rara vez propicia para conmigo, señor Cartwright, o feliz.

Hubo algo en la manera en que dijo esto que debilitó súbitamente el desagrado

que Bill sentía por él.

—Escúcheme, señor Cartwright —continuó, con tal sinceridad que Bill se estremeció—. Hace un año yo no tenía nada; acababa de volver de andar vagando por todo el mundo, sin dinero y enfermo. Resolví que eso acabaría. De modo que me bauticé como el barón von Gagern, un director de cine alemán. Conocí al señor Thomas Hackett y le convencí de que yo era el hombre que necesitaba. Si yo hubiese sido Joseph Collins, se habría reído de mí. Usted puede decir si mi labor como director ha sido eficiente o no.

—¡Está bien! Yo solamente...

—Otro año y habría sido, y quizás aún pueda serlo, el mejor director de Inglaterra. No es vanidad, sino la verdad, y usted lo sabe. Tenía una casa agradable, estaba casado y enamorado de mi esposa. Quiera Dios que nunca se enamore tanto de una mujer como yo de Frances. Y hace un año ella no me habría ni siquiera mirado.

Hizo una pausa y se mordió los labios.

A pesar de la fuerza de sus palabras, estaba tratando de hablar sin emoción.

—A mediados de agosto resultaba evidente para cualquiera que conociese la mentalidad y el carácter nazis, que la guerra era inevitable. Se lo dije así a mi esposa. Yo habría podido continuar siendo lo que era y quien era. Nadie conocía mi verdadera identidad. En cambio le ofrecí mis servicios a Sir Henry en caso de que estallara la guerra, sabiendo que arriesgaba lo que ahora está en juego. Si usted no guarda mi secreto, estoy acabado. Pero hice esto porque hace veintitrés años fui agente secreto británico en Alemania: estoy orgulloso de decir que uno de los mejores. El nuestro es un trabajo humilde y quizás usted dirá que es sucio. En este país no se otorgan condecoraciones por él, ni nosotros las esperamos. Pero en Francia, farsante o no, tengo derecho a lucir la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Bill inclinó la cabeza levemente. Era imposible no sentirse contagiado de la cortesía de su trato.

—No se preocupe por mí —le contestó—. Guardaré su secreto. Pero explíqueme una cosa: ¿por qué diablos puso la botella llena de ácido sulfúrico en el escenario del «Brunilda»?

—No la puse yo.

—Pero...

Gagern le indicó con la cabeza los papeles sobre el escritorio de Henry Merrivale.

—He leído su reconstrucción. Admiré la lógica de ella, aun cuando le maldecía a usted. La respuesta es que originalmente el escenario estaba arreglado exactamente como era en las fotografías; fué alterado posteriormente por Howard Fisk, el cual dió después vuelta la botella; yo estaba a más de dos metros de él cuando esto sucedió, como lo puede atestiguar cualquiera de los presentes. Pensé que lo mejor era guardar silencio y ver lo que sucedía.

Levantó una mano en un gesto de protesta. Los músculos de su rostro delgado y aristocrático se contrajeron. Sacó un pañuelo y se secó la humedad de los ojos.

—Un momento; no es que realmente sospeche de Fisk. ¡Eso es lo malo, Dios mío, que no sé de quién sospechar! Esto es peor que el problema de Bressman en Zurich en 1916. Aparentemente, como usted dice, sólo estábamos nosotros seis allí dentro. No es sólo una la interrogante que hay que plantearse sino que una docena de ellas. Estas son: a) ¿Quién robó la película?; b) ¿Quién puso el ácido en la botella de agua y por qué?; c) ¿Quién atentó dos veces contra la vida de la señorita Mónica Stanton y por qué?; d) ¿Cuál es la razón del odio personal contra la señorita Stanton?; e) ¿Están relacionadas todas estas cosas entre sí?; y f) Si lo están, ¿en qué forma?

Hubo un silencio.

—Bueno, les deseo suerte —dijo Bill—. Ahora, si me perdonan.

—No —gruñó Henry Merrivale.

Su rostro tenía una expresión de amargo regocijo.

—¿Se siente molesto? —preguntó—. ¿Una quemante sensación de humillación lo hace desear desaparecer de nuestra vista? No, hijo. Esa reconstrucción suya de los hechos era un trabajo nada de malo, salvo que se había equivocado de individuo... Tome asiento y olvídense de eso. Puede que nos sirva usted bastante. ¿Se le ocurre algo?

—No, señor. ¿Pero puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto, hijo. Adelante.

Bill se volvió hacia Gagern.

—Bueno, ¿se le ocurre a usted algo? Dentro de la ceguera de mi equivocación, creía que le tenía atrapado a usted. Si Sir Henry responde por usted durante el tiempo que sucedió el accidente del escenario 1882, eso me basta. Pero por lo menos antes estaba tranquilo y podía cuidar de Mónica sabiendo en qué dirección estaba el peligro. Pero ahora no lo sé; ella está aquí abajo en este momento, a salvo supongo en el Departamento de Guerra. Pero insiste en permanecer en Pineham y eso terminará por volverme loco. ¿De qué cree usted, que debería cuidarse? Por ejemplo, ¿qué hacía usted el lunes por la noche en la orilla del lago?

Gagern colocó su mano derecha sobre el escritorio y apretó los dedos como si estuviese marcando sus impresiones digitales.

—Si por lo menos —dijo pensativamente— no fuese ninguno de nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso de que no fuese ninguno de nosotros?

—Quiero decir —respondió Gagern, dando un golpe sobre la mesa— de nosotros seis. En eso es lo que tropiezo cada vez. Tan pronto puedo sospechar de usted como de Hackett o Fisk o de mi misma esposa. Aparentemente, tiene que ser uno de nosotros. Respecto a lo que estaba haciendo cerca del edificio viejo el lunes por la noche...

Se detuvo y miró inquisitivamente a Henry Merrivale.

—Está bien, hijo —contestó este—. Cuénteles. Joe ha estado vigilando a una fulana llamada Tilly Parsons.

Si la silla giratoria de Henry Merrivale se hubiese elevado hasta el techo

prescindiendo de la ley de gravedad, y vuelto a caer con todo su peso sobre la cabeza de Bill Cartwright, no habría podido quedar más sorprendido. En sus libros siempre había practicado la teoría que el criminal era la persona menos esperada; encontraba que la parte más entretenida del asunto, al menos así lo creía, era el asombro del lector al serle revelado el misterio.

Pero a él le sorprendió en otro sentido; era increíble; era sencillamente fantástico.

—¿Tilly Parsons? —gritó—. ¿Por qué?

—Porque no es Tilly Parsons —contestó Gagern—. Por lo menos no creo que sea la Tilly Parsons que conocí en una fiesta en Hollywood. Sólo la he visto de lejos, pero podría jurar que no es ella. Por supuesto que hemos cableografiado a la Jewell Pictures de Hollywood.

—¿Y qué contestaron?

—No han contestado aún.

Bill hizo una serie de gestos.

—Pero si Tilly ni siquiera estaba todavía en Inglaterra cuando... Bueno, ¡cuando la primera de estas cosas ocurrió!

—Ese es el problema —admitió Gagern—, no estaba en Inglaterra y ciertamente no estaba en el estudio número tres en la tarde del 23 de agosto; al parecer, no pudo haber robado la película, cambiado el agua de la botella ni echado el ácido al rostro de la señorita Mónica Stanton. No digo que sea una espía ni un posible asesino. Sólo digo que es un fraude.

Los ojos rojizos de Gagern miraron a Bill con fijeza; con la mano, una mano de dedos largos y finos, dió unos golpecitos sobre la mesa.

—Permítame, sin embargo, hacerle una pregunta, señor Cartwright. Los dos oímos la voz que gritaba «luces» bajo la ventana de la señorita Stanton el lunes por la noche, cuando esa señorita le escapó a la muerte por una fracción de centímetro; la oí quizás mejor que usted debido al grueso de las murallas, las cortinas y vidrios que había entre usted y el exterior.

—¿Bien?

—¿Dónde estaba Tilly Parsons en esos momentos?

—En su oficina.

Bill Cartwright comenzó a sentir una extraña sensación.

—¿Cómo lo sabe? ¿La vió usted? —preguntó Gagern.

—No la vi hasta después del disparo.

—¿Cuánto rato después?

—No creo que lo recuerde.

—¿Podría ella, Supongamos, haberse deslizado fuera por la ventana de su oficina, habiendo primero apagado las luces para no ser vista desde el exterior, haber llamado a la señorita Stanton, golpeado en la ventaba, disparado el tiro y entrado de nuevo en la oficina sin ser vista?

—Físicamente podría haber sido posible, sí.

—¿Estaba cerrada la puerta entre la oficina de ella y la de la señorita Stanton?

—Sí.

—Ahora piense durante un segundo, señor Cartwright, y dígame si la voz al pie de la ventana no le era familiar.

—Era la voz de Tilly.

Durante dos días se había atormentado tratando de recordar a quién pertenecía aquella voz, la nota ronca semidisimulada en ella; el tono bronco, que tanto podría haber sido de un hombre como de una mujer. Era la voz de Tilly.

—Otra cosa. Usted le dice a Sir Henry en su carta que la señorita Stanton ha estado recibiendo cartas anónimas. ¿Cómo le llegaban estas cartas?

—Por mano al Merefield Country Club.

—Bueno, eso es interesante. ¿Tilly Parsons vive también en el Merefield Country Club?

—Sí. En la habitación contigua a... —Bill se detuvo. Como una ola le invadieron la incredulidad y la ira; y estalló—. ¡No puedo creerlo! —dijo.

—¿Por qué? ¿Porque la encuentra simpática? —preguntó Gagern. Su rostro estaba lleno de cinismo, en sus ojos había una expresión irónica—. He descubierto que, por lo general, eso no es prueba de honradez. Pero, en todo caso, no digo que sea así. Estoy convencido de que una persona, y sólo una, está detrás de todo esto; y esta mujer no puede estar mezclada en la primera parte de ello. Puede también que esté implicada sin saberlo ella. Solamente digo que sería necesario vigilarla. ¿Qué le parece a usted, Sir Henry?

Durante todo el tiempo Henry Merrivale había estado mascando la lapicera con gesto soñoliento y emitiendo ruidos.

—Digo —repitió con testarudez— que todo lo que a mí me interesa son esas películas perdidas. —Se enderezó y les dijo con rabia—: ¿Creen que no tengo nada de trabajo que hacer? ¿Creen que puedo pasarme todo el día haciendo adivinanzas sobre sus crímenes, cuando lo único que quiero son esas películas? Explíquenme algo bien claro. ¿Dicen que las películas fueron robadas al mismo tiempo que el asunto ese del ácido?

—No. Sólo le dije que descubrí el robo al mismo tiempo que lo del ácido.

—Uh-huh. ¿El ácido se guardaba en el estudio número tres, antes que fuese robado, quiero decir?

—Sí.

—¿Pero las películas no estaban allí, supongo?

—No. Se guardaban en la Librería, que es una sala grande, cerca del laboratorio de desarrollo, en el ala del este del edificio central.

—¿Cuándo, exactamente, supo usted de la desaparición?

—A eso de las cinco de la tarde, Roger Baker me telefoneó desde la Librería al estudio tres y me lo dijo. Me fui derecho a la Librería, y por eso nadie pudo encontrarme. Me enteré de que era verdad. Volví al estudio tres a las cinco y cinco

minutos; Tom Hackett estaba en la puerta, registrando a todos los que salían, en busca del ácido. Me fui derecho al teléfono y le llamé a usted; y estábamos todavía hablando, cuando oí destrozarse una ventana, a las cinco más diez minutos. No le dije nada a Hackett de la pérdida de la película hasta después. Estaba ya demasiado nervioso.

—¿Quién tiene acceso a esta Librería?

—Nadie. La compartimos con Radiant Pictures y S.A.G.

Sir Henry lo miró con curiosidad.

—Son un poco descuidados por esos lados, ¿no es así, hijo?

—Desgraciadamente, así es.

—Bueno —dijo Sir Henry—. Sólo les digo una cosa: vayan y encuentren esas películas. No me importa un rábano todo el resto del asunto. Ahora desvanézcense y déjenme trabajar. Sólo que... —Su rostro se suavizó. Sus ojos pequeños, agudos y desconcertantes se clavaron en Bill Cartwright—. ¿Era la voz de ella, hijo? —le preguntó suavemente.

—¿La voz de quién?

—¿Era la voz de Tilly Parsons la que oyó afuera de la ventana cuando le dispararon el tiro a la muchacha?

—No estoy seguro —contestó Bill—. Creo que sí.

Después de un silencio, Bill se volvió hacia Gagern.

—Mónica está abajo en este momento; le sugiero que vayamos a tomarnos un trago y acordemos algo sobre esto. No puedo convencerme de que sea Tilly Parsons, de toda la gente, la que esté metida en este asunto. Pero si es verdad, Mónica debería saberlo.

—A sus órdenes —respondió Gagern.

El capitán Blake les condujo afuera. Lo último que vieron, antes de cerrarse la puerta, fué a Henry Merrivale sentado como un impasible ídolo, hecho un bulto detrás del escritorio, y los dos tuvieron la sensación de que éste decía menos de lo que sabía. Salieron del Departamento de Guerra por caminos diferentes de los cuales por donde habían entrado, yendo a dar a una calle paralela a la de Los Guardias Montados, de modo que tuvieron que dar toda la vuelta a la manzana para llegar nuevamente a la entrada principal. Cuando llegaron a ella, el reloj Big Ben estaba dando las tres y media de la tarde, hecho que más tarde cobró importancia.

Mónica no estaba en la antesala.

Comenzaron a buscarla, empujando a la multitud; seguían buscando desesperadamente, cuando uno de los empleados se compadeció de ellos. Bill le explicó rápidamente lo que les acontecía.

—¿La señorita, señor? —le preguntó—. Oh, se fué; salió de aquí apenas usted subió.

En la pequeña oficina que daba al patio, que paulatinamente se oscurecía, Sir Henry seguía sentado en su escritorio con aire pensativo; las aletas de su nariz

parecían haber adquirido un rictus permanente, como si le llegase el olor de un huevo descompuesto.

El Capitán Blake cerró la puerta, se sentó en el borde del escritorio y le miró.

—Sir Henry —le dijo—. ¿Qué le parece?

—¿Eh?

—Dije —le repitió su compañero— qué le parece el asunto.

—Estaba pensando —dijo Sir Henry mirando a través de la ventana, hacia el patio—. ¿Sabe, Kern? Ya no estaré aquí por mucho tiempo más.

—¡Tonterías! —le contestó su interlocutor secamente.

—Es la verdad; ésta es una guerra de hombres jóvenes, Kern. Ya no cantan el «Tipperary»^[4]. ¿Sabía usted que estoy casi en los setenta?

—¡Bah!

—No, Kern, lo digo en serio esta vez. Me extraña que esto haya durado tanto; pero en una semana o dos conseguiré mis papeles de jubilación. ¿Y después? Le diré: los desalmados del Gobierno me mandarán derecho a la Cámara de los Lores...

—Pero mire, Sir Henry —le interrumpió Kern Blake—. No veo la razón por la cual eso le asusta tanto; hace tiempo que Masters me está contando lo que usted dice de que traicioneramente lo están empujando a la Cámara de los Lores. ¿Pero por qué? Después de todo no es obligación aceptar...

Henry Merrivale le miró con un ojo burlón.

—¡Oh, hijo! Usted está casado, ¿no es así?

—Hum —contestó el otro.

—Sí; además de eso, yo tengo dos hijas en edad de casarse. Lo que sucedería en mi casa si rehúso un asiento en la Cámara de los Lores, es algo que no me atrevo ni a pensar, Kern. Me hace despertar bañado en sudor helado por las noches cuando sueño con ello.

Reflexionó un instante.

—Le diré lo que voy a hacer, Kern —declaró con aire serio—. Si tratan de hacerme una jugada como ésa, le diré lo que voy a hacer; me iré al este y me entraré a un monasterio de monjes trapenses.

—¡No sea loco!

—Lo digo con seriedad, hijo. Tienen unos votos que no me disgustan en absoluto: «Castidad, pobreza y silencio». Nunca fui muy devoto de la castidad o de la pobreza; pero el silencio, que me maten si no es algo que me encanta. Además...

—¿Además qué?

Sir Henry se estremeció. Miró la lapicera que tenía en la mano.

—Bien, Kern —murmuró con aire de incomodidad—. Lo que quiero decir es que estoy envejeciendo; cuando uno tiene setenta años y sabe que no le quedan muchos más...

Su compañero estaba estupefacto. De todas las cosas que se le habían metido en la cabeza a Henry Merrivale, y el número de ellas era enorme, nunca había tocado el

punto de la muerte.

—Termine con eso —le dijo el Capitán Blake con brusquedad.

Sir Henry continuó meneando la cabeza.

—Bueno, Kern, usted no sabe...

—Le dije que terminara con eso; ya sé exactamente qué es lo que anda mal con usted. En primer lugar, no piensan en dejarlo que se retire; incluso, si eso pasa, usted sigue siendo más inteligente que todos ellos puestos juntos.

—Eso es lo que usted cree.

—En segundo lugar, usted almorzó hoy día con el Secretario de la Cámara, y eso es fatal para usted; en tercer lugar —miró a Sir Henry con fijeza—, usted dejaría que le cortaran las orejas con tal de poder ir a Pineham y averiguar qué es lo que pasa en realidad en ese estudio de cine.

Sir Henry le miró.

—Esa es la razón —continuó el Capitán Blake— por la cual le pregunté hace un instante: ¿Que le parece el asunto?

—No lo sé.

—Sir Henry, eso no le servirá de nada; hace años que le conozco. Tendrá que contármelo. Este tipo Gagern, o Collins, por ejemplo...

—¿Joe? ¿Qué pasa con él?

—Bueno, ¿es él la clave del asunto? ¿Cree que es Gagern el ladrón de las películas, y le está dando carta blanca para poder agarrarlo luego?

Henry Merrivale movió la cabeza.

—No, hijo. Joe es totalmente de fiar. No estaba pensando en eso. Es tan espía como yo o usted. Sólo que...

—¿Sólo qué?

Sir Henry indicó la masa de papeles que había encima de su escritorio, hundió las manos entre ellos y los lanzó al aire, como un gallo escarbando en un jardín.

—Es un lío —exclamó—, eso es lo que es; huele a confusión desde lejos. Si alguna vez hubo un caso complicado para venir a dar a mi escritorio, aquí está. ¿Ha leído alguno de estos testimonios?

—No.

—Déles una ojeada. A esto y a esto. —Los papeles volaron—. ¿Sabe, Kern? Dudo de que ninguno de esos de allá del estudio tengan una idea aproximada de lo que realmente está sucediendo; lo cual, si mis ideas están en lo cierto, es inmundito; anormalmente inmundito. Sólo espero que este individuo Cartwright tenga a la muchacha esa sana y salva. Porque el que está detrás de todo esto ha dejado de bromear, Kern; la próxima vez será asesinato; asesinato sin vacilaciones y sin errar el golpe.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

Sir Henry no habló durante un rato. Se echó atrás en su silla, girando los pulgares, con la vista fija en la puerta. Las últimas luces de la tarde penetraban por la ventana.

Por último movió la cabeza, se enderezó y cogió el teléfono.
—Déme con Scotland Yard —pidió.

X

Eran cerca de las tres cuando Mónica Stanton abandonó el Departamento de Guerra.

Una vez más debemos decir la verdad. En ese momento no tenía ninguna intención de volver a Pineham; no estaba en humor de trabajar. Lo que pensaba era, primero, dirigirse a Bond Street y comprar una cantidad de vestidos nuevos como bálsamo para su alma enfurecida; en segundo lugar, ir al Café Royal y dejarse abordar por el primer hombre atractivo que encontrase.

Por qué pensó en el Café Royal, sería algo difícil de explicar. La misma Lady Astor se habría visto en dificultades para encontrarle algo de perverso al inocente y sin duda ejemplar lugar. Pero Mónica recordaba que su tía Flossie había hablado una vez de él con palabras no muy claras; y por lo menos se encuentra allí una clase de gente que tiene decencia, lo que no sucedería si uno se dirige al Soho.

«Eh», se dijo a sí misma Mónica, llena de furia.

En otras palabras, había llegado al estado de ánimo en el cual una muchacha, por muy buen carácter que tenga, no debe ser dejada sola.

Alquiló un taxi en Whitehall. Por supuesto que Bill Cartwright lo había hecho intencionalmente, para humillarla. Todo el tiempo había sabido que no le permitirían a ella entrar al Departamento de Guerra.

Su mente imaginaba con odio a Bill en esos momentos. Estaría sentado en una oficina toda de caoba y con mullidas alfombras, con bustos de bronce sobre los armarios, frente a una chimenea encendida. Estaría bebiendo un *whisky* con soda (ella, cuando llegara al Café Royal, iba a ordenar un ajeno) y escuchando una emocionante anécdota del Servicio Secreto, que se la contaba un hombre alto de cabellos grises y voz profunda, sentado en un sillón de espaldas a la chimenea.

Todo entusiasta del cine sabe que ésa es la verdadera imagen del Servicio Secreto, y Mónica la construyó con lujo de detalles.

Por unos instantes pensó golpear el vidrio y decirle al conductor que la llevase a algún lugar verdaderamente bajo. Había oído que los conductores de taxi sabían sobre estas cosas; pero no lo hizo. Y esto no se debió a la educación impartida por el Rev. Stanton, sino que a un incómodo presentimiento de que las tres de la tarde no era la hora más apropiada para ello. No era romántico; lo que ella deseaba eran luces suaves, sillones de felpa y una atmósfera sensual.

¿Y Bill Cartwright?

En Pineham, por ejemplo...

En este momento, al volver su pensamiento a Pineham por la primera vez en muchas horas, se sentó con un sentimiento de horror. Era miércoles por la tarde.

Hacía días, incluso semanas, que tenía un compromiso para este miércoles por la tarde. Hacía días, incluso semanas, que se había comprometido para encontrarse con Hackett y Fisk en su oficina, para mostrarles todo lo que había escrito del guión que tenía encomendado. Había hablado sobre eso con Fisk el lunes por la noche; el recuerdo de esto la llenó de pánico. Bajo las traicioneras lisonjas de Bill Cartwright y la deslumbrante gloria del Servicio Secreto, se había olvidado completamente de ello.

Mónica levantó el cristal que la separaba del conductor.

—Estación de Marylebone, rápido —le dijo.

Por supuesto que no había ningún tren hasta las cuatro y quince.

Mónica se paseó por el andén. Pasó tantas veces por delante del puesto de revistas, que se preguntó si el dueño pensaría que quería robarse alguna. Mientras las manecillas del reloj se arrastraban desde las tres hasta las tres y treinta, se imaginó a los señores Hackett y Fisk sentados en Pineham con los relojes en la mano, enojándose más y más y decidiendo por último despedirla.

Tomó una taza de té en el restaurante de la estación; se pesó; por último se acordó de que la caja victoriana de cuero rojo en su oficina estaba vacía, y (un hecho que más tarde sería de la mayor importancia) compró cigarrillos.

Mónica compró una caja de cincuenta cigarrillos marca Players en la cigarrería de la estación, y, sin abrirla, la guardó en su cartera.

Las tres y treinta. Las tres y cuarenta y cinco; se trepó al tren apenas lo colocaron; pasaron diez mortales minutos más antes que éste partiese, y a las cinco de la tarde se bajaba en la solitaria y helada estación de Pineham, con el corazón oprimido.

—La puntualidad —le había dicho una vez Thomas Hackett— ha sido llamada la educación de los reyes; y es más que eso: es la única manera de hacer negocios. Pues bien, yo soy siempre puntual y no puedo tolerar la impuntualidad en otra gente. Cuando eso sucede...

El taxi que corrientemente le lleva a uno a Pineham Estudios había desaparecido. Mónica echó a andar por el sendero a través de los prados.

Cuando llegó a la vista de los edificios, ya iba corriendo; calculó que la manera más corta de llegar al Edificio Viejo era pasando por detrás del edificio principal y atravesando el prado; iba corriendo por este camino, que tenía a los edificios de filmación a la izquierda y una línea de un trencito a la derecha, cuando bruscamente resolvió uno de los pequeños misterios que la habían estado preocupando desde el comienzo.

Sobre la línea del trencito se hallaba sentado un venerable anciano, con patillas grises y un sombrero de copa; llevaba el traje rojo y dorado de la corte en los primeros años del siglo pasado y fumaba una pipa; a su lado se encontraba el Arzobispo de Canterbury, leyendo el «Daily Express»; tres o cuatro oficiales de los Guardias Escoceses estaban a una respetuosa distancia de ellos y de otros dos hombres que estaban de pie en medio del camino.

Uno era un hombre gordo con un cigarro y el otro un joven con anteojos y un

acento ultrarrefinado.

—Mire —decía el hombre gordo—. No me pueden hacer esto. ¿Qué quiere decir con eso de que no podemos filmar la batalla de Waterloo? ¡Tenemos que filmar la batalla de Waterloo! ¡Es todo lo que necesitamos para terminar la película!

—Lo siento, señor Aaronson, pero me temo que va a ser imposible; el ejército inglés ha sido llamado a las filas.

—Todavía no le entiendo. ¿Qué quiere decir con eso?

—El ejército inglés estaba compuesto de soldados de verdad, señor Aaronson. Han sido llamados para el servicio activo.

—¿Y qué pasa con el ejército Frances?

—El ejército Frances se ha enlistado para la Defensa Civil, señor Aaronson. Napoleón es ahora un guarda de bombardeos.

—¡Bueno, pero qué diablos, tenemos que hacer algo! Consígase extras que lo hagan.

—Sería difícil entrenarlos en tan poco tiempo, señor Aaronson.

—No quiero que estén entrenados; sólo quiero que hagan la batalla de Waterloo. Espere un minuto; tengo una idea: ¿qué le parece si terminamos la película y no ponemos nada de la batalla de Waterloo?

—Creo que sería imposible, señor Aaronson.

—Mire, así es como lo haremos —dijo el gordo—. Lo hacemos simbólicamente, ¿comprende? El Duque de Wellington está tendido herido en su lecho de campaña, ¿comprende? Oye los cañones: ¡Biff! ¡Bam!

—Sí, señor Aaronson.

—Las lágrimas le corren por el rostro, ¿comprende? Dice: «Allí están esos bravos muchachos luchando y yo no les puedo ayudar». Quizás en medio de su delirio tenga una visión del futuro, ¿comprende? ¡Esto será terriblemente artístico! El Duque de Wellington...

Mónica Stanton se detuvo estupefacta.

Oyó sólo en parte las inspiradas palabras del gordo, ya que no le vió sino en conexión con otra persona. A lo largo del sendero venía el mensajero Jimmy, que cuidaba la entrada del escenario número tres. Había terminado su trabajo y comía una barra de chocolate. Mónica recordaba ahora dónde le había visto antes.

Le detuvo y le condujo a un rincón.

—Jim —le dijo.

—¿Sí, señorita?

—Jimmy, ¿sabes mi nombre?

—Claro, señorita. Usted es la señorita Stanton.

—Sí. Jimmy; ¿pero cómo lo supiste hace tres semanas, cuando vine aquí por primera vez? Se suponía que le debías dar aquel recado a la señora que había entrado con el señor Cartwright; eso era lo que decía en la pizarra; ¿cómo sabías que yo era la señora que había entrado con el señor Cartwright?

—Porque la vi entrar en el estudio con el señor Cartwright, señorita.

—No, Jim, no me viste.

—¿Señorita?

—No estabas en el estudio en ese momento; ya sé dónde te vi; cuando el señor Cartwright y yo entramos en el edificio principal, tú venías saliendo del restaurante, comiendo una barra de chocolate.

—No sé qué es lo que quiere decir, señorita. Se lo juro que no.

—Sí que lo sabes. Ya me acuerdo; tú no nos viste, porque estabas de espaldas a nosotros y en ese momento entramos en el estudio número tres. ¿De modo que cómo supiste que yo era la señora que había entrado con el señor Cartwright, y cómo supiste cuál era mi nombre?

—Le juro, señorita.

Jimmy levantó las manos al cielo con un gesto tan apasionado que la barra de chocolate saltó lejos. La miró con aire de consternación, se agachó y le quitó el polvo. Esto, pensó, era la injusticia misma; traer a colación algo que había sucedido hacía tres semanas, que estaba a la distancia de tres mil años en el nebuloso pasado y que él ya había olvidado; era la típica jugarreta que los adultos siempre le están jugando a uno.

—Jimmy, no te voy a acusar —le dijo Mónica—. Sé que no tienes permiso para abandonar la puerta del estudio, pero no te voy a acusar.

—Ya le dije al señor Cartwright al día siguiente...

—No te preocupes de lo que le dijiste al señor Cartwright. Vamos, Jimmy, dímelo; no te voy a acusar.

—¿Me lo jura?

—Te lo juro.

—Bueno —dijo Jimmy, limpiando una punta del chocolate—. Le pregunté a la señorita Fleur. Le prometo, señorita, que iba a volver en un minuto; cuando lo hice, allí estaba el mensaje en la pizarra, ¿y cómo iba a saber quién era usted? De modo que le pregunté a la señorita Fleur; la encontré cerca del escenario 1882 y le pregunté; ella estaba bebiendo cerveza.

—¿Estaba bebiendo qué?

—Bueno, tenía una botella de cerveza en la mano —se defendió Jimmy— y tenía un aspecto raro. Le pregunté a Corky O'Brien si creía que ella era una bebedora a escondidas; me contestó que le parecía que tomaba drogas, más bien. El padre de él es un borracho, de modo que él debe saber.

—¡Jimmy!

—Muy bien, señorita; perdóneme.

El Rev. Stanton había una vez hecho un sermón sobre las perversas influencias del cine americano sobre la juventud británica. Evidentemente, Mónica no estaba de acuerdo con estas ideas porque le llenó la mano de monedas a Jimmy.

Sin duda que había perdido a los señores Hackett y Fisk a estas horas. Se detuvo

en la punta de la colina, mirando hacia el Edificio Viejo en medio del vallecito en penumbras, y sus sentimientos eran amargos. No comprendía por qué le había parecido tan importante antes acordarse dónde había visto al recadero; le había parecido así; en todo momento la idea se encontraba en su subconsciente. Después de todo, no sospechaba que Jimmy... le hubiese echado ácido al rostro, o le hubiese disparado desde una distancia de dos metros.

Eran las cinco y veinte; aunque el cielo estaba claro y despejado aún hacia el Oeste, el Edificio Viejo se hallaba en sombras. Era la primera vez, pensó Mónica, que se encontraba en Pineham sin que Bill Cartwright estuviese al alcance de su voz en caso de necesitar ayuda.

Pero estaba Tilly; Tilly era toda una compañía.

Mónica descendió de la colina y penetró en el Edificio Viejo. Las oficinas de los escritores estaban a la derecha, en un corredor a la entrada del edificio. Se subían tres peldaños y se encontraba el corredor de linóleo café y paredes blancas, con una ventana al fondo. Primero estaba la oficina de Tilly, luego la de Mónica y por último la de Bill.

Mónica no se topó con nadie; el portero de servicio en el vestíbulo se había marchado. Al pasar golpeó la puerta de Tilly, pero no recibió respuesta.

Su propia oficina estaba vacía también. Aparecía ordenada y limpia, pero sombría a la luz de la tarde, con el brillo del lago tras las ventanas; la máquina de escribir estaba cubierta con su funda; un borrador estaba en un montón sujeto por un libro.

Instintivamente Mónica miró hacia el agujero de la bala en la pared, que había cubierto con un calendario; pero sus ojos, casi inmediatamente, se vieron atraídos por algo que había encima de la máquina de escribir.

Estaba colocado encima de la cubierta de ésta. Era un sobre cuadrado de color rosado, escrito con tinta azul y con una escritura que le era demasiado familiar. Perversa, respirando maldad, como si alguien hubiese hablado en voz baja dentro de la habitación, se encontraba otra carta anónima.

Si le hubiesen preguntado a Mónica lo que sentía por la persecución de que era objeto desde las tres últimas semanas, habría contestado que prefería no pensar en ello. En cierto sentido, esto era verdad; prefería no pensar en el asunto, sino solamente luchar contra ello. Del mismo modo que la señorita Flossie Stanton no había podido impedir que escribiese el libro que quería escribir, su anónimo amigo de Pineham no podría alejarla de allí.

Pero en su interior le temía a la señorita Flossie y le temía cien veces más a la persona que se servía del ácido sulfúrico.

Se acercó al escritorio, rasgó el sobre y leyó la carta.

¿Quién le enviaba estas cartas? ¿Qué más daba? Alguien se las enviaba; el sólo tocar la carta le producía una sensación de desagrado. Esta última no era ni mejor ni peor que las dos anteriores, excepto por las dos últimas líneas.

«Todo está listo ya. Me conocerás pronto en persona, Ojos Brillantes. ¿Te

sorprenderás?».

Durante unos momentos Mónica se quedó inmóvil. Sentía las mejillas ardiendo y el corazón que le latía pesadamente.

—¡Tilly! —llamó.

No hubo respuesta.

—¡Tilly! —volvió a gritar Mónica.

Sujetando todavía su cartera bajo el brazo, se dirigió a la puerta de comunicación, golpeó y la abrió. La otra oficina estaba vacía, pero Tilly no podía estar lejos.

Un sibilante sonido de vapor proveniente de una tetera que estaba en la cocinilla en el rincón del cuarto de Tilly se dejó oír; ésta, como de costumbre, había dejado agua en el fuego calentándose para una de sus eternas tazas de café. Como de costumbre también, la había olvidado, lo que sucedía unas doce veces al día; hasta que una densa y acre nube de vapor le avisaba que se estaba fundiendo el fondo de la tetera.

Mónica corrió a la cocinilla y apagó el gas; el fondo de la tetera no se había fundido aún, aunque estaba al rojo vivo y se notaba cubierto de un polvillo blanco.

—¡Tilly! —volvió a llamar Mónica en medio del humo.

Se quemó los dedos con la tetera al empujarla a un lado; en la pared encima de la cocinilla había una abertura, que había sido ventana cuando el edificio era una casa de campo. Mónica creyó sentir un ruido de pasos a través de ella. Abrió el postigo de madera y miró al exterior, pero no había nada más que el corredor en penumbra.

Salió del pequeño cuarto. Tenía que hacer algo acerca de lo que sucedía. Iría a la oficina de Hackett, que estaba en el piso superior —si es que éste estaba aún allí—, y le pediría disculpas. Así se sentiría más acompañada. Al pasar junto al escritorio de Tilly, tropezó con el cenicero de pie que había al lado del escritorio. El cenicero se tambaleó y cayó, y el recipiente de metal se desprendió, pero Mónica lo alcanzó a sujetar en el aire; y en el momento de inclinarse, vió algo que casi le hizo saltar el corazón por la boca.

Su vista había tropezado con un cajón medio abierto en el escritorio de Tilly. Al enderezar el cenicero, Mónica dió una rápida mirada a su alrededor y luego abrió completamente el cajón. Dentro había en desorden unas hojas escritas a máquina, corregidas a mano con un lápiz azul. Una línea de escritura corría claramente a lo largo del papel.

Mónica la miró con fijeza.

Luego cogió la hoja y corrió hacia su oficina. Lanzando su cartera encima del escritorio, colocó la hoja de papel encima de la máquina de escribir, al lado de la carta anónima.

Eran iguales.

La letra era de Tilly.

Cuidadosamente, como cansada, Mónica acercó la silla y se sentó. Sintió que tenía que hacer algo, actuar de alguna manera en contra de la pesadilla que la

rodeaba. Actuó mecánicamente para evitar pensar. Al abrir la cartera para sacar un pañuelo, sus dedos rozaron la envoltura de celofán de los cigarrillos que había comprado en la estación.

Abrió la caja de cuero rojo en la cual guardaba los cigarrillos. Estaba vacía y la dió vuelta para botar unas hebras de tabaco que habían quedado sueltas; rasgó el celofán que envolvía a los cincuenta Players, los yació en la caja y los ordenó en filas con dedos que temblaban.

Tilly Parsons.

Sintió un ligero pánico, la sensación que debe sentirse al caminar alguien por encima de nuestra tumba. Podría haber sido una tumba de verdad; quizás todavía podía ser. No se le habría ocurrido nunca sospechar de Tilly; tampoco, pensó con satisfacción, se le había ocurrido a Bill Cartwright. Aunque buscaba muestras de la escritura de todo el mundo en Pineham, jamás se le había ocurrido mirar la de Tilly.

La habitación se estaba oscureciendo totalmente. Debía salir de allí; debía irse a cualquier parte.

—Hola, querida —gritó Tilly en persona, abriendo bruscamente la puerta y entrando en la habitación—. ¿Lo pasaste bien en Londres?

Tilly, alegre y ágil como de costumbre, daba muestras evidentes de haberse hecho encrespar el cabello esa tarde; su arrugado rostro miró a Mónica con aire de inocencia.

—Iré de una carrera a mi cuarto —dijo—. Creo que puse la tetera en el fuego antes de salir, pero que me maten si me acuerdo bien. He estado... —Se detuvo—. Pero, querida, ¿qué es lo que te pasa? Estás más blanca que una sábana.

—Andate —le contestó Mónica—. No te acerques a mí.

Se puso de pie, volteando la silla con un ruido que sonó mucho más fuerte en sus oídos de lo que era en realidad. La voz de Tilly se hizo más aguda.

—¿Qué te pasa, querida? ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Tú sabes muy bien lo que ha sucedido.

—¡Te juro que no lo sé, querida! Déjame...

—¡Andate!

Mónica había retrocedido lentamente, hasta que quedó de espaldas apoyada en la ventana. La ronquera de la voz de Tilly había alcanzado un tono que le parecía horrible. Esta se adelantó y sus ojos tropezaron con las dos hojas de papel que había encima de la máquina. Se detuvo. Miró a Mónica y luego nuevamente a las dos hojas.

Hubo un silencio interminable.

—De modo que te has enterado —dijo Tilly con la cabeza baja—. Temía que pasaría esto.

—Tú... escribiste esas... cartas.

—Por Dios que me está mirando —contestó Tilly, levantando súbitamente la cabeza, y mirando a Mónica a los ojos—, yo no lo he hecho.

—No te acerques —le dijo Mónica con firmeza—. No te tengo miedo. Sólo

que... ¿por qué lo hiciste? Nunca te hice nada. Te tenía cariño. ¿Por qué lo hiciste?

Incluso ahora estaba impresionada por la apasionada sinceridad de Tilly. Esta había llegado a ese tono de exaltación y melodrama que es el signo más verdadero de la buena fe; hinchando su amplio seno, levantó su mano derecha como si fuese a tomar un juramento; la carne fofa formaba rollos en su muñeca.

—Del mismo modo que tengo que vivir y morir, y del mismo modo que tengo que darle cuenta a Dios en el cielo, te juro que nunca escribí esas cartas. Sé que se parece a mi escritura; ¡vaya si lo sé! ¿Qué crees que era lo que me preocupaba desde que comenzaste a recibirlas? He estado medio loca; no puedo comer, no puedo dormir..., no puedo...

Se puso la mano en la garganta.

—Pensando que reconocerías la letra y creerías que era yo; no me atrevía a preguntarte; tuve que mostrarle una de las cartas a Bill Cartwright; ¡tuve que hacerlo! Tenía que saber qué era lo que estaba pasando, ¿no comprendes? Si me hubiese preguntado, se lo habría dicho; pero no me atreví a decírselo por temor a que pensaras que en realidad era yo; no fui yo, querida. ¡Te lo juro por Dios que no fui yo! Escucha.

Tilly, respirando pesadamente, se acercó unos pasos. Mónica retrocedió y Tilly se detuvo. Toda emoción, tanto de pasión como de desesperación, desaparecieron de ella, dejándola desinflada y arrugada como un balón de juguete; su voz se convirtió en un débil ronquido.

—Bueno, eso es todo —dijo—. Si no me crees, allá tú. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora?

Miró la habitación con aire ausente.

Contra toda lógica, Mónica sintió la sombra de una duda.

—¡Pero si es tu letra! ¡Mírala! ¿Negarás que es tu letra?

—Lo niego, querida —contestó Tilly—, porque no es mi letra.

—Incluso suenan parecido a ti. Todo el tiempo he estado tratando de recordar el modo de hablar de quién me sugerían, y es el tuyo.

—Ya lo esperaba, querida —dijo con indiferencia Tilly, mientras continuaba mirando la habitación, como si la discusión ya no le interesase—. Esperaba que trataran de conseguir eso.

—¿Conseguir qué?

—Lo que te dije, querida.

—Pero, ¿conoces a alguien que pueda imitar tu escritura? ¿O que quisiera hacerlo?

—Sí —contestó Tilly con amargura—, pero esa persona...

Ruido de pasos, leves y ligeros, como los de una mujer que sabe caminar, se escucharon en el corredor. Llegaron hasta la puerta de la oficina, se detuvieron y continuaron; alguien, como ejercitando una voz de contralto, entonaba una estrofa o dos de una canción.

—¡Esconde esos papeles! —exclamó Tilly, haciendo un movimiento propio de una serpiente. Era de nuevo toda acción. Cogió las dos hojas de papel y las guardó en el cajón del escritorio de Mónica; lo cerró con brusquedad en el mismo instante que se oían unos golpecitos en la puerta.

—Hola —sonrió Frances Fleur, avanzando la cabeza por el marco de la puerta; en la penumbra pareció asombrada y un poco molesta cuando vió a Tilly—. ¿Me permite entrar, Mónica? Tengo un mensaje importante para usted.

XI

Está muy oscuro aquí dentro —dijo Frances—. ¿Me permite?

Dio vuelta el interruptor de la luz cerca de la puerta.

Frances Fleur era una de esas personas que siempre se rodean de una atmósfera excitante, ya que sólo lo era el simple hecho de mirarla; producía lo que se ha dado en llamar «carne de gallina». Esto no se debía a su personalidad, sino que simplemente a su hermosura, animada por la expresión de sus ojos.

Su rostro era atrayente. En las películas no se podía separar la vista de él; en la vida privada, con colores para hacerlo aún más bello, era fascinante. Este fué el efecto cuando encendió la luz en la oficina de Mónica, parpadeando y sonriendo. Tilly Parsons parecía un animalito mojado al lado de ella; incluso Mónica no habría atraído la atención de nadie, excepto la de Bill Cartwright.

Mónica se había acostumbrado ahora un poco más a verla. Pudo observar la vestimenta de ella. Un traje sastre azul, con piel de zorro plateado en las mangas; sombrero de fieltro, del mismo color azul, dándole sombra a un lado de su rostro; guantes, cartera y zapatos de cuero negro.

—Es la primera vez que entro aquí —dijo Frances Fleur sonriendo—. Es un sitio bastante confortable, ¿no es así? ¿Puedo sentarme?

—Por favor; siéntese en el sillón.

Frances atravesó la habitación, que se tornó súbitamente descolorida; era imposible mirar otra cosa que no fuese ella.

—Tengo dos recados para usted —le dijo a Mónica—. El primero es de Tom y Howard. Lo sienten terriblemente, pero les fué imposible venir a verla esta tarde. Dicen que usted debe estar furiosa con ellos, pero que les fué imposible venir. —Miró el techo—. Han estado aquí arriba en la oficina de Tom, discutiendo, y yo me acabo de escapar. ¿Qué le pasa, querida? ¿Por qué se ríe? ¿Cuál es la gracia?

—¿Quiere decir que no pudieron...?

—No, querida, no pudieron; pero vamos, no se ría de esa manera; me pone nerviosa. Por último, han acordado algo acerca de «Espías del Mar». —Los expresivos ojos, que parecían siempre no decirlo, se dirigieron hacia Tilly por primera vez—. Buenas noticias para usted.

—¿Sí? —preguntó Tilly—. ¿Por qué?

Tilly la había estado mirando con una fijeza que indicaba claramente su desagrado.

—Porque puede volverse a América —contestó Frances—. Creo que han decidido que se atenderán al argumento original, después de todo. No le importa

mucho, ¿verdad?

Tilly la miró fijamente; una expresión maligna, nueva en ella, cruzó por su rostro. Mónica no se dió cuenta de ello.

—¿Importarme? —dijo Tilly con voz ronca—. ¡Dios mío, no! Arréglense ustedes. Con que me paguen mi dinero, no me importa lo demás. —Se ruborizó—. Si quieren la mercadería, se las entrego; si no la quieren, adiós y buena suerte a todos.

—Sabía que comprendería. —Los ojos de largas pestañas, de los cuales Mónica no podía separar los suyos, se volvieron hacia ella, pero no sin antes haberle dado a Tilly una mirada larga y especulativa—. Son buenas noticias —prosiguió Frances— porque así podremos terminar en unos pocos días más. Luego, siempre que Tom Hackett se atenga a lo programado, podré interpretar a Eva D'Aubray en «Deseo». ¿No es magnífico?

—¡Imagínese! —gruñó Tilly.

—Le tengo un cariño especial a ese papel. ¿Sabía, señorita Parsons, que Mónica lo escribió especialmente para mí?

—El nombre es Tilly —dijo ésta—. Por amor a Dios, no me llame señorita Parsons; lo detesto.

—Bueno, como guste, Tilly. ¿Pero sabía usted que Mónica escribió el papel para mí?, Una verdadera *femme fatale*, lo que parece que soy.

—Eso está muy bien —gruñó Tilly—, ¿pero para qué pregonarlo todo el día? ¿Para qué...? —Se detuvo, tragó saliva y se pasó una mano temblorosa por la frente—. Perdóneme; estoy tan nerviosa. ¿Qué es una *femme fatale*?

La voz de Frances tenía un tono duro.

—Me temo que sea algo que no seré nunca —sonrió, con una mirada que hizo temblar a Mónica—. Es fácil escribir una biografía de una persona imaginaria; pero cuando el protagonista de la biografía se sienta a leerla una vez recién salida de las prensas, el resultado puede ser molesto para el autor de ella. Dígame, querida —continuó Frances con una voz ligeramente diferente—. La he leído de punta a cabo, desde que la conocí. Perdóneme por la pregunta, pero es que soy realmente muy curiosa: ¿es toda pura imaginación? Usted parece muy joven, ¿sabe? Y también otras cosas. Dígame, aquí entre nosotras, ¿realmente alguna vez...?

—¡Oh, por supuesto! —contestó Mónica—. Miles de veces.

—¿En verdad?

—¡Por supuesto!

—¿Pero dónde?

—En mi casa, lógicamente —respondió Mónica.

El hecho de que la destrozada fotografía del Rev. Stanton no se levantase del cajón en que estaba guardada, se debe más bien a la inexorabilidad de la ley de gravedad, que no al daño que se le había hecho a la estricta verdad.

La causa, más que todo, era que Mónica no estaba en sus cabales. Por mucho que apreciase a su visitante, en este momento hubiese preferido que se fuera. Su mente

estaba ocupada por las cartas anónimas, con exclusión de todo lo demás. Lo curioso era que Frances Fleur parecía haberse contagiado de la nerviosidad que había en el ambiente; su bien conformado pie golpeaba sobre el piso y miraba con insistencia su reloj de pulsera.

—¿De modo que en su casa? Debe ser un sitio bastante entretenido; está cerca de Watford, ¿no es así?

—Así es; East Roystead, Hertfordshire; está cerca de Watford.

—¿En realidad? ¿Sabe? Tengo unos primos... —rió cambiando levemente su tono—. ¿No sale usted a cenar, señorita..., quiero decir Tilly?

—¿A cenar? Ciertamente. Pero aún no son las seis.

—Yo tengo las seis y quince —corrigió Mónica.

—Vaya, vaya; ¿tan tarde es? Tendré que irme ya. —Frances Fleur se movió, pero no se puso de pie—. Sólo venía de pasada; de todos modos, no debo interrumpirlas. Usted tiene trabajo que hacer, ¿no es así, señorita Tilly?

—Ya no más —contestó Tilly—. Usted acaba de comunicarme que me despidieron. ¿Y voy a trabajar? ¡Ja, ja, ja!

Esta vez la visitante se puso de pie. Sonrió, pero sólo con los labios. Su voz tenía esa dulzura decidida que usaba al comenzar sus escenas de amor.

—Dije que tenía dos recados que dar a Mónica —recalcó—. ¿Le importaría mucho dejarnos solas mientras le doy el segundo?

Lo dijo sin ambages.

Tilly se quedó mirándola.

—Comprendo las indirectas —dijo ésta lentamente—. No soy muy sutil, pero las comprendo.

—Gracias.

Su estado de ánimo no se reveló hasta que hubo atravesado la habitación, con pasos cortos y aire digno; luego que les hubo dado una larga mirada, cerró la puerta con un ruido que se debió oír hasta en el edificio principal, al otro lado de la colina, y que, si la construcción no hubiese sido tan sólida, habría arrancado trozos de las paredes.

—Escuche —le dijo rápidamente Frances Fleur, cuyo tono había cambiado de nuevo instintivamente. Era difícil creer que pudiese estar tan animada—. El segundo recado es de Bill Cartwright; viene hacia acá en un taxi.

—¿En un taxi?

—Sí. Estaba en Londres; me llamó por teléfono en la oficina de Tom. Dijo que yo era la única persona de aquí en la cual podía confiar. Me hizo prometer que no le diría nada a Tom ni a Howard, pero por supuesto que me obligaron a ello.

Hizo un gesto.

—Esto es lo que me dijo Bill. Que usted... Esa mujer está escuchándonos —añadió bruscamente.

La manilla de la puerta se movió ligeramente. Mónica podría haber jurado que

Tilly estaba a punto de abrir la puerta violentamente y negar que estaba escuchando.

Frances se puso de pie y sin ruido se deslizó delante del escritorio, con la espalda hacia Mónica, con una mano apoyada sobre la mesa y la otra sobre la caja de cuero rojo, sobre la que resaltaban las uñas escarlata. Miró hacia la puerta, lo mismo que Mónica. Pero pareció no haber más movimiento.

Se dió vuelta, mientras la luz brillaba sobre el traje azul y el zorro plateado; caminó lentamente alrededor del escritorio, tomó a Mónica de una mano y la hizo sentarse sobre el sillón.

—Escuche, Mónica —le dijo; ésta aún no se acostumbraba a la emoción de que la llamase por su nombre—. Bill dijo que si usted volvía aquí cuando estuviese oscureciendo, no tratase de volverse sola a su alojamiento.

—¿Sí?

—Dijo que no saliera de este edificio ni de este cuarto hasta que él llegase; dijo que iba a telefonar a ese guarda, O'Brien o como se llame, para que se quedase aquí hasta que él, Bill, llegara...

—Pero...

—¡Sh-h! Lo más importante de todo —Frances se inclinó hacia ella, susurrando —, que no fuese dejada ni un minuto sola con... —indicó con la cabeza en dirección a la puerta—, con esa mujer. ¿Comprende?

—No sé.

Frances le soltó la mano y se puso de pie. Susurró con tono temeroso:

—Estoy segura de que no sé nada de lo que está pasando, ni quiero saberlo. Si la mitad de lo que he oído es verdad, usted debe haber llevado una vida muy interesante; de lo que estoy segura es que estoy asustada. Ahora prométame que hará lo que dijo Bill Cartwright.

No hacía mucho tiempo que Mónica instintivamente habría replicado que no. Esta palabra se le vino a la cabeza, abrió la boca para pronunciarla y se detuvo. Se le ocurrió, con abrumadora claridad, que a la persona que más deseaba ver en el mundo era a Bill Cartwright entrando en esa habitación.

Se mordió los labios.

—Muy bien —respondió—. Así lo haré.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

Frances pareció aliviada. Una luz de satisfacción le suavizó los ojos color ámbar (a Mónica se le ocurrió una comparación poco romántica), los cuales se parecían al color de una de las pipas de Bill. Mientras se colocaba los guantes, rió y su voz era natural nuevamente.

—Bueno, sólo pasaba para presentarle mis respetos —dijo con un tono destinado a ser oído en la otra habitación—. Me encantaría quedarme, pero tengo que ir a la ciudad a encontrarme con Kurt. ¡Tom! ¡Por qué tienes que entrar así! ¿Tienes que asustar a la gente?

No se podía decir que Hackett tratara de asustar a nadie, ya que su voz se oía desde el pasillo. Parecía preocupado mientras saludaba a Mónica y le hacía señas a Howard Fisk para que entrara.

—Yo... pensé que debía venir a verla —dijo Hackett. Consultó su reloj—. Frances le explicó, ¿no es así?...

—¿El que ustedes no viniesen hoy? Por supuesto, señor Hackett; lo comprendo perfectamente.

—No, no —dijo el productor; su modo era brusco—. Quiero decir sí. Es decir, ha sucedido algo. O'Brien está allá abajo y trae algunas noticias. Señorita Stanton, quisiera preguntarle algo. ¿Ha ido usted a la policía por alguna de las cosas que han pasado aquí?

Mónica abrió los ojos.

—¿A la policía? No, por supuesto que no. ¿Por qué?

—Porque hay un agente de policía ahora aquí. Está en el edificio principal, con el señor Marshlake.

—Tom, siempre te preocupas tanto por tonterías —le dijo Frances con aire bondadoso—. ¿Suponte que sea de la policía? Siempre vienen. Probablemente sea por dejar automóviles en el camino público.

—Esta vez no —gruñó Tom Hackett—. Su nombre es Masters y es inspector jefe de Scotland Yard.

Era curioso ver el efecto que este solo nombre tuvo. Si todos hubiesen sido niños sorprendidos robando manzanas, con un toro a un lado de la cerca y un airado granjero en la otra, no se habrían mirado con aire diferente entre ellos. Incluso Howard Fisk parecía perturbado; moviendo la cabeza, se sentó encima del escritorio de Mónica.

Hackett se dirigió a ella imperativamente.

—Mire, señorita Stanton, sé cómo se siente; sé por lo que ha pasado; nadie tiene más deseos de ver a ese maldito donde se merece. En resumen, hemos decidido que tenerla aquí es demasiado peligroso, por su propio bien, de modo que sería mejor terminar nuestras relaciones; porque, créame, meter a la policía en un asunto así es fatal. Tengo diez años de experiencia, de modo que lo sé; y sé lo que pensará el señor Marshlake.

(Sería mejor terminar nuestras relaciones. ¡Bill! ¡Bill! ¿Dónde estaba Bill?).

—Pero yo no he ido a la policía —insistió Mónica—. No sé de qué se trata; ¿quién es este señor Marshlake?

—Es mi jefe —dijo Hackett, simplemente, pero con elocuencia—. Quiere vernos a Howard y a mí inmediatamente.

Hubo un silencio.

El productor se estiró los puños de la camisa y se arregló la corbata. Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo para tranquilizarse. Sonrió a Mónica.

—No se preocupe; todos somos sus amigos, señorita Stanton, y veremos que se

proceda correctamente. Pero con esto de robarse los mejores exteriores que hemos fotografiado y todo lo demás que ha pasado, creo que alguien tiene un odio personal contra mí tanto como contra usted. Bueno, Howard, vamos andando. Frances... — indicó hacia la otra oficina—, ¿le dijiste a Tilly Parsons...?

—¿Acerca de que se fuera a casa? Sí, Tommy querido, hice la tarea desagradable por ti.

—De todas maneras, tengo que hablar con ella ahora. Podrá irse apenas termine con la escena E; hemos perdido bastante tiempo con la película esa.

—Eso es hablar, compañero —dijo Howard Fisk, volviendo a la vida después de una larga meditación y colocando encima del escritorio un cortapapeles con el cual había estado jugando—. Cuando te dejas de tonteras y te dedicas al negocio verdaderamente, no hay nadie que te haga la competencia. ¿Vamos ya a enfrentar al Minotauro?

—Sí. Mejor es que venga usted también, señorita Stanton.

—Lo siento —contestó Mónica—, pero me quedaré aquí.

Todos la miraron.

—Bill Cartwright —explicó, y al mencionar este nombre se le apretó la garganta y le dolió el pecho— me pidió que le esperase aquí, y así lo haré.

Los otros tres cambiaron una mirada. Hackett abrió los ojos con aire preocupado.

—¿Bill? Creí que... no le era muy simpático. Además, ¿qué tiene él que ver con esto? Venga con nosotros y no correrá peligro.

—¿No debía quedarse aquí conmigo un hombre llamado O'Brien?

Hackett se restregó la frente.

—Quizá tenga razón; si este policía no la ve a usted, puede que lo engatuse y se vaya. Sólo que tenga cuidado; está usted bajo mi responsabilidad. ¡Eh! ¡O'Brien! ¡Puede venir ahora!

Miró a su alrededor con aire inquieto. Frances Fleur le sonreía a Fisk, que tenía aspecto triste. Vaciló.

—Mejor corra esas cortinas —dijo.

Las manecillas del reloj se adelantaban ahora hacia el crimen.

Un plan cuidadosamente arreglado a través de semanas, cada parte en su sitio, silenciosamente colocadas a lo largo de los días, estaba ahora listo. Sólo faltaba el toque final y se produciría dentro de poco.

Por supuesto que Mónica no sabía nada de esto. Nunca se había sentido más fuera de peligro que mientras esperaba en su oficina, con el fornido O'Brien sentado en el sillón, leyendo un periódico de la tarde.

Eran las siete y veinte; Mónica seguía esperando. Hacía tiempo que el murmullo en la oficina de Tilly, donde ésta conversaba con Fisk y Hackett, se había apagado. Se habían marchado riendo; apenas lo habían hecho, Tilly se asomó a la puerta.

—Querida.

O'Brien carraspeó ruidosamente e hizo sonar el periódico.

—Veo, señorita —dijo sin levantar la cabeza—, que aquí dice que los alemanes...

Tilly le miró y luego a Mónica.

—Querida —le dijo—, ¿podrías venir un momento, por favor?

—Si tienes algo que decirme, Tilly, ¿por qué no me lo dices aquí?

—No, no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo. ¡Vamos, querida! No seas tonta. Termina con eso y ven aquí.

—No iré, Tilly.

—¿Vendrás o no?

—No.

La puerta se cerró con fuerza.

El ruido hizo saltar a Mónica. Comenzaba a estar preocupada, no por ella, sino que por Bill Cartwright; aunque era difícil manejar en los oscurecimientos, ya debería haber llegado.

¿Y si hubiese tenido un accidente? ¿Suponiendo que dos autos se hubiesen estrellado y él hubiese sido lanzado a través del vidrio? ¿Por qué tenía que tomar taxi, cuando el tren era igualmente rápido? No debería botar su dinero de esa manera. Aunque no podía dejar de quererle más por eso, le complacía pensar que, aunque tuviese otros defectos, no era avaro.

Lo había tratado mal; lo reconocía. Se le vinieron a la mente todas las veces que él la había tratado con estudiada paciencia, sonriéndole, y ella se había comportado como un pequeño demonio. Y ella no era así en realidad; ¡si sólo le pudiese demostrar que no era así!

Pasaban los minutos; se oía el ruido de la máquina de Tilly. La luz le hacía doler los ojos; puso una hoja de papel alrededor de la bombilla; la caja de cuero rojo brillaba; la abrió para tomar un cigarrillo, pero la volvió a cerrar.

Bueno, estaba enamorada de él. Eso era todo. Era un sentimiento raro, como de rebeldía y obediencia juntas. No se parecía en absoluto a lo que le había atribuido a Eva D'Aubray en el libro, y, sin embargo, algo tenía de eso. Si solamente llegase luego, para poder decírselo. Aunque no se lo dijera, dárselo a entender de modo que no le quedase ninguna duda al respecto...

Su oído captó, a alguna distancia, el ruido de pasos sobre el sendero de grava que conducía al Edificio Viejo.

Los pasos se aproximaron, sonando más fuerte. Tenían que ser los de él; llegaron al vestíbulo y enfocaron el corredor.

Era Bill, sin duda.

Y estaba furioso.

Ella se dio cuenta, al verlo de pie en el umbral de la puerta, de que nunca lo había visto realmente enojado antes. Las otras veces no había sido así, sino que meras fanfarronadas literarias, en las cuales asumía una pose e inventaba frases resonantes, más que todo por el placer de oírse que por otra cosa.

Pero ahora estaba indignado y ella lo sabía. Se sintió un poquito asustada y al mismo tiempo curiosamente complacida había deseado que estuviese enojado por no haberle esperado en el Departamento de Guerra. Quería decirle que lo sentía; estaría feliz de decirle que lo sentía.

Bill se contuvo. Sus primeras palabras, en un tono de mortal y fría calma, fueron:

—¿No tiene usted ningún sentido de la decencia?

—Bill, lo siento. Sinceramente, lo siento. No quise hacerlo. No lo pensé, eso es todo. Cuando salí de la oficina...

La miró extrañado. Su mano, que había alzado para hacer un gesto, se detuvo en el aire.

—¿Qué oficina? —preguntó.

—La del Departamento de Guerra, por supuesto.

—¿El Departamento de Guerra? ¿Qué pasa con él?

—Que me fui sin esperarlo. Bill, le pido perdón; no lo habría hecho nunca si hubiese pensado un instante.

—No me refiero a eso —contestó Bill—. ¿Lo que le pregunto es qué pretende al contarle a todo el mundo en Pineham sus malditos enredos amorosos!

La silla del escritorio estaba justo detrás de Mónica, de modo que se dejó caer en ella.

—No..., no comprendo qué quiere decir.

—¿No? Pues bien, yo sí. Me acabo de encontrar con Frances Fleur a la entrada del edificio principal. —La señaló con el dedo—. Sus asuntos —dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras— no me conciernen en absoluto; no soy un moralista. ¡Oh no! Lo que usted quiera hacer con su tiempo desocupado es cuento suyo; pero por lo menos podría tener la decencia de callárselo y no andar jactándose de ello más de lo necesario.

También él había tenido malos ratos ese día. Todo la tarde y durante todo el trayecto en el taxi, no había pensado más que en Mónica. La información de Frances Fleur (dada con toda sinceridad y una especie de confusión) había sido el último golpe. Lo furioso que estaba, Mónica no se lo imaginaba; confusamente se dió cuenta de que había alguien más en la habitación que lo miraba con expresión consternada por encima de un periódico.

—O'Brien —le dijo—, puede irse; ya está todo bien: váyase.

—Sí, O'Brien —le dijo Mónica con fría calma—, puede irse.

—¿Está todo bien, señor? ¿No hay nada que...?

—No, todo está bien. ¡Por amor a Dios, váyase!

—Gracias, señor, pero si hay algo...

—No. Váyase.

—Y ahora —le dijo Mónica, sujetándose al borde de la mesa—, ¿hay algo que desee decirme? Por supuesto que si prefiere hablar delante de un tercero, como lo ha estado haciendo hasta ahora, lo podemos llamar de nuevo. ¿Tiene algo más que

decirme?

—Sí, señorita, bastante. Un talento como el suyo está siendo desperdiciado en un país pequeño como Inglaterra. Debería ser puesto al servicio de su país. ¿Por qué no se va a Francia y se asocia con la señorita de Armentieres? Por lo menos estaría haciendo algo que ayudara a ganar la guerra.

Aquí fué cuando Mónica le dió una palmada en el rostro.

Casi no veía de rabia, pero le dió de lleno en la mejilla con la palma de la mano. Él rió; el difunto Lord Byron, entre las altas cumbres de los Alpes, nunca rió de una manera más cínica que Bill Cartwright.

—¡Ja, ja, ja! —hizo—: ¡Ja, ja, ja! Justo lo debido; lo que yo esperaba. La virtud ofendida adopta su tradicional represalia. Pero no me impresiona; ni siquiera me divierte. Ahí tiene la otra mejilla. ¿Por qué no me pega también ahí?

—Y así lo hizo Mónica, con un golpe memorable.

Nunca quedó claro para Bill Cartwright lo que sucedió después, o por qué lo hizo. Quizás se debió a la idea que si no la besaba allí y en ese momento, tendría que hacerlo algo más violento. Pero esto fué algo que pensó después, por lo que no se le puede conceder fe.

Lo que sí recordaba era que puso sus brazos alrededor del cuerpo de Mónica y comenzó a besarla con una fuerza que habría resultado interesante para el ojo profesional de un director de cine. Que «comenzó a besarla» no es realmente el término más apropiado; sugiere algo interrumpido. Y este proceso, una vez que Bill lo comenzó, no tuvo interrupciones.

Esto lo sorprendió bastante; pero lo que le sorprendió más aún fué que después de los primeros segundos, durante los cuales hubo mudos y furiosos sonidos y violentas sacudidas de la cabeza de Mónica, ésta cesó de resistirse y comenzó a devolver los besos; su cuerpo estaba tibio y sus brazos se cerraron alrededor de su cuello y lo apretaron; esto continuó durante un rato, pero el intermedio fué caótico.

—Mire —le dijo de pronto Bill, deshaciéndose de una manera brusca y consciente de lo inadecuado de sus palabras—. Lo que quiero decir es que la amo.

—Bueno, ¿y por qué no podía decirlo?

—¿Cómo diablos iba a decírtelo, si cada vez que quería hacerlo casi me mordías? Perdóname; no es eso lo que quería decir. Es decir...

—Bill Cartwright, ¿no puedes estar serio?

—¿Serio? —exclamó. Puso cara de asombro—. ¿Crees que no lo estoy ahora? Nunca lo he estado tanto en toda mi vida; no me queda nada de contento; no podría esbozar ni una sonrisa si viese al general Goering tropezar con una cáscara de plátano y caer con todas sus medallas; estoy muy calmado. Te quiero. Pero hay una cosa. ¿Tienes alguna simpatía escondida por mí?

—No. Te odio —contestó Mónica.

Le demostró su odio durante varios minutos más.

—He estado enamorado de ti desde hace mucho tiempo —continuó Bill.

—¿Cuánto tiempo?

—Bueno, mucho tiempo.

—Sí, ¿pero desde cuándo?

—Desde que te conocí en la oficina de Tom.

—¿Cuándo dijiste que mi libro era inmundo?

—Angel mío, si insistes en poner el tema...

—¿Todavía crees que es inmundo?

—Sí.

—Bueno, quizás lo sea —dijo Mónica, con acento soñador—. Me lo esperaba; no creo que me importe mucho ahora.

Fué en ese momento cuando Bill, con el arrebato del amor, echó sus principios por encima de la borda y les miró hundirse sin un lamento.

—Nada de eso —le dijo—. Es un libro magnífico, una estupenda novela, te lo digo sinceramente, y todo el que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo. Es realmente bueno, Mónica. Yo lo sé; después de todo, hace años que trabajo en esto.

—Bill, querido. ¿Lo dices sinceramente?

—Sinceramente —contestó, comenzando a creer lo que decía—. Simplemente andaba de mal humor ese día, por eso comencé mal contigo y nunca lo supe remediar. Fué culpa del almuerzo, un maldito preparado, algo así como pierna de cordero y manzanas...

Pierna de cordero y manzanas agrias le recordaban a Tilly Parsons; y ésta le recordaba cosas que no hubiese querido recordar en esos momentos. Mientras sostenía a Mónica estrechamente abrazada, miró hacia la oficina de Tilly. Esta estaba de pie, en el umbral de la puerta, mirándoles.

—Querida —dijo.

Su voz era ronca. Parecía haber estado llorando.

Bill sintió que el cuerpo de Mónica se estremecía entre sus brazos; sintió una corriente de desagrado proveniente de ella, tan patente como la tibieza de su cuerpo. Mónica se deshizo de su abrazo y retrocedió, mientras se pasaba una mano por su cabello en desorden.

Tilly esbozó una especie de gesto cansado.

—No te preocupes, querida —le dijo, no sin amargura—; no te voy a molestar más. He terminado con mi trabajo y me voy. Sólo que... se me han acabado los Chesters. —Su tono era de falsa petulancia—. Alguien está siempre robándome los Chesters. ¿No hay una cajetilla de ellos en alguna parte por aquí, querida?

—Lo siento, pero no hay ninguna.

—Siempre los estoy dejando por ahí; ¿estás segura de que no hay?

—Completamente. La única clase de cigarrillos que hay es la que yo fumo; si quieres uno, sácalo.

—Pero son ingleses; ¡no puedo fumar cigarrillos ingleses! Bill... No, usted sólo fuma pipa. Supongo que serán mejor que no fumar nada; tengo que fumar. ¿Te

importa si saco uno, querida?

—En absoluto; tómallo.

Tilly se acercó al escritorio, abrió la caja de cuero rojo y sacó un cigarrillo. Aún en medio de las dudas que tenía, Bill no pudo dejar de sentir algo de pena por ella. Tilly parecía vieja y abatida; las flácidas manos temblaban al abrir la caja.

—Mire, Bill —dijo de pronto—. Mónica cree que yo hice algo; quizás usted también lo crea, por la manera en que me mira. Bueno, pero no lo hice. Esperen, no les voy a molestar más. —Se puso el cigarrillo en la boca y lo encendió—. Ustedes dos se quieren; son buenos muchachos y por eso me alegro. Eso es todo.

Los dejó solos con aire digno y cerró la puerta, pero sin golpearla. La duda se acentuó en el cerebro de Bill. Mónica corrió hacia él, que la rodeó con un brazo.

—¿Por qué le dijiste a Frances Fleur que no me dejara sola con ella? —le preguntó en un susurro.

—Porque era su voz... Oh, ¡que me maten si estoy seguro de ello!

—Ella escribió esas cartas.

Él dió un salto.

—¿Estás segura de eso?

Mónica abrió el cajón del escritorio y colocó las dos hojas encima. Aunque Bill no era ningún perito calígrafo, reconoció que la similitud de las dos letras era evidente.

—Ahí tienes —dijo Mónica—. Ella escribió esas cartas. Aunque, como dices tú: ¡que me maten si estoy segura!

—Pobre Tilly —exclamó Bill.

—¿Por qué dices pobre Tilly? —le preguntó Mónica.

—Porque todo esto no tiene sentido, linda. Incluso si Tilly escribió esas cartas, incluso si fué ella quien gritó afuera de la ventana, tengo la idea metida en la cabeza de que lo hizo por alguna buena razón, para ayudarte en alguna forma. No puedo creerlo ni aún teniendo la prueba palpable de ello. Espera; tengo un magnífico lente de aumento en mi oficina; mirémosla con él.

Fué y trajo el lente. Sus movimientos eran automáticos; todavía estaba deslumbrado con el hecho de que Mónica estuviese enamorada de él. Queriendo hacer una brillante deducción, enfocó el lente sobre el papel, pero fué interrumpido por un grito.

Era la voz ronca de Tilly la que gritaba, al comienzo con fuerza, para terminar luego en una tos. Hubo un ruido pesado, como de alguien que tropezaba; luego una silla que rodaba por el suelo. Bill se abalanzó hacia la puerta, pero fué Tilly quien apareció en el umbral antes que él alcanzase a llegar allí.

Tilly sostenía el cigarrillo con el brazo extendido, tratando de mirarlo, pero sus ojos no veían; con la otra mano trataba de asirse al marco de la puerta, de modo que las uñas pintadas de rojo rasguñaron la madera; su rostro tenía exactamente la misma expresión que un niño que fuma por primera vez: estúpida, mareada y enferma. Del

cigarrillo se desprendía un olor que Bill aspiró una sola vez.

—Está envenenado —les gritó Tilly—. ¡Esta basura que me diste está envenenada! Querías matarme. Tú...

Lanzó el cigarrillo hacia Mónica, el que golpeó contra el escritorio, cayendo luego sobre el linóleo, esparciendo brillantes chispas. La respiración de Tilly se hizo jadeante y luego se extinguió. Apretándose la garganta con las manos trató de afirmarse en la puerta, con aire asombrado y asustado, para luego caer ovillada al suelo.

—No te acerques —dijo Bill—. ¡No te acerques, te digo!

No se refería a la figura tendida sobre el piso, sino al movimiento instintivo que hizo ella hacia el cigarrillo que dejó una curva delgada de humo en el aire. Empujó a Mónica y pisó el cigarrillo, agitando el aire con las manos. Ahora veía claro lo que había sucedido.

—¿Pero por qué, por qué...?

—Porque estaba destinado para ti. Ahora el asesino estaba seguro de no errar el golpe. Tilly no fuma cigarrillos ingleses; yo fumo pipa. Tom Hackett, el único fuera de nosotros que está en el edificio, no fuma. Sólo que... Tilly fumó.

—¿Pero cómo lo sabes? ¿Y qué tenía el cigarrillo?

—Belladona. Es uno de los pocos venenos mortales que puede transformarse en gas con facilidad, moliendo tabaco en el líquido.

Tenía la garganta seca. Se acercó a Tilly.

Esta se estaba muriendo.

—Y lo sé —dijo Bill con desesperación— porque el maldito me la ha hecho de nuevo. Tenía un cajón lleno de notas sobre el asunto de la belladona en mi escritorio.

XII

La estación de emergencia de Pineham se encontraba a la entrada de los edificios; el vestíbulo de ella estaba brillantemente iluminado y tenía más que nunca el aspecto de un aeropuerto.

El doctor entró cerrando la puerta tras él.

—Sólo queremos saber una cosa —dijo Bill—. ¿Tiene alguna esperanza?

Su voz se dividió en infinitud de ecos que subieron al techo.

—Tan poca —contestó, el médico—, que casi no hay nada que hacer. Esa droga, una vez que se traga, trabaja rápidamente. A menos que sea una dosis muy grande, rara vez se la coge a tiempo. Ahora, aspirada por los pulmones en forma de gas y pasada directamente a la sangre... Bueno, ya ven lo pronto que se manifestaron los síntomas. Esperemos lo mejor, pero recen.

—¿Qué le ha hecho?

—Le he dado café caliente e inyecciones de pilocarpina. El café, siempre que podamos hacérselo beber. Está delirando y dice algo acerca de alguien falsificando un cheque y otras cosas acerca de unas cartas. —Miró fijamente a Bill y a Mónica—. ¿Supongo que sabrán que hay que notificar a la policía?

—¿A la policía? —repitió Bill. Se aclaró la garganta y se dominó—. Es lo que más deseo hacer en este mundo. Si sólo hubiese aquí un agente capacitado... Pero no lo hay; no harán nada, ¡nada! Hasta que algo suceda de nuevo.

Mónica le tiró de una manga.

—Pero, Bill, acabo de recordar que hay un policía por aquí; un agente de Scotland Yard.

—¿Quién?

—Un hombre de Scotland Yard. Su nombre es... —trató de recordar—. Masters, creo.

—¿Masters aquí? ¿Dónde está?

—Con alguien llamado Marshlake. Y con los demás; por lo menos andaba por aquí hace poco.

Incluso ahora le parecía difícil convencerse de que la vida había cambiado de pronto, y que a unos metros de distancia Tilly se debatía entre la vida y la muerte, envenenada con belladona. Habían perdido el menor tiempo posible; la habían traído en el automóvil de Bill, el cual jamás lo llevaba a la ciudad, conservándolo convenientemente estacionado frente al edificio. Cuánto rato viviría Tilly dependía de la cantidad de veneno que el asesino hubiese colocado en el cigarrillo destinado a Mónica.

La duda de Mónica acerca de dónde se encontraría el inspector jefe Masters no tardó en verse resuelta. Apenas este nombre se hubo pronunciado, apareció una figura que le era familiar a Bill, caminando por el corredor de vidrio que conducía al edificio principal; miraba a derecha e izquierda, hasta que por último les vió. Masters tenía una manera de andar llena de importancia; llevaba el cabello grisáceo peinado cuidadosamente para disimular su calva y el sombrero en la mano ; avanzaba hacia ellos como un galeón con toda la vela.

—Ah, señor —dijo con aire de preocupación.

—Inspector jefe —dijo Bill—, permítame estrecharle la mano. Nunca en ninguna parte ha sido usted más bien venido. ¿Pero por qué diablos está usted aquí?

—Eso depende, señor. Lo importante es que estoy aquí, debido a la petición de una persona que no nombraré. Y sin autoridad para actuar. Hace algunos minutos oímos correr a una persona gritando que una tal Tilly Parsons había sido asesinada. ¿Es cierto?

—Me temo que sí.

Masters apretó los labios.

—Oh, ah. Nada más que eso. También he sabido, a través de la conversación con otras personas allá arriba, que ha habido una especie de reinado del terror por aquí. Y que ha habido ya dos tentativas de asesinato en contra de... ¿Quizás ésta es la señorita?

—Sí. El inspector jefe Masters: la señorita Stanton.

—¿Cómo está usted, señorita? —Se volvió nuevamente hacia Bill—. Me veo obligado a decirle, señor, que este asunto es muy serio. ¿Por qué no han dado aviso a la policía?

—Se dió.

—¿Oh?

—Sí; si usted recuerda, se lo dije hace una quincena y usted me contestó que probablemente sería todo una broma. Me dijo que sería criminal molestar a alguien con eso en una ocasión como ésta.

Masters cambió de color.

—Debieron haber dado cuenta oficialmente, señor, lo que es una cosa muy diferente. ¿Podría explicarme ahora lo que ha sucedido aquí esta noche?

Bill le explicó. Al término de ello, Masters miró al médico en busca de una confirmación, y éste asintió.

—Oh, ah. Ya veo. ¿De modo que usted cree que alguien colocó este cigarrillo envenenado dentro de la caja, sabiendo que tarde o temprano esta señorita se lo fumaría, porque nadie más usaba allí esa marca?

—Por supuesto, No lo habría fumado nadie más. La caja está siempre allí; lo pueden haber colocado hace días.

En este punto Mónica abrió la boca para protestar. Recordó con nitidez todos los sucesos del día; siguió mentalmente todos los movimientos que había hecho. Pero por

el momento se quedó callada.

—¿El cigarrillo, señor? ¿Lo tiene usted?

Bill silbó.

—Bueno, no. Yo...

—¿No lo tiene?

—Para decirle la verdad, inspector, se me olvidó todo acerca del maldito cigarrillo. La última vez que lo vi estaba sobre el suelo, en el mismo lugar donde lo pisé.

—El cigarrillo, señor, es la evidencia que tenemos; pero si hay alguien por ahí, como parece ser lo más probable, la evidencia ya no estará allí. Bueno, me he metido en un lindo lío, y sé quién tiene la culpa. —Pareció pensativo—. Al mismo tiempo, todas las personas que pueden estar comprometidas en esto han estado todo el tiempo arriba en la oficina de Marshlake. Hmmm. Esto está malo, de todos modos.

—¿Quiénes están arriba? —preguntó Bill.

—Un señor Hackett, un señor Fisk y una señorita Fleur.

Algo había estado dando vueltas en la mente de Mónica desde hacía rato.

—Entonces hay algo terriblemente raro en todo esto —dijo. Se detuvo, enrojando.

—¿Sí, señorita? —dijo Masters suavemente.

—Nada.

—Más vale que lo diga —el tono era insinuante—. Nunca se sabe, ¿no cree?

—Bueno, es acerca de Frances Fleur. Cuando se fué de mi oficina, a eso de las siete de la tarde, dijo que se iba derecho a Londres a encontrarse con su marido; luego, muy pasadas las siete, se encuentra con Bill a la entrada del edificio y le cuenta ciertas cosas... Ahora, a las ocho, dice usted que ha estado arriba conversando con usted.

Fué Bill quien contestó:

—Eso está correcto —le aseguró apresuradamente—. Dejé a Gagern en Londres esperándola; me... encontré con él allí. Cuando llegué aquí, la encontré a la entrada del edificio principal. Eran las siete y quince. Le dije que Gagern la reprendería por hacerlo esperar; pero me contestó que había decidido no ir a Londres y había telefonado a Gagern para comunicárselo; también me dijo algo acerca de un chisme sin importancia, al cual nunca le concedí crédito, aunque hiciese algunas bromas al respecto.

—Vamos, vamos, señor; no hay motivo para gritar, le oigo perfectamente.

Bill bajó la voz, con tono culpable y preocupado.

—Sin embargo, todavía hay algo raro en eso —murmuró, recordando la figura de Frances Fleur de pie en los blancos peldaños de la escalinata de la entrada con los edificios en sombras de Pineham detrás—. Frances no me dijo nada de su presencia aquí, inspector; esto, siempre que lo supiese.

—Lo sabía —le informó Mónica.

—Bueno, señor, es posible que no quisiese que la noticia se divulgara —dijo Masters—. A la gente no le gusta hacerlo, especialmente cuando se trata de la policía. En todo caso, ciertamente que ella había estado conmigo y con varias personas más, desde las siete y veinte. Una mujer muy atractiva, sin duda. Oh, ah. Muy atractiva.

Hizo una mueca; pero tenía un oído como un micrófono; se volvió hacia Mónica.

—Perdone, señorita, ¿pero qué fué lo que dijo hace un momento de «un chisme sin importancia»?

—Nada; estaba hablando conmigo misma.

—¿Ah? Creí que podía ser importante.

—Inspector —le dijo Bill lentamente—. No sé cuál es su tarea aquí; tampoco se muestra usted muy comunicativo al respecto. Pero lo que sí sé es que debe tener una conversación sumamente entretenida, en caso de no tener autoridad legal, para mantener a toda esa gente sin cenar hasta las ocho de la noche.

—Bueno, señor, no sé si se deberá a la entretención de mi conversación que ellos no han cenado. Lo mismo que yo, por lo demás. Lo consideraría un gran favor si la señorita y usted me quisieran acompañar. ¿Usted estará por aquí, doctor?

—Sí. Puede telefonarme si me necesita.

Masters les condujo por el corredor de vidrio hacia la entrada principal, luego por una escalera que desembocaba en un pasadizo pequeño y de ahí a una oficina.

Dentro de ella, gordo y paciente y con aspecto más maligno que el demonio en persona, se encontraba Sir Henry Merrivale.

Henry Merrivale estaba sentado delante de un escritorio de esos con una caja parlante para comunicarse de una oficina a otra, en la cual se mueve una perilla y se habla a la otra habitación. Parecía estar encantado con ella. Pero tenía el aspecto preocupado.

—¿De modo que les encontró? —dijo.

—Les encontré —respondió Masters—. Y... las dificultades empezaron antes de lo que usted creía. La señorita Parsons fué envenenada con un cigarrillo que tomó de una caja que había encima del escritorio de esta señorita. Señorita Stanton: Sir Henry Merrivale.

Henry Merrivale se puso de pie; inclinó la cabeza con gravedad y se sentó nuevamente.

—¿De modo que —murmuró— está ella?...

—Probablemente.

—¿Después de todo —dijo Bill Cartwright— decidió venir y ayudarnos un poquito?

—Sólo me interesan esas películas perdidas —le gritó Henry Merrivale—. Es todo lo que me interesa. Sólo que tengo conciencia y no puedo dejar que alguien ponga la cabeza en la línea del tren sin tratar de hacer algo para impedirlo. —Miró a Mónica; luego se volvió hacia la puerta de comunicación, tras la cual se oía murmullo de voces.

—He visto a todos los personajes de este drama —dijo—. Tenía algunas preguntas que hacerles, especialmente a la señorita Fleur.

—Sí —dijo Masters—. ¡Valientes preguntas! Con su perdón, señorita, la primera pregunta que le hizo fué si cuando la muestran en una tina de baño en la pantalla, era con truco o no.

Sir Henry rió con malicia.

—Bueno, es que soy curioso. Toda mi vida había estado deseando visitar un estudio de cine; y ahora que tengo una excusa razonable para venir a uno, lo encuentro más negro que el carbón. ¿Sabe, Masters? Siempre creí que podría ser un buen actor interpretando a Ricardo Tercero.

—¿Usted?

—Quisiera saber por qué no —gruñó Sir Henry, herido hasta el alma—. Era mi mayor ambición en mi juventud. Le he contado que era compañero de Henry Irving. No era calvo entonces; tenía una estupenda figura de hombre. Siempre le pedía que me dejara hacer el papel de Ricardo Tercero.

—¿Y le dejó?

—Bueno, no —admitió Sir Henry de mala gana—. Me decía: «Mi querido señor; nada me complacería más que dejarle representar Ricardo Tercero. Pero si lo hiciese me tirarían hasta las butacas del teatro a la cabeza». Esa era la clase de apreciación artística que tenía. A propósito de eso, parece que en este sitio hay bastante apreciación artística. Un cigarrillo envenenado, ¿eh? ¿Envenenado con qué?

—Con belladona —contestó Bill.

—Belladona. A juzgar por su expresión, ¿ésta fué idea suya también?

—No lo haga peor —dijo Bill. Se sentía bastante culpable ya sin que se lo dijiesen; por todas partes le parecía ver el rostro de Tilly—. Hice algunos estudios sobre la belladona, pero el cigarrillo envenenado era sólo uno de ellos. Los tenía en mi escritorio, es cierto; pero si cada vez que uno hace un estudio para algo va a pensar que...

Era demasiado complicado para explicarlo.

—Por lo demás, el asesino no necesitaba copiarme la idea a mí. No la inventé yo. Fué aplicada en la vida real. Una de las víctimas del caso Mold en 1923 fué asesinada con un cigarrillo impregnado en belladona.

—Calma, hijo. Cuénteme lo que pasó.

Sir Henry se inclinó y desconectó la caja parlante.

—Esto estaba funcionando —dijo suavemente—; ahora ya no lo está. Voy a conectarlo de nuevo; pero quiero que sepa que todo lo que diga será oído por un grupo interesado en la habitación del lado. De modo que démosle algo bueno. ¿Listo? —y movió el conmutador.

Mónica le interrumpió.

—¡Por favor! —dijo—. Antes de que continúe, tengo que decirle algo. ¡Creo que sé cuándo colocaron el cigarrillo en la caja!

La primera mirada que le había dado a Sir Henry la había llenado de asombro; lo último que se había imaginado en el mundo era eso. Sin embargo, había algo en él; algo.

El efecto que sus palabras tuvieron sobre sus oyentes fué inmediato. Sir Henry estiró la mano como para cortar el interruptor nuevamente, pero luego de cambiar una mirada con Masters, la retiró. El saber que estaba siendo escuchada por la gente en la otra habitación sólo afianzó la determinación de Mónica.

Relató todo con detalles, incluso cuando recibió la tercera carta anónima y cuando Tilly negó haberla escrito. Pero antes de terminar, fue interrumpida por Sir Henry, el cual había estado cambiando con Masters miradas cada vez más sorprendidas.

—Espere un poco —le dijo, rascándose la barbilla—. Veamos si la he entendido correctamente. ¿Usted compró una caja de cincuenta cigarrillos en la tabaquería de la estación de Marylebone, justo antes de tomar el tren?

—Sí.

El inspector Masters dió un silbido.

—Lo cual —dijo— elimina la posibilidad de que el cigarrillo estuviese entre esos cincuenta. Quiero decir, señor, que nadie iba a deslizar un cigarrillo envenenado dentro de una caja con la sola esperanza de que viniese la señorita Stanton y la comprase.

—Cálmese, Masters —le dijo Sir Henry, poniendo sus manos gruesas sobre sus rodillas e inclinándose hacia adelante—. Bueno: ¿puso la caja en su cartera?

—Sí.

—¿La cartera, dice usted, no la soltó en ningún momento, desde que compró los cigarrillos hasta que los puso en la caja de cuero rojo?

—No, no la dejé —contestó Mónica con firmeza—. Incluso cuando fui a la habitación de Tilly por un momento, cuando volví, la traía.

Sir Henry la miró con aire implorante.

—Ahora, por amor a Dios, piense cuidadosamente. Cuando puso los cigarrillos en la caja de cuero, ¿había más dentro? ¿Estaba vacía la caja?

—Sí, estaba vacía.

—¿Está totalmente segura de eso? ¿No había ni un solo cigarrillo dentro?

—Completamente segura. Incluso la di vuelta para limpiarla de algunas briznas sueltas de tabaco.

—Y luego que colocó los cigarrillos en la caja, ¿no abandonó la habitación en algún momento?

—No, ni una vez.

Masters, mirándola fijamente, se mordía el labio inferior.

—Parece —le dijo a Sir Henry— que nuestro hombre se está poniendo al descubierto. Debe tener unos nervios magníficos. Alguien colocó el cigarrillo envenenado en medio de los demás a vista y presencia de esta señorita. Lo demás tiene que ser fácil ahora. Señorita, ¿quién estuvo en la habitación entre el momento

que usted colocó los cigarrillos en la caja y el momento en que la señorita Parsons cogió el envenenado?

Mónica cerró los ojos.

—Estuvo Tilly por supuesto.

—¿Quién más? —dijo Sir Henry.

—Luego Bill; ¡pero él no lo hizo! De todas maneras...

—¿De todas maneras?

—Por favor, no se preocupe de eso; estábamos discutiendo asuntos personales; estábamos...

Bill se inclinó con decisión, cerró el interruptor y terminó la frase por ella.

—Enamorándonos —dijo—. Fué magnífico; le estaba pidiendo que se casara conmigo.

—¡No lo hiciste!

—Bueno, ¿te casarás conmigo?

—Sí.

—Está bien, entonces —contestó Bill, y conectó el aparato nuevamente.

Esperaba que Henry Merrivale armara un escándalo pero éste sólo miró a Mónica con ojos penetrantes. De todas las torturas que podía haber imaginado para la gente en el otro cuarto, la peor era este dar y cortar de la conversación.

—Luego —continuó Sir Henry—, fuera de este joven, ¿quién más estuvo allí?

—Un hombre llamado O'Brien; pero nunca se acercó al escritorio. Se sentó en el sillón y no se movió.

—Uh-huh. Continúe.

—Los demás fueron la señorita Fleur, el señor Hackett y el señor Fisk.

—¿Sí? ¿Ninguno de los tres pudo haberlo hecho?

Del mismo modo que una película en colores, Mónica recordó la escena, teniendo la ventaja de poder detener sus recuerdos donde desease. Recordó los rostros, los gestos, las voces y las inflexiones.

—No —replicó rápidamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que hubo uno de ellos que positivamente no pudo hacerlo.

—¿Cuál? —Deliberadamente cortó la comunicación.

—El señor Hackett. Recuerdo todo lo que hizo; entró y se paró frente a mí; no estuvo mucho tiempo, ni a un metro de distancia de mí en ningún momento.

Nuevamente Sir Henry cambió una mirada con el inspector.

—¿Qué me dice de los otros dos?

—La señorita Fleur estuvo durante un tiempo más largo; se acercó al escritorio, y recuerdo que puso una mano encima de la caja. —Lo absurdo de la posibilidad hizo reír nerviosamente a Mónica al imaginar a la atrayente Frances Fleur como una envenenadora—. Pero no la vi abrirla —añadió.

—¿Sí? ¿Y el otro, el director?

Mónica vaciló.

—Estuvo sentado junto al escritorio por algunos minutos; no recuerdo lo que estaba haciendo, pero me parece que jugaba con una cortapapeles.

—¿Estaba cerca de la caja?

—Estaba al alcance de ella, por lo menos.

—De modo que usted diría —hubo un crujido metálico al abrir Sir Henry nuevamente la comunicación a la otra habitación—, ¿usted diría que es la persona con más probabilidades de haber deslizado el cigarrillo en la caja?

A Mónica le dolía la cabeza; el ruido del conmutador la estaba comenzando a afectar los nervios.

—Yo... Yo no sé. Parece increíble. Pero todo puede ser; no sé.

—¿Nadie más entró en la habitación en otro momento?

—Nadie.

—¿O a escondidas?

—¡No, por Dios!

—Ahora, veamos acerca de esas cartas anónimas. ¿Las tiene todas guardadas?

—Sí; las dos primeras no las tengo aquí, pero la tercera está en mi escritorio.

—Tilly Parsons negó haberlas escrito, ¿no es así? —Sí.

—¿Cree usted que fué ella? —Otra vez cerró el conmutador.

—No lo sé —contestó Mónica desesperadamente—. Si fué ella... —Miró a Bill—. Creo que Tilly tenía alguna buena razón para hacerlo. No quiero que se muera; ¡no deben dejarla morir!

Masters intervino en ese momento; mordiéndose el labio inferior, había estado paseándose por la pequeña oficina y moviendo la cabeza con aire de duda.

—Perdóneme, señor —dijo—. Pero, ¿está usted seguro de estar en la pista correcta? Hace poco le decía que este asunto de la Parsons me parecía típicamente un suicidio. Pregúntele al señor Cartwright el modo como habló y todo lo que dijo, y su comportamiento en el momento mismo. ¿Supóngase que colocó el cigarrillo ella misma, y luego se arrepintió y lo fumó?

Sir Henry miró a Mónica fijamente.

—Termine su historia —le dijo.

Mientras Mónica le obedecía, con la comunicación abierta entre las dos oficinas, aumentaba el aire de duda de Masters y la atención de Sir Henry.

—Estos detalles —murmuró éste— son fascinantes; también..., pero quiero verlo con mis propios ojos. Dígame, la señorita Fleur y estos dos individuos, Hackett y Fisk, estuvieron todos juntos en su oficina; ¿recuerda la hora en que se fueron?

Mónica meditó.

—Creo que antes de las siete; a las siete menos veinte o veinticinco minutos, creo.

—¿Se fueron juntos?

—No, la señorita Fleur se fué adelante y los otros dos se detuvieron a charlar con

Tilly en su oficina.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí?

—No mucho. Estaban apurados porque tenían que subir a verle a usted, más bien dicho al inspector Masters; no sabían que usted estaba aquí. Sólo estuvieron con Tilly entre cinco y siete minutos, luego se marcharon y Tilly les acompañó hasta la entrada.

Masters intervino.

—Eso está correcto, señor. Se nos reunieron aquí arriba a las siete menos diez, excepto esa señorita Fleur, que no llegó hasta las siete y veinte. ¿Qué le parece?

Sir Henry le hizo señas de que guardara silencio.

—¿Qué más?

—Luego Tilly entró en mi oficina y me pidió que fuera a la de ella; pero yo no acepté y, además, estaba O'Brien allí, de modo que ella salió dando un portazo.

Sir Henry indicó a Bill con un dedo.

—¿A qué hora llegó él?

—A las siete y veinte; estoy segura de eso.

—Sí. ¿Cuánto rato después de esto vino la Parsons y tomó el cigarrillo envenenado?

—No... No estoy segura.

Bill se aclaró la garganta.

—Tampoco estoy en posición de decir la hora con exactitud —dijo—. Pero creo que eran las siete y treinta.

—Eso debe ser —convino Mónica.

Sir Henry se puso ciego.

—Vengan conmigo —les dijo—. Tengo algo que me gustaría mostrarles.

XIII

—Ese es —dijo Bill, indicando el cigarrillo a medio fumar que yacía en el suelo, donde él lo había aplastado.

Los cuatro estaban en la oficina de Mónica. Habían venido desde el edificio principal en el automóvil de Bill, luego que Sir Henry Merrivale y Masters habían sostenido una larga conferencia con Hackett, Fisk y Frances Fleur. Fué una conferencia en la cual Mónica y Bill no fueron admitidos, siendo obligados a fumar y esperar en una antesala. Sin embargo, para intrigados aún más, la conversación no parecía ser en absoluto belicosa; incluso podrían haber jurado que en una ocasión escucharon un grito de júbilo de Tom Hackett.

Henry Merrivale estaba de pie en el centro de la habitación. Llevaba un casco de jugador de bolos. Debido a las quejas que había presentado el Departamento de Guerra por el sombrero de Sir Henry diciendo que era una vergüenza para Whitehall en tiempo de guerra, se había dejado convencer para cambiarlo por uno nuevo, menos llamativo y más limpio. Aun así, el espectáculo de Sir Henry con sombrero de jugador de bolos era algo que tenía que ser visto para ser creído.

Con este ornamento sobre su cabeza, olfateaba el aire y se paseaba por la habitación; se acercó donde se encontraba el cigarrillo; con infinito cuidado se agachó a recogerlo y lo olió.

—Esta es la bromita, sin duda —dijo—. Huélalo, Masters.

El inspector lo miró y se movió inquieto.

—Oh, ah. Pero vea, señor, ¿cómo lo hicieron? Este parece un cigarrillo marca Players común y corriente; tiene la marca en el lado sin fumar y todo lo demás. Si el asesino empapó el tabaco en belladona, liándolo luego, hizo un trabajo difícil; no es tan fácil liar un cigarrillo sin tener una máquina especial.

—Puedo explicarle cómo se hace —le dijo Bill—. Tilly me enseñó.

Masters se dió vuelta con rapidez.

—¿Miss Parsons le enseñó?

—Sí. Parece que en Nueva York se pueden comprar máquinas para liar cigarrillos en cualquier tienda. Se acaba de establecer, un impuesto sobre los cigarrillos, de modo que mucha gente prefiere liárselos ella misma. Usando tabaco inglés y papel de un cigarrillo Player, aunque no sé cómo se conseguiría eso, se podría hacer un buen trabajo. Tilly tiene, una de las maquinitas.

Los ojos del inspector se oscurecieron de sospechas.

—¿Así es la cosa? —murmuró con voz siniestra—. ¿De modo que la señorita tenía una, no?

Henry Merrivale no se mostraba impresionado.

—Masters, hijo —le dijo con tono preocupado—. Déjese de atar cabos; puedo decirle una manera más fácil de hacerlo. Sumerja la mitad del cigarrillo en belladona y déjelo secar; el color del papel en la mitad con ella quedará luego tan poco diferente que no se notará a la simple vista. La belladona (¿no se acuerda que la estudiamos en el caso de Félix Haye?) es un líquido incoloro.

—No lo creo —contestó Masters—. Escúcheme, señor.

Se acercó a la caja de cuero rojo encima del escritorio y dio unos golpecitos sobre ella.

—Probablemente —dijo— había sólo un cigarrillo envenenado aquí dentro. Quiero decir que el asesino no iba a preparar una caja entera de ellos; de todos modos, eso lo podemos averiguar contándolos. Pero —levantó un dedo imperativamente— había un solo cigarrillo envenenado y cincuenta inofensivos; y la señorita Parsons saca el envenenado la primera vez que abre la caja. No, señor; eso no es razonable; a menos que ella supiese cuál era el envenenado. Y le apuesto cualquier cosa que lo sabía.

Sir Henry lo miró con curiosidad.

—¿De modo que lo encuentra sospechoso? Espere un momento.

Con aire distraído se acercó a la puerta de la oficina de Tilly, la abrió y miró dentro de la habitación. La luz estaba prendida aún. Se notaba todavía un leve olor a cigarrillo. La oficina, como de costumbre, estaba llena de papeles; una taza de café ya helado estaba sobre el escritorio cerca del cenicero de pie.

Sir Henry se paseó por el cuarto; miró al cenicero, cuyos bordes estaban llenos de quemaduras, miró la taza de café e inspeccionó toda la pieza.

—Me pregunto —dijo sin mirar a nadie— si la muchacha estaría tomando café antes de que le dieran el veneno.

Masters saltó como un *foxterrier*.

—¡Un momento, señor! ¿Cuál es su juego? ¿Trata de hacernos creer que la muchacha se envenenó con el café?

—No —contestó Sir Henry—, el veneno estaba sin duda en el cigarrillo. —Todavía sin mirar a nadie, levantó las manos y se las apoyó en las sienes—. Pregunté una cosa muy simple y quiero una respuesta simple también: ¿Estaba bebiendo café?

Mónica y Bill cambiaron una mirada.

—No recuerdo —contestó Mónica—. No recuerdo ni siquiera haber mirado allí dentro; pero supongo que sí. Bebía café todo el día.

—Sí —dijo Sir Henry—. Ya me lo había dicho antes. Ese es todo el triste asunto; ella bebía café todo el día.

Se dió vuelta; tenía un aspecto curioso, mucho más siniestro que la mueca de Masters.

—Mire —le dijo a Mónica—. Comience de nuevo, y cuénteme con detalles todo lo que le sucedió desde que plantó a este joven en el Departamento de Guerra. Hágalo

como en las novelas policiales; no deje de decirme nada, no importa cuán sin importancia parezca. ¡Por amor de Dios, piense cuidadosamente!

—¡Pero no hay nada que no le haya contado! —protestó Mónica—. Excepto, por supuesto.

—¿Excepto qué?

—Excepto que me encontré con Jimmy, el mensajero, cuando venía llegando. —Le explicó esto, y, para su asombro, Sir Henry la escuchó con la mayor atención—. Eso es todo —concluyó—, aunque yo no confiaría mucho en lo que dice. También me contó que la señorita Fleur llevaba una botella de cerveza cuando la encontró en el escenario 1882, justo antes de...

Mónica se detuvo, algo asustada; sus tres oyentes se sobresaltaron.

—Una botella de cerveza —murmuró el inspector Masters.

—Sí, ¿pero qué importancia tiene? —dijo Mónica.

—Ese ácido que te echaron a la cara —respondió Bill— estaba en una botella de cerveza. La encontré en el segundo piso de la casa del médico y la llevé en mi maletín, hoy día al Departamento de Guerra.

No hubo tiempo para comentar esto; desde el exterior del edificio llegó un ruido como si estuvieran atacando a alguien. Tom Hackett, con una linterna en la mano, apareció súbitamente. Detrás de él tropezaba Howard Fisk, ajustándose los anteojos.

—Todo está bien —dijo el productor—; ya no necesitamos a la policía. No soy un hombre muy religioso, pero por San Jorge que podría decir un par de oraciones ahora. Tilly está bien.

—¿Qué quiere decir? —dijo Sir Henry mirándole, y pareció que él mismo estaba diciendo una oración.

—Quiero decir que está sentada en su lecho. —Estaba tan excitado que la linterna se le escapó de las manos y se estrelló contra el piso—. El médico le colocó dos inyecciones de una cuestión llamada pilocarpina, y se sentó y lo palmoteo. Está allí bebiendo café y jurando como un marinero. El médico está asombrado; casi se desmaya; dice que debe tener una constitución como de un toro. Dice que está seguro de que podría tomarse una lata de cemento armado sin que se le moviese un cabello. No se va a morir. ¿Comprenden eso?

Hackett se aclaró la garganta; sacó un pañuelo y se secó la frente. Con una especie de estremecimiento, como si estuviese tan aliviado que casi le hiciese daño, se sentó en el sillón. Howard Fisk estaba más bien pálido.

—Es un alivio —concedió con voz suave—: Un gran alivio. Después del juegucito de quita y pone que nos hizo Sir Henry, es bueno saber que ninguno de nosotros tiene un crimen sobre la conciencia. Al mismo tiempo tengo una queja que hacerle. ¿Qué es lo que le ha hecho a la buena de Frances?

—¿Frances? —preguntó Sir Henry.

El director se adelantó dos pasos.

—Sí, Frances. Si yo fuese usted, tendría más cuidado. Gagern ha vuelto de

Londres y le anda buscando; no me sorprendería si le reta a duelo a la manera alemana. ¿Qué es lo que le dijo en la entrevista privada que tuvo con ella? Se fué llorando; lo sé porque la vi. Hace cinco años que estoy tratando de hacerla llorar en las películas y no lo he conseguido; llegué a creer que no sabía. ¿Qué es lo que le dijo?

Los ojos de Sir Henry estaban ocultos por la sombra del extraordinario sombrero.

—Le dije algunas verdades domésticas —dijo con tono de aburrimiento—. Tome asiento, hijo.

—¿Verdades domésticas? ¿Quiere decir que...?

La boca del director se movió; parecía no saber qué hacer con sus largas manos.

—Le dije que tomara asiento, hijo.

Sin embargo, pensó Mónica, Fisk tenía motivos para estar inquieto. Kurt Gagern, que llegó en ese instante, no estaba en un estado de ánimo tranquilizador. Respiraba ruidosamente por la nariz enrojecida. Bajo la sombra de su sombrero de fieltro, la mirada de sus ojos lacrimosos que dirigió a Sir Henry no podía llamarse precisamente respetuosa.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó—. ¿Qué han hecho con ella?

—Está bien —le aseguró Sir Henry—. Quizás esté un poco asustada por unas cuantas preguntas inconvenientes sobre una botella de cerveza y tres cartas anónimas; pero se le pasará.

—¿Una botella de cerveza y tres cartas anónimas? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Si todos se ponen cómodos —dijo Sir Henry—, les explicaré. Es mejor que aclaremos esto de una vez por todas.

Un brusco silencio, con una especie de desagradable temor, les dejó mirándose unos a otros. Henry Merrivale fué a la habitación de Tilly y volvió con dos sillas; hizo sentarse a Mónica en una, enfrente de los demás, como si fuese un alumno, en un examen, y él se sentó detrás del escritorio.

Quitándose su extraño sombrero, lo puso encima de la mesa con cuidado; tomó la caja de cuero rojo y la puso enfrente, de modo que todos la pudiesen ver; luego, con la mayor calma, sacó del bolsillo una pipa negra y una bolsa de tabaco, y siempre con gran calma, limpió la pipa, sacándole las cenizas. Con las mejillas infladas y los ojos fijos en el fósforo con que encendía la pipa, se parecía a un oso bajo la luz que Mónica había cubierto con la hoja de papel; el tabaco que usaba se parecía a la estopa para limpiar cocinas; el humo se elevó en círculos hacia el cono de luz.

—Masters —continuó, poniéndose cómodo—, usted hizo una magnífica sugerencia hace un rato. —Se inclinó para golpear la tapa de la caja de cuero—. Estos cigarrillos. Cuéntelos.

—¿Eh?

—Vácelos y cuéntelos. En alta voz.

Masters, haciendo un gesto, extendió la fila de cigarrillos en la mesa, y los fué desplazando de a cuatro, como el cajero de un banco.

—Cuatro, ocho, doce, dieciséis, veinte, veinticuatro, veintiocho, treinta y dos, treinta y seis, cuarenta, cuarenta y cuatro, cuarenta y...

Masters se detuvo; su rostro reveló una expresión de asombro. Empezó a contar de nuevo. Luego miró a Henry Merrivale.

—No, hijo —exclamó éste, que parecía estar intensamente satisfecho con su pipa—. No se ha equivocado. Ahora podemos continuar con la conciencia limpia y sabiendo que vamos bien. El cuasi asesino tuvo una suerte estupenda con la confusión de las cosas en general. —Le hizo un gesto a Bill Cartwright—. Usted, hijo; cuéntelos.

—Mire... —comenzó Tom Hackett, pasándose una mano por el cuello.

Bill hacía rato que se daba cuenta de lo que se aproximaba, pero sentía deseos de reír; el espectáculo de Hackett, Fisk y Gagern sentados en el sillón enfrente de Mónica, na era como para ser visto con gravedad; pero le parecía tener la cabeza embotada; tuvo que contar dos veces los cigarrillos para poder darse cuenta del total.

—Tiene que haber algún error —dijo, con una voz que sonó demasiado fuerte—. Sólo hay cuarenta y nueve cigarrillos aquí.

Tom Hackett dió un salto y se sentó de nuevo.

—Está bien, hijo —respondió Sir Henry exhalando una gruesa nube de humo; su aire de gozo se acentuó—. Ahora, Joe.

—No sé a quién le dice Joe —contestó Gagern, con una voz más bien penetrante.

—Hagamos de cuenta que no he dicho nada. Hoy —continuó Sir Henry— me hizo usted seis preguntas, que debían ser contestadas para que este asunto se solucionara. Si me las hace de nuevo, trataré de contestarlas.

Gagern vaciló.

—No recuerdo el orden de las preguntas, pero recuerdo con toda claridad cuáles eran. Bueno, la primera es: ¿Quién robó la película y por qué?

Sir Henry se quitó la pipa de la boca.

—Nunca hubo ningún robo de películas, hijo —le contestó.

Si una bomba de tiempo hubiese estallado bajo el sillón, no habría causado más conmoción.

—Mire —dijo nuevamente Hackett, pasándose un dedo por el interior del cuello de la camisa y dirigiéndose a Masters—. No quiero parecer criticón, señor Masters; ¿pero su amigo no está completamente loco? ¿Puede usted negar que la película ha desaparecido?

—No niego que ha desaparecido. Todo lo que dije es que no ha sido robada.

—¿Me acusa usted de robarme a mí mismo?

—¿Cuál es la próxima pregunta, hijo?

—La próxima pregunta —respondió Gagern, después de mirar el suelo pensativamente— es: ¿quién puso el ácido en la botella de agua en el escenario y por qué?

—¡Ah! —dijo Henry Merrivale con los ojos brillantes—, ahora viene la mejor

parte. Respuesta: La misma persona que vertió el ácido por el citófono, disparó el tiro de revólver y preparó el cigarrillo envenenado. Puso ese ácido en la botella de agua para hacer creer que había un maniático suelto, decidido a hacer sabotaje. De modo que se preocupó expresamente de hacer caer la botella de agua.

Hasta este momento Howard Fisk había permanecido silencioso. Tampoco dijo nada ahora; estaba sentado tranquilamente, como una abuela en una reunión familiar, las manos cruzadas sobre sus rodillas pero la incrédula sonrisa que asomó a sus labios respondió por él.

Pero Hackett no era tan paciente.

—¿No vas a contestar esa mentira, Howard? —preguntó.

—La próxima pregunta —dijo Sir Henry.

—La próxima pregunta es la que más nos ha intrigado a todos: ¿cuál es la razón para el intenso odio personal que el... autor de todo esto demuestra por la señorita Stanton?

Sir Henry aspiró profundamente.

—La respuesta, hijo, es corta y dulce. No hubo jamás la más pequeña animosidad en contra de ella.

—¡Este hombre está loco! —gritó Hackett con rudeza—. Está totalmente loco. No lo creía antes, pero ahora estoy seguro. La próxima cosa que nos va a decir es que la señorita Stanton jamás fué atacada.

Henry Merrivale asintió.

—Tiene usted toda la razón, hijo —le respondió con profunda seriedad—. Jamás fué atacada.

—Alguien —dijo el productor con los dientes apretados— le echó ácido a los ojos para quemárselos, le disparó un tiro al rostro y deslizó un cigarrillo con belladona en su escritorio. ¿Y usted nos dice que nunca fué atacada?

—Bueno —dijo Sir Henry mirando su pipa con atención y dándole una chupada. Todo depende de cómo defina usted un ataque y de la dirección de éste. Primero que todo, el asesino estaba equivocado, y esto sirvió para equivocarlos a todos ustedes. Pero me estoy adelantando. ¿La próxima pregunta?

—Todas las demás preguntas —respondió Gagern— son sobre lo mismo. ¿Quién atentó dos veces contra la señorita Stanton, y por qué? ¿Están todas estas cosas relacionadas, y si lo están, cómo?

—¡Ah! —dijo Henry Merrivale, dándole una última chupada a su pipa. La colocó cuidadosamente en el cenicero y se puso de pie, caminando hasta el sillón. La mirada de sus ojos no era agradable.

—Están todas relacionadas en cierta forma, hijo —replicó.

—¿En qué forma? ¿Y por qué?

Henry Merrivale se acercó. Su expresión era diabólicamente complacida. Antes que nadie hubiese alcanzado a moverse, había estirado la mano, cogido la corbata de Joe Collins, alias Kurt Gagern, enrollándola en su mano y haciéndole arrodillarse a

sus pies.

Dijo:

—Porque tú, Joe, eres el pequeño bromista responsable de todo esto. Tú eres el individuo que echó el ácido, disparó el tiro de revólver y acabas de fallar ahora al tratar de asesinar a la mujer con que te casaste hace dos años en Hollywood. —Luego continuó—: Hay algo más, Joe. Si compartes la opinión general de que el viejo se está poniendo chocho y bueno para la Cámara de los Lores; si crees que no me di cuenta desde el principio de que todo el plan estaba dirigido contra Tilly Parsons, sería mejor entonces que metieras la cabeza en agua fría antes de venirme de nuevo con la cantinela de querer alistarte en el servicio otra vez. Puede que no te podamos probar intento de asesinato, pero sí bigamia apenas Tilly Parsons esté en condiciones de poner los ojos sobre tu hermosa cara; y eso es lo que querías evitar todo este tiempo, ¿no es así?

Gagern no contestó. No podía hacerlo, porque la corbata lo tenía medio estrangulado; tenía la cara verde y una especie de murmullo le salía de entre los labios. Cuando Henry Merrivale le soltó, cayó como un saco sobre el piso; y las lágrimas que tenía en los ojos eran más reales que las causadas por la zambullida en el lago.

XIV

—¿A mí? —dijo Tilly Parsons—. No podrían matarme ni con un hacha de guerra; no pienso en morirme. ¿Tiene alguien un Chester?

Así hablaba Tilly Parsons dos días más tarde, en un agradable atardecer, después que los asuntos habían terminado, tal como habían comenzado, en la oficina de Tom Hackett en Albion Films.

Como buen anfitrión, Hackett había preparado unos cócteles para celebrar tanto el término de la filmación de «Espías del Mar», como de la meteórica carrera de Joe Collins como aspirante a asesino. Era verdad que Tilly estaba aún un poco pálida, pero llevaba un vestido cuyos colores podría haber distinguido un ciego a una distancia de veinte metros, e ingería *whisky* a una velocidad que casi le hizo saltar a Hackett los ojos fuera de las órbitas.

Ciertamente que el festejo se estaba transformando en una fiesta formal. Era indecoroso, aunque excusable, que cada diez minutos Bill y Mónica se dirigiesen a la habitación contigua para lo que Tilly llamaba lamerse. Fisk estaba con un brazo alrededor de una actriz joven, a la cual cortejaba en varios sentidos. Frances Fleur, cuya desgracia por lo sucedido había durado exactamente veinticuatro horas, bebía, para la desesperación de todos, jugo de naranjas.

Pero en medio de todos, más orgulloso quizás que el día que había acusado de asesinato a James Answell, estaba Sir Henry Merrivale. Nunca se lo habían imaginado; mantenía una maligna y fija mirada que hacía saltar a la artista de Fisk cada vez que la miraba. Pero estaba contento, porque se le iba a tomar una prueba para Ricardo Tercero, y se le habían dado para ella una armadura y un yelmo de verdad.

—Vamos —dijo Tilly—. Ya sabe para qué está aquí, viejo pirata. Y no me asusta aunque mire con esos ojos. Cuéntenos; explíquenos cómo le siguió la pista cuando el resto de nosotros no tenía idea. Desde que todo es culpa mía, en cierto sentido, tengo derecho a saberlo.

—¿Está segura de que quiere saberlo? —le preguntó suavemente Fisk.

Por un instante el rostro de Tilly se contrajo. Si fué por sentimentalismo, o por el alcohol o por una emoción real, ni la misma, Tilly podría haberlo dicho; pero luego de un instante, sacó un pañuelo, se secó los ojos y terminó su vaso con aire desafiante.

—Ya lo creo que quiero saberlo —replicó—. Después de todo, si Frances puede soportarlo, yo también puedo. El hijo de perra ese la trató peor que a mí. —La miró con franca curiosidad—. ¿Cómo se las arregló para engañarla, querida?

Frances Fleur, sorbiendo su jugo de naranja, le devolvió la curiosidad con intereses.

—¿De modo que somos rivales, no es así? —dijo con aire de sorpresa—. ¡Qué divertido! —rió.

Tilly se molestó.

—¿Qué es lo que halla tan divertido? —preguntó.

—Nada, querida.

—¿Quiere decir que soy un esperpento? —dijo Tilly, cándidamente—. Ya lo creo que lo soy; nunca pensé que el fulano se casaba conmigo por mi belleza; pero la viejecita está viva todavía, querida, no lo olvide. Después de todo, yo no soy la traicionada en este asunto. Es usted.

Frances Fleur dejó el vaso.

—¿Está usted insinuando que soy una mujer traicionada?

—Bueno, que es una traicioncita entre amigos —contestó Tilly, bromista hasta el final—. Si eso fuese todo lo que me hubiese sucedido a mí, me consideraría dichosa. Las desgracias comienzan cuando menos se piensa. Lo que me recuerda —se volvió hacia Mónica y Bill— que la manera como ustedes dos se comportan es un escándalo público. ¿Qué diría tu tía Flossie si te viese? ¡Uf! ¡Debiera darte vergüenza! Llénelo de nuevo, Tommy, y no lo escatime.

—¡Viva la tía Flossie! —dijo Bill, sentando a Mónica sobre sus rodillas y besándola.

—Terrible —dijo Tilly, con aire medio ausente—. Chocante. ¿Qué era lo que estaba diciendo? ¡Ah, el viejo pirata! Vamos, querido, cuéntenos eso.

Durante un rato, Henry Merrivale se quedó silencioso, con aire meditativo, mascando la punta de su cigarro; luego se le oyó decir con voz baja:

—Ahora es el invierno de nuestra desgracia, hecho verano por este sol de York. Ahora...

—Muy bien, querido; está magnífico; los dejaré tiesos. ¿Pero qué le parece hacerme un poco de caso, para variar?

Lo que siguió fué caótico. En primer lugar, a Sir Henry no le agradaba que se dirigiesen a él como viejo pirata; en segundo lugar, creía que tenía temperamento artístico, por lo cual no debían interrumpirle cuando estaba ensayando. Gritó tanto sobre la ingratitud, que costó bastante calmarlo. Cuando al fin habló, fué con una especie de contenida impaciencia.

—Miren —dijo—. La mejor manera de que se expliquen el asunto es que lo hagan solos, recordando lo que sucedió; entonces ríen necesitarán casi mi ayuda.

Fumó en silencio durante un rato. Luego miró por encima de sus anteojos, primero a Mónica y luego a Thomas Hackett.

—Quiero —dijo— que trasladen sus mentes a la tarde del 23 de agosto en esta oficina, donde comenzó todo. Usted —indicó a Mónica— y usted —su dedo mostró a Hackett— están aquí conversando antes de que el joven Cartwright entre.

¿Comprenden?

—Sí —dijo Mónica.

—Sí —dijo el productor.

—Muy bien. Y suena el teléfono, ¿no es así? ¿Y quién está al fono?

—Kurt Gagern —contestó Hackett—. O Joe Collins o como sea su maldito nombre.

Sir Henry miró a Mónica.

—¿Está bien eso? ¿Se recuerda de ello?

—Sí —contestó Mónica—, me acuerdo porque el señor Hackett se dirigió a él como Kurt. ¿Por qué?

—Él le dijo —continuó Sir Henry dirigiéndose a Hackett— lo del ácido en el escenario. Usted le contestó que no podía ir al escenario hasta un minuto después. ¡Ahora piense! ¿Qué más le dijo?

Los ojos del productor se achicaron; miró fijamente el teléfono; luego, como súbitamente iluminado, dijo:

—Le dije: «La nueva escritora acaba de llegar...».

—Exactamente —dijo Henry Merrivale—. La nueva escritora acaba de llegar. Ahora quiero que piensen un instante en el terrible significado de esas palabra para el individuo que las estaba escuchando.

»¿Qué diablos querían decir? Desde mediados del mes estaba decidido que Tilly Parsons, la gran argumentista, vendría desde Hollywood para trabajar en el argumento de Espías del Mar». Nadie sabía con exactitud cuándo llegaría; usted mismo no lo sabía; pero se la esperaba. Los pensamientos de todos ustedes, incluso el de Gagern (llamémosle así), estaban pendientes de «Espías del Mar». Cuando Gagern oyó por el teléfono que la nueva escritora había llegado, ¿qué pensó? ¿Qué habría pensado cualquiera de ustedes?

Hizo una pausa.

—Gagern estaba listo para recibirla; había arreglado la pequeña farsa de la botella de ácido para que pareciese que había un maníaco haciendo sabotaje, para que después, a su llegada, no causara asombro cuando el ácido le quemase los ojos...

Tilly se puso blanca; la misma Mónica se sintió enferma.

—Para cegarla —concluyó Sir Henry—. Había cambiado su voz lo bastante como para que no hubiese peligro de que lo reconociera, siempre que no pudiese verle.

»Creía no tener otra escapatoria; no podía huir. Era misericordioso, no quería matarla. Solamente quería dejarla ciega.

»Como digo, ya tenía preparado el camino para esto mediante su pequeña treta de la botella de agua. Calculó esto una semana antes de su posible llegada. De modo que le sorprendió horriblemente cuando llamó aquí para comunicar lo del ácido y descubrió que Tilly Parsons, así pensó él, ya estaba aquí. Tenía que trabajar rápido ahora, o lo delatarían. Estaba asustado, pero no sorprendido, de que Tilly Parsons hubiese aparecido de repente. ¿Por qué habría de estarlo? Cualquiera que la conozca

sabe que aparecer inesperadamente es algo muy característico suyo...

»Entonces, ¿qué más sucedió? Usted —señaló a Tom Hackett— salió hacia el escenario, dejando a Mónica Stanton con Bill Cartwright, ¿no es así?

—Así es —afirmó Hackett.

—Le dijo a Cartwright que la llevase en seguida al estudio, ¿no es así? Luego, en el escenario, ¿sacó a Gagern de su error? ¿Le dijo: Hijo, estás equivocado. La muchacha que viene con Cartwright no es Tilly Parsons, sino que Mónica Stanton? No, no lo hizo. Y se lo probaré.

Esta vez Sir Henry dirigió sus siniestros ojos hacia Howard Fisk, con tal intensidad, que éste quitó el brazo que tenía alrededor de la rubia.

—¿Recuerda —prosiguió Sir Henry— las primeras palabras que dijo cuando le presentaron a Mónica Stanton? Yo las recuerdo, porque tengo la copia de ellas que me entregó el señor Cartwright; ¿pero usted se acuerda?

Fisk dió un silbido; también él pareció recordar súbitamente.

—Dios mío, por supuesto —murmuró dirigiéndole a Mónica una débil sonrisa—. También creí que era Tilly Parsons. Le dije: «Ah, el experto de Hollywood. Hackett me había hablado de usted. Espero que no encuentre demasiado lentas nuestras técnicas inglesas». —Reflexionó—. Tiene usted toda la razón. Hackett nos dijo a Gagern y a mí solamente que la nueva escritora acababa de llegar, y que venía en camino al estudio acompañada de Bill Cartwright. Estábamos demasiado preocupados por el otro asunto para más explicaciones.

El cigarro de Sir Henry Merrivale se había apagado, pero no lo volvió a encender.

—Y ahora —continuó— quiero señalar un hecho que, si ustedes hubiesen tenido el seso despejado, habría aclarado el asunto en ese mismo instante.

»Ustedes establecieron que, a menos que hubiese ocurrido un milagro, el asesino tenía que ser uno de los cinco: Frances Fleur, Thomas Hackett, Howard Fisk, Bill Cartwright o Kurt Gagern. Cuando el asunto del ácido sucedió, nuestro amigo Gagern era el único que aún no había conocido a Mónica Stanton. Era el único que no sabía que no era Tilly Parsons. Era el único que no sabía quién era en realidad y qué era. Era el único que podía haber cometido una equivocación. Naturalmente que se escondió hasta que echó el ácido; y cuando llegó haciéndose el inocente a la ventana, que me maten, ¡pero qué impresión debe haber tenido!

»Pueden apostar que se quitaría de la vista de la que él creía que era Tilly Parsons. Todo lo que tuvo fué una visión de ella en un escenario medio a oscuras; más tarde, vislumbró su cabeza y sus hombros por la ventana del piso superior de la casa del médico en el escenario 1882. Usted —e indicó a Tilly con la punta del cigarro—. ¿Cuál es el color de su cabello?

—Podría hacerme el favor de llamarlo rubio —contestó Tilly.

—Es oxigenado, ¿no es así?

—Por Dios —murmuró Tilly—. ¡Qué lisonjero es usted! Sí, viejo pirata, es oxigenado.

—¿Cómo lo usa?

—Encrespado.

—Sí. Ahora miren con detención a esta muchacha Stanton; fíjense en el color de su cabello y cómo lo usa. También quisiera saber qué clase de vestidos lleva generalmente. No me refiero a ese mamarracho que lleva en este momento —explicó Sir Henry escogiendo cuidadosamente los términos, mientras Tilly se ponía de color púrpura—. Quiero decir la clase de vestidos que usa generalmente. ¿Traje sastre, no es así? Y Mónica Stanton llevaba el 23 de agosto un traje sastre gris.

»Joe Gagern tenía demasiada mala suerte; si hubiese visto de lejos a la Stanton; si le hubiese visto el rostro al resplandor de un fósforo, no la habría confundido con usted, lo mismo que no habría confundido un serafín de Miguel Angel con una avestruz del desierto de Belcher. Pero no tuvo esa oportunidad. Incluso si hubiese podido escuchar su voz, quizás todavía habría podido salir de su error; pero sólo, la escuchó a través de un citófono que habría hecho que la voz de la Patti se pareciese a la del Pato Donald en una tormenta. De esta manera, la equivocación se completó.

—No lo soporto —dijo Tilly—. Las sutiles alabanzas de este hombre me están volviendo loca. Si alguna vez me repongo de este ataque de dolor de cabeza, trataré de ser más amable con mis amistades.

Pero era pura fanfarronería. Súbitamente se estremeció, y hubo como un calofrío en la habitación.

Bill Cartwright no se dió cuenta de esto. Recordando el momento en que Gagern se asomó por la ventana en el escenario 1882, sintió que su pecho se llenaba de amargura.

—Y esta amargura quiero sacarla de mí inmediatamente —declaró—. Dígame: ¿no estaban en lo cierto todas mis teorías acerca de la culpabilidad de Gagern, que usted ridiculizó?

—Es verdad, hijo.

—Entonces, ¿por qué diablos no me lo podía decir?

Henry Merrivale tenía un aire apoloético.

—¿Sabe, hijo? Podía haberse tratado de cosas muy importantes. No podía decirle nada. Tenía que asegurarme de que Joe no estaba comprometido en ninguna cuestión de espionaje, y estaba casi seguro de que no lo estaba. En lo que se refería a eso, como se lo dije a Kern Blake, se podía confiar en él; y era la verdad. No hubo jamás nada de espionaje. En lo que se refiere a otras cosas, la culpabilidad de Joe era tan evidente que se notaba a una milla de distancia. Pero tenía que darle sogas para saber cuál era su juego.

»Joe pensó que sería terriblemente fácil engañar al pobre viejo que soy. Fíjense en las fechas: mediados de agosto: se decide importar a Tilly Parsons para Albion Films. Medios de agosto: Joe Gagern me ofrece sus servicios en caso de que estalle la guerra. ¿Razones? Adivínenlas. Pronto, muy pronto, su ex esposa llegaría a Pineham; pero él pensaba impedir que ella revelara su verdadera identidad; y tiene la magnífica

ocurrencia de pensar que en caso de que cualquier cosa le estropee sus planes, me tiene a mí para que lo proteja, diciendo que es uno de mis hombres. El...

Hizo una pausa para mirar a Tilly.

—¿Con qué nombre se casó con usted, a propósito? Me lo dijeron cuando hablé por teléfono con la policía de Los Angeles, el miércoles por la noche, pero lo he olvidado.

A pesar de sí misma, las lágrimas se asomaron a los ojos de Tilly nuevamente.

—Fritz von Elbe —dijo, mientras se sonaba violentamente la nariz—. Me dijo que era mayor de Ulanos en la última guerra. Ustedes saben, esos con los sombreros raros.

—¿Y luego?

—Y —prosiguió Tilly— falsificó uno de mis cheques, por quince mil dolares, y se largó. Así fué cómo... No importa. ¡Una vez le dije a Bill Cartwright cómo odio a los farsantes! Y él era de marca mayor.

Henry Merrivale asintió.

—También fué muy curioso y significativo —añadió— que dos días antes de la llegada de Tilly Parsons (la verdadera esta vez) Gagern se cayese al lago y fuese enviado a la cama con influenza. Él mismo me confesó que nunca se la había encontrado frente a frente. Pero nos estamos adelantando. En el momento del asunto del ácido...

—¿Qué pasó con la coartada que él tenía? —preguntó Bill.

—¿Quiere decir —le preguntó Sir Henry con un gesto que en cualquier otro ser hubiese sido malvado— cuando se suponía que estaba hablando conmigo por teléfono?

—¿Sí?

—Su coartada —dijo Sir Henry— era una basura. El fulano no era nada más que un estúpido, compuesto por iguales partes de errores y presunción. Todo lo que hizo fue llamarme y decirme que estaba hablando a las cinco y diez. Cualquier individuo que trate de pasarle ese truco a un hombre que tiene una oficina desde, la cual se oye claramente el Big Ben, merece algo peor de lo que le espera a él.

»En realidad, me telefoneó poco antes de las cinco; pero pensé que sería muy saludable, bueno para su alma, si no le sacaba del error y veía dónde quería ir a parar.

»Entonces creyó que ya tenía todo listo, y escribió el mensaje en la pizarra: «Dígale a la señora...».

—Con mi letra —gruñó Tilly.

—Con su letra, eso es. Joe Collins Gagern pensó que era un golpe de ingenio; iba a cegarla a usted con ácido y el mensaje estaría escrito con su letra.

»Luego ¿qué sucede? ¡Ah! A la distancia, en la penumbra, ¿qué es lo que ve? Ve (él lo creyó así) a sus dos esposas sentadas en sillas de lona, conversando tranquilamente.

—¿Quiere decir —gritó Mónica— que me vió a mí con la señorita Fleur?

—Vió nada más que su espalda; recuerdo perfectamente que en su declaración usted decía que la señorita Fleur miró por encima de su hombro, y luego se disculpó de pronto y la dejó sola.

En este punto Bill Cartwright no se levantó y se disculpó, sino que se puso de pie y bailó de rabia.

—¡Por todos los demonios! —gritó—: ¿De modo que también estaba en lo cierto acerca de eso? ¿Llamó a Frances para darle algún encargo falso y poder tener así a su otra esposa sola?

—Pregúntele a ella, hijo —contestó Henry Merrivale.

Frances Fleur no parecía estar tan afectada como Tilly por este relato. Pero de vez en cuando había una chispa de temor en sus bellos ojos.

—¡Los hombres —se quejó— son tan extraños!

—¡Oh, Dios! —asintió Tilly.

—Pero lo son, ustedes saben. Ahí tienen al pobre Rooney, mi primer marido, poniéndoles cara a las sirvientas y todo lo demás. Casi diría que mientras sea en su propia casa, pase. Pero cuando comienza a hacerlo con las sirvientas de otras gentes, y a través de las ventanas... Bueno...

Tilly la miró espantada.

—Señora, hay algo de que no puede quejarse en toda caso: de la variedad de sus matrimonios. Con un estrangulador o un piromaníaco para su tercera boda, estará lista...

—Tiene razón —dijo Frances pensativa—. Pero na estoy casada al final de cuentas, ¿no es así?

—No, no lo está —dijo Tilly, no sin ironía—. Usted es una mujer traicionada; ha estado viviendo en pecado. ¡Uf!

Frances Fleur lo pensó durante un rato.

—Yo no —respondió—, pero el pobre Kurt, sí. —Vaciló—. ¿Sabe? Me pareció que había algo raro cuando me llamó por encima del hombro de Mónica y me dijo que fuera en seguida a estudiar el escenario del salón de fumar del «Brunilda». Volví un momento después y lo vi escondiendo una botella en el escenario 1882. Cuando se hubo ido, fui a ver la botella y burbujeaba. No supe lo que era, y todavía no lo sé; pero supuse que estaba bien, ya que Kurt lo decía. De modo que dejé la botella en su sitio antes de que viniese y me sorprendiera.

De nuevo vaciló.

—Después de todo, no hay que ser tan severos con él. Me engañaba, pero debo haberle gustado mucho para hacer todo lo que hizo, ¿no es así?

—Eso hay que reconocerlo —dijo Howard Fisk—; quizás sea la única emoción sincera que sintió. Pero, con toda el respeto debido a su... destrozado corazón, dejemos que Sir Henry continúe. Gager hizo el primer atentado con el ácido, pero fracasó. Luego vió...

—Vió —dijo Sir Henry—, con la clara luz de la inspiración, que le habían dado

una ganga.

»Todos en Pineham estaban ahora firmemente convencidos de que alguien trataba de asesinar a Mónica Stanton. ¡Admirable! Dejémosle que lo piensen. Gagern se miraba al espejo y se volvía loco; porque su nueva vida le significaba demasiado y su nueva esposa y su nueva posición. No podía, sencillamente no podía dejar que Tilly Parsons lo echara todo a rodar. Había una sola cosa que podía hacer. De modo que pasó del fraude al vitriolo y así...

—Y así al crimen —completó Bill.

—Y así al crimen, es verdad. Pero se le ofrecía una magnífica oportunidad. Asesinar directamente a Tilly Parsons era peligroso. Muy peligroso. Si alguien comenzaba a investigar los motivos del crimen con cuidado, el pasado podía levantarse de su tumba y descubrirlo. Pero supóngase que Tilly Parsons moría, y todo el mundo pensaba que el atentado había sido contra Mónica Stanton.

»Era totalmente seguro que todo el mundo habría dicho que era una terrible equivocación y habría corrido tras los motivos del atentado contra la muchacha Stanton, y él estaría a salvo.

»De modo que planeó las amenazas contra Mónica Stanton; escribió las cartas anónimas; después se fué a gritar bajo las ventanas de Mónica con una bastante buena imitación de la voz de Tilly, esa noche que Bill Cartwright casi lo agarra.

»Por supuesto que el disparo no estaba destinado a herirla a usted —miró a Mónica—. Ni siquiera cerca de usted. Por el contrario, si tenía la mala suerte de matarla a usted, su plan se acababa para siempre. Y casi lo hace, porque Cartwright, al atraerla cerca de la ventana, la puso justo en el camino de la bala.

—¿De modo que soy el malo de la comedia otra vez? —dijo Cartwright, no sin amargura.

—Usted había molestado a Gagern, hijo —le aseguró Sir Henry—. Durante tres semanas le había seguido la pista; durante tres semanas casi no le había permitido actuar. Tenía que hacer algo para remediarlo.

»De modo que Gagern, listo ahora para la parte seria, jugó su as de triunfos.

»Pensó que podría persuadirme a mí (¡a mí!) de que le llamase a usted a mi oficina y le rogase con lágrimas en los ojos que le dejase tranquilo. ¿Creen ustedes por un minuto, que si yo no hubiese sabido que era un farsante, habría traicionado a un extraño la identidad de uno de mis hombres? —Sir Henry sacudió la cabeza con escepticismo—. Jamás, hijo. Si mis hombres no se las saben arreglar sin un certificado firmado por mí, no me sirven ni a mí ni a nadie más.

»Dé modo que se sentó en mi oficina y nos contó unas historias conmovedoras; todas ellas sonaban a falso desde lejos; era demasiado noble; era demasiado actor.

»Terminó el acto arrojando un poco de sospechas sobre la misma Tilly. No muchas; sólo que no estaba seguro de que la mujer que se encontraba en Pineham era la misma Tilly Parsons que había conocido en Hollywood. De este modo, admitía haber estado allí, si es que el hecho alguna vez salía a luz; pero pensó que sería

magnífico si podía mezclar a Tilly Parsons en el asunto de Mónica Stanton... para luego, o por suicidio o bien por equivocación, hacerla desaparecer.

»Hacia el final de la entrevista en mi oficina, estaba claro como el agua que pensaba dar pronto el golpe decisivo. Lo que sucedió antes de lo que yo había pensado, por una razón muy sencilla. Lo que yo no sabía entonces era cómo lo iba a hacer.

Henry Merrivale se echó atrás en su sillón.

—Supongo que ya saben cómo fué el truco del cigarrillo envenenado, ¿no es así?

Hubo un gruñido, proveniente de Tom Hackett.

—¡No, que me maten si lo sé! —exclamó—. Gager, maldito sea, era el único de nosotros que no podía haberlo hecho. Era el único de nosotros que era imposible que hubiese deslizado el cigarrillo envenenado dentro de la caja.

—Pero, hijo —dijo Sir Henry pacientemente—. Jamás hubo ningún cigarrillo envenenado dentro de la caja. —¿Qué?

—Digo, hijo, que jamás hubo un cigarrillo envenenado dentro de la caja.

—Pero...

—Bueno, resuélvanlo solos —dijo Sir Henry—. Usted —miró a Mónica— compró cincuenta cigarrillos y los puso en una caja vacía. Nadie fumó ninguno de ellos hasta que usted —se dirigió a Tilly— tomó uno a eso de las siete y treinta. ¿Correcto?

—Sí.

—Sí; pero si alguien hubiese colocado un cigarrillo envenenado dentro de la caja, habría habido cincuenta y uno, ¿no es así? De modo que cuando usted sacó uno de la caja, deberían haber quedado cincuenta, ¿no es así? Sí. Pero cuando los contamos sólo había cuarenta y nueve. Lo cual quiere decir que lo que usted sacó de la caja, cabeza vacía, era un cigarrillo Player común y corriente, pero que alguien diestramente lo cambió por uno envenenado una vez que usted volvió a su oficina.

—¡Dios mío! —exclamó Tilly, levantando una mano—. Escuche, viejo pirata: hasta aquí le he creído, pero ya no más. Yo soy la víctima, ¿no es así? De modo que yo sé que el cigarrillo envenenado fué el mismo que saqué de la caja en la otra oficina.

—No, no era el mismo, mocita.

—¡Pero si yo lo estaba fumando! ¿Va a decirme que me lo cambiaron mientras lo estaba fumando?

—Por supuesto. Usted bebe mucho café, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Siempre se olvida de la tetera en el fuego? ¿No la recuerda hasta que comienza a echar nubes de vapor?

—Sí.

—¿Y qué es lo que hace cuando se da cuenta de que la habitación está llena de vapor?

—Bueno —respondió Tilly—, voy al cuartito y cierro el gas. Pongo el cigarrillo en el cenicero y voy al cuar...

Tilly se detuvo, y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Por todos los demonios! —gritó.

Sir Henry asintió.

—Dejando el cigarrillo en el borde del cenicero. Supe que lo hacía a menudo por las quemaduras del cenicero; además, esta gente me lo corroboró.

»De modo que el astuto de Joe Collins Gagern, que le ha robado todos los Chesterfields cuando usted acompaña a Hackett y Fisk a la entrada, simplemente entra por la puerta del corredor cuando usted está en la cocinilla; en la mano trae otro cigarrillo encendido. Ese es todo el truco: que un cigarrillo encendido es exactamente igual a otro.

»Cambia los cigarrillos y se va nuevamente. No lo ven en la oficina del lado, porque, como de costumbre, la puerta está cerrada. Tampoco le oyen porque el piso está cubierto con linóleo. Usted regresa, y viendo un cigarrillo encendido, lógicamente, piensa que es el mismo que dejó. Lo hermoso del truco es que la víctima cree que es el mismo cigarrillo que trajo de la otra oficina.

Tilly parecía estar hipnotizada. Nuevamente hizo un gesto de protesta.

—¿Pero todo eso dependía de que yo entrara en la cocinilla?

—Por supuesto.

—¿Dependía, por lo tanto, de que la tetera hirviera? ¿Cómo iba a saber él que la tetera iba a hervir justo cuando yo volviera de la otra habitación con el cigarrillo?

—Porque todo lo que tenía que hacer era pasar la mano por la abertura que da al pasillo y darle todo el gas a la cocinilla.

Sir Henry les miró.

—Supongo que ustedes no habrán olvidado que en la pared del cuartito, justo encima de la cocinilla y dando al corredor, hay una antigua ventana de servicio. —Miró a Mónica, la cual la recordaba perfectamente—. No lo olviden bajo ninguna circunstancia: es la llave de todo el plan de Gagern. Era su puesto de observación y de escucha. Desde ese ventanillo podía seguir todos los movimientos que hacía su víctima y oír todo lo que decía.

Hubo un silencio, durante el cual Bill juró con tal pasión que Mónica le hizo callar.

—Por supuesto —continuó Sir Henry— que Gagern lo había estado planeando durante días, incluso semanas; había andado por todas partes con el cigarrillo en el bolsillo, esperando el momento propicio.

»El miércoles por la tarde Joe y Cartwright salieron de mi oficina a las cuatro treinta; después le seguimos los movimientos a Joe. Se excusó de Bill diciendo que tenía que encontrarse con su esposa; pero no lo hizo. Le dejó un mensaje en el Excelsior Club y se vino derecho aquí. No había decidido aún que lo haría esa noche. Solamente pensaba espiar a ver si se le presentaba la oportunidad. Pero tuvo que

decidirse. ¿Por qué? Espiando descubrió que Tilly se marchaba a América apenas terminara una última escena. Aquí fué donde Joe Gagern von Elbe cometió su error más fundamental. No podía dejarla que se marchara, lo que lo dejaba a salvo; lo tenía obsesionado esta mujer que le robaba la tranquilidad. De modo que el estúpido tuvo que hacerlo; dejó la trampa lista al cambiar los cigarrillos y fué a caer derecho en mis amorosos brazos.

Otra vez hubo un silencio. Automáticamente, Hackett sirvió otra ronda de tragos, y los ánimos de la concurrencia comenzaron a levantarse de nuevo. Tilly Parsons miraba con interés a Sir Henry.

—¿Sabe —le dijo— que es usted un viejo muy astuto, viejo pirata?

—Estoy viejo —respondió Sir Henry, poniéndose de pie lleno de dignidad—, pero cualquiera que crea que pueda engañarme porque estoy chocheando y bueno sólo para la Cámara de los Loes... ¡Demonios! Me masco las uñas de rabia cada vez que pienso en eso... Sin embargo, espero que ustedes se estén sintiendo ahora un poquito más tranquilos.

—Nunca lo había estado más —contestó Mónica con tono ferviente y feliz.

—¿Y usted, hijo?

Por respuesta, Bill sentó nuevamente a Mónica en sus rodillas, aceptó un trago y se preparó a hablar. Durante toda una hora se había visto obligado a guardar silencio, y ahora estaba dispuesto a darle rienda suelta a su elocuencia.

—Aliviado —respondió—. Confieso que es el sentimiento que, después de otro, es el más dominante en mí... Ese primer sentimiento no tengo necesidad de nombrarlo porque resulta evidente para toda mentalidad bien dotada. Pero a pesar de todo, señor, confieso que hay algo que no me deja totalmente satisfecho.

—¡Bill!

—Luz de mi vida —dijo, poniendo un dedo en la oreja de ella y acariciándosela—, no me interpretes mal; me refiero a que hay un punto que no ha quedado en claro. ¿Qué sucedió con la película extraviada?

—¿Cómo, hijo?

—La película extraviada. Los exteriores que causaron la mitad del alboroto. ¿Dónde están? ¿Quién los tomó? ¿Gagern, para darle más color al asunto?

Hackett se puso de pie.

—Eso —dijo con tono solemne— ha quedado resuelto satisfactoriamente. Los tenemos nuevamente, puedo decirlo con satisfacción.

—Sí, supongo. ¿Pero qué se han hecho? ¿No lo sabe nadie?

—La eficiencia —contestó Hackett— ha sido siempre el lema de Albion Films. Eso es lo que dije al señor Marshlake. Y eso lo sé...

—Vamos, Tom. ¿Qué fué de esa película?

Hackett le contó.

El crepúsculo se levantó sobre Pineham adormecido, mientras el viento murmuraba entre los árboles y la luna se elevaba por encima de los edificios en

sombras.

Mónica Stanton y Bill Cartwright, en un restaurante de la ciudad, discutían si Cornwall o Capri sería mejor para pasar la luna de miel. Frances Fleur se encontraba en otra fiesta, bebiendo jugo de naranjas y conversando con un tenor escandinavo, cuyas notas más altas eran capaces de quebrar el cristal. Tom Hackett estaba encantado en el laboratorio del estudio, donde Howard Fisk le explicaba la ciencia de actuar a su nuevo descubrimiento. Tilly Parsons empacaba en el Merefield Country Club y, quizás, es de temer, llorando un poquito.

Pero, aunque tranquilo, Pineham no estaba del todo silencioso. Mientras, la luna se elevaba majestuosamente por encima del estudio, sus rayos benevolentes iluminaron las cabezas de dos hombres que se encontraban en el sendero principal.

Uno era un hombre gordo que fumaba un cigarro; el otro, un joven alto con anteojos y un acento ultrarrefinado.

—Mire —decía el gordo—, ¡es magnífico! ¡Es estupendo, es colosal! Volverá locos a todos desde aquí hasta South Bend, Indiana.

—Me alegro de oírsele decir, señor Aaronson.

—Muchacho —le contestó el gordo—, no ha oído aún la mitad de ello. ¿Vió las últimas tomas de ayer?

—No, señor Aaronson.

—Mire. Es el final de la batalla de Waterloo, ¿comprende?

—Sí, señor Aaronson.

—El duque de Wellington yace herido en su lecho de campaña. Y Sam MacFiggs nos escribe un poema magnífico. Comienza: «Me he deslizado en el futuro, tanto como el humano ojo puede...».

—Sumergido, señor Aaronson.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sumergido, señor Aaronson, no deslizado. Y me temo que el señor MacFiggs no es el autor del poema. Es de «Locksley Hall», de Tennyson. Continúa así:

*«Me he sumergido en el futuro, tanto como al ojo humano
le es permitido,
he visto las grandezas de este mundo
que será,
he visto el cielo...»*

—Está bien, está bien, si usted lo dice, así sera. Pero mire. Tenemos al duque de Wellington, ¿comprende? Termina la escena, y se desvanece lentamente la imagen. Creí que era el fin de la película. Sólo que no era así; pues aparece una visión de la base naval de Portsmouth; luego una toma de Winston Churchill, con un sombrero de copa y fumando un cigarro. Todos los que estaban en la sala de proyecciones comenzaron a gritar y a aplaudir...

—Pero, señor Aaronson.

—Espere. Después, una de las mejores fotografías de práctica de tiro naval que he visto: buques en acción; primeros planos de cañones; aviones en picada. Era estupendo...

—Pero, señor Aaronson...

—Estuve mirando durante unos diez minutos y me fui donde el proyector. «Mire, le dije, es estupendo, colosal, pero es demasiado. ¿No puede cortar un pedazo?». Y me dijo: «Señor Aaronson, no voy a mentirle, pero yo no he tomado esa película, ni tengo idea de por qué está aquí». ¿Se da cuenta?

—Sí, señor Aaronson.

—Luego, en medio de todo esto, aparece Tom Hackett, de Albion Films, y comienza a saltar y a gritar: «¡Me robaron mis exteriores; me robaron mis exteriores!».

—¿Y era verdad, señor Aaronson?

—No, por supuesto que no. Pero que me maten si no resultaron ser de él al final. ¿Comprende?

—Sí, señor Aaronson.

—¿Cree que hubo alguna confusión en alguna parte?

—Lo considero lo más probable, señor Aaronson.

—Bueno, pero nos sirvió, porque nos da la idea, ¿no es así? Tomaremos nuestros propios exteriores, y los pondremos en la película; y quedará magnífica, ¿no cree? Pero, mire, hay algo que no comprendo. ¿Cómo esos exteriores se metieron en medio de nuestra película?

—No me atrevería a imaginarlo, señor Aaronson. Sólo diría que es una de esas cosas que pasan en el cine.

El gordo lanzó un suspiro profundo y feliz, sonriendo a la luna, sonriendo al futuro, sonriéndole al mundo.

—Tiene usted toda la razón —le dijo—. Toda la razón. Es una de esas cosas que sólo ocurren en el cine.

FIN

COLECCIÓN *SIR HENRY MERRIVALE* POR CARTER DICKSON

- 01. *The Plague Court Murders* (1934); *El patio de la plaga*.
- 02. *The White Priory Murders* (1934); *Sangre en El Espejo de la Reina*.
- 03. *The Red Widow Murders* (1935); *Los crímenes de la Viuda Roja*.
- 04. *The Unicorn Murders* (1935); *Los crímenes del unicornio*.
- 05. *The Punch and Judy Murders* (1936), (UK título, *The Magic Lantern Murders*); *Los crímenes de polichinela*.
- 06. *The Peacock Feather Murders* (1937), (UK título; *The Ten Teacups*); *La policía está invitada*.
- 07. *The Judas Window* (1938); *La ventana de Judas*.
- 08. *Death in Five Boxes* (1938); *Muerte en cinco cajas*.
- 09. *The Reader is Warned* (1939); *Advertencia al lector*.
- 10. *And So To Murder* (1940); *Y así... al crimen*.
- 11. *Murder in The Submarine Zone* (1940), (US título, *Nine - And Death Makes Ten*, también publicada como *Murder in the Atlantic*); *Nueve y la muerte son diez*.
- 12. *Seeing is Believing* (1941), (UK título, *Cross of Murder*).
- 13. *The Gilded Man* (1942), (US título, *Death and The Gilded Man*); *Hombre de oro*.
- 14. *She Died A Lady* (1943); *Murió como un dama*.
- 15. *He Wouldn't Kill Patience* (1944); *Empezó entre fieras*.
- 16. *The Curse of the Bronze Lamp* (1945), (UK título, *Lord of the Sorcerers*); *La lámpara de bronce y El señor de las hechicerías*.
- 17. *My Late Wives* (1946); *Mis mujeres muertas*.
- 18. *The Skeleton in the Clock* (1948).
- 19. *A Graveyard to Let* (1949); *Se alquila un cementerio*.
- 20. *Night at the Mocking Window* (1950); *La noche de la viuda burlona*.
- 21. *Behind the Crimson Blind* (1952); *Detrás de las persianas rojas*.
- 22. *The Cavalier's Cup* (1953).
- 23. *The Men Who Explained Miracles* (1963); *El hombre que explicaba milagros*.
- 24. *Merrivale, March and Murder* (1991).



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo II de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Murió como una dama*, *Empezó entre fieras*, *Anda de noche*, *Hombre de oro* y *Se alquila un cementerio*. (Nota del E. D.) <<

[2] Edward Thorndike (1874-1949), psicólogo estadounidense, formulador de la ley del efecto, teoría del comportamiento de corte conductista que preconiza que las respuestas que sean seguidas (contigüidad) de consecuencias reforzantes serán asociadas al estímulo y tendrán mayor probabilidad de ocurrencia cuando el estímulo vuelva a aparecer (*N. del E. D.*) <<

[3] La Línea Maginot fue una muralla fortificada y de defensa construida por Francia a lo largo de su frontera con Alemania e Italia, después del fin de la Primera Guerra Mundial. (N. del E. D.) <<

[4] *Tipperary*: Título de una canción de “music hall” adoptada por los Rangers del ejército británico que se hizo famosa en la primera guerra mundial. <<